

A high-contrast, black and white close-up portrait of Alain Finkielkraut. He is wearing round glasses and a light-colored collared shirt. The lighting is dramatic, highlighting the texture of his skin and the details of his eyes and hair. The background is dark and indistinct.

Alianza editorial

**ALAIN
FINKIELKRAUT**

Lo único exacto

Alain Finkielkraut

Lo único exacto

Traducido del francés por Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños

Alianza editorial

Contenido

La prueba del presente

2013

La libertad contra la finitud

Las nuevas misiones de la escuela

La palma del desastre

Viaje por Francia

El adiós de Benedicto XVI

Stéphane Hessel y su librito

Oídos sordos

Los 80 años de Philip Roth en Newark

Nuestra laicidad

¿Es así como viven los hombres?

La discordancia de los tiempos

La moral laica en la escuela

La libertad maltratada por sus propios beneficiarios

La abrogación del mundo real

La urgencia de combates en la retaguardia

¿Qué es la teoría del género?

¿Es reaccionaria Francia?

El desconcierto de la moral

La salida de la religión y de la laicidad

El nuevo frente

La prosa y la pausa

La rebelión de los ángeles

El presente que desconcierta y el pasado que obliga

Las mejores intenciones

El homenaje a Mandela

La casa vacía

INTERMEZZO

¿Puede uno no ser heideggeriano?

2014

¿Es demasiado tarde?

La regla del tercero

El metapoder

La confusión de las memorias

El réquiem por la indiferencia

«La gran mudanza del mundo»

Los lobos conectados

¡El fascismo no morirá!

La izquierda ya sabe que es mortal

Las salpicaduras de la guerra de Gaza en Francia

La incuriosidad periodística

El crimen perfecto

Si yo fuera François Hollande

El eterno regreso de los años treinta

El equívoco democrático

Las verdades y las divagaciones de Éric Zemmour

El anacronismo de los modernos

Memoria judía, memoria polaca

El futuro cruce de los judíos que van con los que vienen

La metamorfosis de Lunel

El precio de la nada

El corazón y la razón

¿Reconocer Palestina?

ENERO-JUNIO 2015

El choque

Fractura francesa

Después de Charlie

El atolladero moral de Auschwitz

El espíritu de penitencia

Lo trágico de repetición

El nombre que enfada
«El oso y el amante de los jardines»
La buena muerte
Cuando el antirracismo pierde la cabeza
La revocación de la promesa
El «polémico Todd»
Después de la victoria, sigue la lucha

PARA CONCLUIR

El dreyfusismo intempestivo de Charles Péguy
Grandeza y añagaza de la redención alemana
El final del final de la Historia
La noche de Colonia

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

«Adelantarse, retrasarse, ¡cuánta inexactitud!
Llegar a la hora es lo único exacto».

CHARLES PÉGUY,
*Nota conjunta sobre
Descartes
y la filosofía cartesiana*

La prueba del presente

PARA COMPRENDER LO QUE sucede, nos remitimos espontáneamente a la Historia bajo sus dos formas canónicas: la recopilación de ejemplos y el paso del Tiempo, la crónica de las acciones de los hombres y el movimiento general de la Humanidad. Buscamos la luz en los Anales o en el Proceso. Aprendemos de las lecciones de la experiencia o nos fijamos en el trabajo de la Razón. La *historia magistra vitae*, convertida después de 1945 en deber de memoria, se da a sí misma como mandato mantenernos perpetuamente en alerta con el fin de evitar que vuelva lo peor. La *historia universal* descubre un sentido —es decir, al mismo tiempo un significado y una dirección— en el ajeteo del mundo y en el desorden de los acontecimientos.

Mi confrontación con la actualidad durante dos años —semanalmente en la antena de RCJ¹ y mensualmente en las columnas de la revista *Causeur*— me ha llevado a ir dándome cuenta poco a poco de que esas dos figuras englobadoras disimulaban, cada una a su manera, la verdad que pretendían poner de manifiesto. La primera nos despista por sus analogías; la segunda, por su fe en una temporalidad única: todos los contemporáneos habitan el mismo presente, pero ese presente no tiene en todas partes la misma definición. Contemporáneo no quiere decir síncrono. El cuadrante engaña porque los calendarios y las agendas divergen. Precisamente cuando la comunicación abole las distancias y se burla de las fronteras, las separaciones entre las comunidades se hacen más profundas y se envenenan. Tenemos que hacer simultáneamente estas dos constataciones: la Humanidad es una, el Gran Todo es un señuelo. En pocas palabras: ni el pasado ni la promesa de futuro nos permiten ver claro en el enigma de hoy. Nuestro presente no es más la repetición del mundo de ayer que el anuncio de la convergencia por venir.

Ningún conocimiento, por supuesto, debería descuidarse, pero la elucidación de la conjetura tiene ya que llevarse a cabo sin quitamiedos.

Poner de manifiesto que vivimos un giro histórico paradójicamente enmascarado por la incesante referencia a la Historia; pensar este momento crucial en lo que tiene de irreductible tanto en el repertorio de nuestras vicisitudes como en la categoría del Progreso, sea cual sea el contenido que se le dé: tal es el compromiso de este libro. Y el reto es tan existencial como intelectual. Si, como escribe François Mauriac, «la prueba nunca nos ofrece el rostro que esperábamos», nos incumbe rasgar, sin dilación ni evasiva, los retratos robot que nos obnubilan y mirar de frente el rostro que no esperábamos.

[1](#) Emisora de radio de la comunidad judía francesa. [*N. de los TT.*]

2013

La libertad contra la finitud

EL 29 DE ENERO DE 2013, *la Asamblea Nacional francesa empezaba a debatir la ley Taubira¹, que, de conformidad con la promesa número 31 del candidato François Hollande, abre a las parejas de mismo sexo el derecho a casarse y a adoptar. El texto aparece explícitamente ubicado bajo el signo de la igualdad y de la lucha contra la homofobia.*

Nadie se esperaba el levantamiento de una Francia familiar, provinciana y muy ampliamente católica. El 13 de enero, La Manif Pour Tous² reúne a varios centenares de miles de personas en París.

«EL HOMBRE NO TIENE IMAGINACIÓN ni en el pesimismo ni en el optimismo», dice Maurice Faytelzon, personaje muy secundario y muy entrañable de *Shosha³*, novela de Isaac Bashevis Singer. Estamos comprobando lo exacto de la sentencia. En los decenios que siguieron a 1968, la moral hedonista triunfaba y dejaba incansablemente en ridículo el ideal ascético, nadie renunciaba a su deseo, la transgresión y no la ley era lo que estaba en la cresta de la ola, las sexualidades minoritarias salían de la clandestinidad y alcanzaban orgullosamente el aire libre. Pero ni siquiera en el gran momento de todas las liberaciones habría imaginado nadie que Francia iba a instituir en 2013 el matrimonio entre personas del mismo sexo. Queda por saber si es el optimismo lo que se quedó corto ante algo más bello que sus propios sueños o si es el pesimismo lo que se ha visto sacado del error por una realidad más inquietante que sus negras predicciones.

Me cuesta responder. Mi fuero interno se halla ocupado hasta el agotamiento en una controversia muy viva entre el optimista y el pesimista.

Ambos exponen sus argumentos con idéntico fervor y no me dejan respirar ni un instante. El optimista me recuerda que no me casé por inscribirme disciplinadamente en la sucesión de las generaciones, sino por hacer público mi amor, por darle el lustre de una ceremonia y el aura de un compromiso solemne. Si el matrimonio deja de ser un dispositivo de alianza, si lo que viene a primar ahora es el individuo y su deseo de hacer saber que ama, de poner por testigo a la sociedad, entonces solo cabe alegrarse de que el amor homosexual se una al baile nupcial. Soy, sin embargo, bastante *gay-friendly* para recordar el encanto de ese modo de existencia que ha ejercido el inconformismo. Y si lo hubiera olvidado, Renaud Camus me habría refrescado la memoria: «No, de verdad, este asunto es una vergüenza enorme para la homosexualidad y, sobre todo, para el amor de los hombres. Rebajar “todo este triunfo inaudito”, como se dice en *Paralelamente*, a una imitación *kitsch* de la heterosexualidad, recoger las sobras, en resumidas cuentas, en el momento en que se las dejan olvidadas en el plato, ¡no, por favor! Entre nosotros, es un nuevo envite de la igualdad que está visto que no pierde ocasión. Es como si los gigantes quisieran ser yóqueys con el pretexto de que por qué no». Para mí, el matrimonio no es una sobra, pero constato, como dijo Renaud Camus (y, antes que él, Segalen), que «lo diverso mengua». Se invocaba el derecho a la diferencia en nombre de la democracia, y ahora nos encontramos a punto de zambullirnos democráticamente en la indiferenciación.

Y el pesimista no ha terminado su arenga. Lo que reclaman los partidarios del «matrimonio para todos» es, además del acceso a lo simbólico, el derecho de adopción, la procreación asistida para las parejas de lesbianas y también, indiscriminación obliga, el levantamiento de la prohibición de gestar para otro, es decir, de las madres de sustitución, con el fin de permitirles a los homosexuales el acceso a la parentela. Así, una vez levantados los obstáculos y vencidas las resistencias al gran sueño familiarista de la *progenitura para todos*, algunos hijos tendrán en el registro civil dos padres —se dirá, claro está, dos papás— o dos madres —y se dirá dos mamás—. Aunque nada es natural y todo cuanto somos, pensamos o hacemos testimonia de una cultura, es decir, de una comprensión del mundo históricamente acontecida, y aunque las obras de la nuestra nos han ido enseñando desde antiguo que buen número de familias tradicionales son «nudos de víboras», algo en mí se rebela contra esa

evicción de la alteridad en la filiación.

Evicción que ha sido posible por la emergencia de un monstruo de la voluntad: el derecho al hijo. Robert Badinter declaraba, hace casi treinta años, el 18 de marzo de 1985, ante el Consejo de Europa: «El Convenio Europeo para la Salvaguarda consagra el *derecho* de toda persona a *la vida*. Ese derecho protege al ser humano frente a los demás, contra las agresiones de todo tipo que pudieran alcanzarlo a lo largo de su vida. Pero ¿no hay que reconocerle a la vida un alcance más amplio?, ¿no define asimismo [el Convenio] un poder reconocido a cada persona? El derecho a la vida podría perfectamente implicar el derecho de todo ser humano a dar la vida, la libertad de elegir los medios con los que podría dar la vida»⁴. Lo que era desde la noche de los tiempos obra común de un hombre y de una mujer se convierte de pronto en una libertad individual. Una vez que el dominio del proceso procreativo ha derribado las últimas barreras elevadas por la naturaleza, todas las combinaciones son posibles y lo único que existe ya, a modo de principio de realidad, son las diversas opciones que se le ofrecen al deseo de cada uno.

Las Luces, escribía Kant en un texto célebre, son «la salida del hombre del estado de minoría del que él mismo es responsable». No nos queda más remedio hoy que constatar, con Hannah Arendt, que el hombre que así ha alcanzado la madurez «ha terminado por tenerle aversión a todo lo que viene dado, incluso a su propia existencia, por tenerle aversión al hecho mismo de que él no es su propio creador ni el del Universo. Animado por ese resentimiento fundamental, rechaza percibir rima o razón en el mundo dado. Como todas las leyes que le son simplemente dadas suscitan su resentimiento, proclama abiertamente que todo está permitido y cree secretamente que todo es posible»⁵.

Al haber convertido esa creencia secreta que es la tecnociencia en su programa explícito, empieza a manifestarse una oposición. Salvo excepción detestable, no es la homofobia lo que inspira la resistencia al «matrimonio para todos», es el rechazo de ver que la libertad se revuelve contra la finitud. Se moviliza uno por lo dado, no por la norma. No se trata de volver a llevar a los individuos por el camino recto, sino de reconciliarlos con su condición antes de que el resentimiento se lo lleve todo por delante. Soy un hombre o una

mujer. Nazco en un cuerpo sexuado. Es una identidad que yo no he elegido, que he recibido. Lo que necesito, por lo tanto, para ir empezando, es plegarme y abdicar de toda pretensión a representar yo solo a la humanidad. El hombre no existe. La dualidad es irreductible. Y si quiero un hijo, tengo que pasar por el deseo del otro para que mi voluntad se cumpla.

[1](#) Christiane Taubira, ministra de Justicia desde el 16 de mayo de 2012 hasta el 27 de enero de 2016. [N. de los TT.]

[2](#) La *Manifestación para todos* daba respuesta al *Matrimonio para todos*. [N. de los TT.]

[3](#) *Shosha*, traducción de Adolfo Martín García, RBA Libros, 2010. [N. de los TT.]

[4](#) Robert Badinter, «Les droits de l’homme face aux progrès de la médecine, de la biologie et de la biochimie», *Le Débat* n.º 36, septiembre de 1985, Gallimard, p. 8.

[5](#) Hannah Arendt, *Les Origines du totalitarisme*, col. «Quarto», Gallimard, 2002, p. 872. (*Los orígenes del totalitarismo*, traducción de Guillermo Solana Díez, Alianza Editorial, 2006). [N. de los TT.]

Las nuevas misiones de la escuela

A MEDIADOS DE DICIEMBRE DE 2012, *en un correo dirigido a ocho mil trescientos centros confesionales*, *Éric Labarre, secretario general de Enseñanza Católica, les trasladaba su oposición al proyecto de «matrimonio para todos» e invitaba a los directores a «plantear iniciativas para que cada uno pueda ejercer una libertad con conocimiento de causa»*. Vincent Peillon, ministro de Educación Nacional, replicó solicitando de los responsables académicos «la mayor de las vigilancias», y declaró: «No hay que importar a las escuelas los debates que deben tener lugar en la sociedad».

Y O EXCUSARÍA GUSTOSO LA LLAMADA del ministro si este dijera, con el filósofo Alain: «La escuela es un lugar admirable, me gusta que los ruidos de fuera no entren en ella»⁶. Si bien es cierto que hace ya tiempo que los ruidos de fuera entran en la escuela. En 1999, Alain Viala, a quien se le había encargado la reforma de la enseñanza del francés, declaraba: «Nuestra misión en un liceo democrático es conceder autonomía en el debate de opinión». El maestro, dicho de otro modo, ya no está para conseguir que se admiren y se comprendan los textos clásicos, sino para provocar y animar debates ciudadanos. Lo que importa no es la cultura literaria, son las técnicas de argumentación, puesto que en un liceo democrático uno no se inclina, se expresa. Al tratar el culto a las grandes emisoras como un remanente de la desigualdad, Francia ha roto su nexo secular con la literatura para convertirse, sin hallar la más mínima resistencia, en una provincia del *talk-show*. Si el ministro de Educación Nacional se opone a que se introduzca la controversia del matrimonio homosexual en la escuela, no es, por lo tanto, para que el

santuario quede preservado de las querellas de los hombres, es porque la discusión está cerrada. Para él, el debate debe prevalecer en partes, pero cada vez hay menos cosas que sean objeto de debate. Al mismo tiempo que preconiza la universalización del intercambio de opiniones, restringe el campo de pertinencia. Se siente tan convencido de estar en posesión de la verdad que, lejos de defender la neutralidad laica, pretende evangelizar a los alumnos y convertirlos al propio tiempo en evangelizadores. ¿No afirmaba en la misma carta a los responsables académicos que el Gobierno pretende «apoyarse en los jóvenes para cambiar las mentalidades, en particular, educando en el respeto a la diversidad y a las orientaciones sexuales»?

Cuando la Revolución cultural, Mao Zedong lanzaba a los niños y adolescentes chinos al asalto de los «cuatro antiguos»: las ideas antiguas, la cultura antigua, las costumbres antiguas y el pensamiento antiguo. Como si el siglo XX no hubiera tenido lugar, los alumnos se encuentran erigidos en emisarios del mundo nuevo y en vanguardia de la modernización de las costumbres. Ya no se trata de integrarlos en una civilización antigua, sino de utilizarlos para hacer tabla rasa y convertirlos finalmente en civilizados.

⁶ Alain, *Propos sur l'éducation*, PUF, 1986, p. 19. (No se da referencia de edición en español cuando no existe traducción o no se ha encontrado). [*N. de los TT.*]

La palma del desastre

LA ÚLTIMA PELÍCULA DE QUENTIN TARANTINO, *Django Unchained*⁷, que se estrenó en Francia el 16 de enero, llena los cines y consigue la opinión unánime de la crítica, que la presenta como una gran película sobre la esclavitud.

ME HABÍA GUSTADO EN *PULP FICTION* y más aún en *Jackie Brown* la irresistible combinación de una acción trepidante con unos diálogos interminables. Pero en *Django Unchained* todo se estropea: la charla se convierte en mensaje, y la violencia, en compromiso. Quentin Tarantino ya no se entretiene inventando historias curiosas, llenas de gánsteres crueles y habladores, se congratula maltratando la Historia para vengar a sus víctimas. Según lo escribe, fascinado, el crítico de la revista *Les Inrocks*: «Tarantino inocular en la América esclavista un cuerpo de hombre negro moldeado por los códigos del *hip-hop*: no solo liberado, sino también conquistador y dominador».

Un héroe invencible, musculoso a lo Rambo y rebelde como un rapero, sale en busca de su mujer, cautiva de un plantador sádico, perverso, ignorante, absolutamente degenerado. Tarantino, que se niega a transigir con el Mal absoluto, no presenta el Sur esclavista como una civilización, ni siquiera corrompida, ni siquiera bárbara, sino como un inmenso campo de concentración. Ya no es *Lo que el viento se llevó*, es una mixtura de Auschwitz y del Gulag pasada por la trituradora de la industria del entretenimiento, y todos los esclavos, a la vez que todos los deportados, se encuentran con que se les brinda, a modo de revancha póstuma contra sus intercambiables verdugos,

un *western* sanguinolento, celebrado con idéntico ardor por los adeptos del segundo grado y por los aficionados a los videojuegos.

Al salir de la agotadora proyección de *Django Unchained*, pensé en lo que escribió Milan Kundera sobre los detenidos de Theresienstadt, el gueto con el que los nazis habían hecho un escaparate para los «bobos de la Cruz Roja». Los judíos que vivían en la antecámara de la muerte emplearon la libertad precaria de la que disponían para lanzarse en cuerpo y alma a la cultura. Exposiciones, conciertos, obras de teatro... ¿Qué representaba el arte para ellos? «El modo de mantener plenamente abierto el abanico de los sentimientos y de las reflexiones con el fin de que la vida no quedara reducida a la dimensión única del horror»⁸. Tarantino, con el aplauso de la crítica, toma como pretexto el horror para cerrar brutalmente el abanico. Con el noble deseo de desagraviar mediante la magia del cine a todos los perseguidos de todos los países y de todos los colores, convierte al nazi no ya en un ser histórico, sino en un significante flotante, un sinónimo de cabrón integral. Cabrón al que inflige los peores suplicios para felicidad plena de los niños. «La película hay que verla como un *cartoon*», me apuntan. Pero el consumo de *cartoons* a dosis elevadas fabrica cerebros de cartón. Me dicen también que Tarantino es listo, que juega con los géneros, que parodia el cine de serie B, en resumen, que no hay que tomarse en modo alguno *Django Unchained* al pie de la letra. ¿No radica precisamente en eso el infantilismo del siglo XXI? Se es al mismo tiempo gilipollas y esnob, binario y burlón. Vamos para atrás con una sonrisita en los labios. Todo se simplifica con un guiño, para dejar bien claro que no nos están engañando. Y a fin de cuentas, nada subsiste ni del pasado ni del presente. Solo queda, a modo de realidad, una devastación socarrona.

⁷ *Django desencadenado* o *Django sin cadenas* (según los títulos que se le dieron en España [18 de enero de 2013] y en Hispanoamérica, respectivamente) se estrenó en Estados Unidos el 25 de diciembre de 2012. [N. de los TT.]

⁸ Milan Kundera, *Une rencontre*, Gallimard, 2009, p. 176. (*Un encuentro*, traducción de Beatriz de Moura Gurgel, Tusquets, 2012). [N. de los TT.]

Viaje por Francia

SEGÚN LA ENCUESTA ANUAL Ipsos-Le Monde *sobre las fracturas francesas*, el 62% de los franceses creen que la mundialización es una amenaza; el 70%, que hay demasiados extranjeros; el 74%, que el islam es una religión incompatible con los valores de la República (25% lo piensan de la religión judía), y el 86% quiere un jefe que restaure la autoridad. «Francia tiene miedo», dicen los comentaristas.

MÁS DE DOS TERCIOS DE LOS FRANCESES estiman que hay demasiados extranjeros en Francia, y son casi igual de numerosos los que dicen que ya no se sienten en casa como antes. El diario *Le Monde*, que es el que encargó la encuesta, concluye que Francia sufre un mal cuyo carácter recurrente nos ponen de manifiesto los historiadores: el miedo al Otro. ¿Es pertinente el diagnóstico?

Éric Dupin, que fue periodista en el diario *Libération*, se desplazó a la localidad de Tourcoing en el marco de una gran encuesta sobre Francia. Paseó por el sector norte del barrio de Bourgoigne. No percibió miradas hostiles, aunque sí tuvo «la impresión un tanto incómoda de estar recorriendo un territorio casi exclusivamente árabe. [...] Todas las tiendas están especializadas. La panadería se llama “Pain de Farah”. La tienda de internet y de juegos, “bled.com”. La carnicería, evidentemente, es *halal*. Solo hay aquí dos cafés, sin cartel ni luna. Son simples locales en la planta baja de sendos edificios, donde una clientela exclusivamente masculina, y a menudo de cierta edad, juega a las cartas y toma té. Todo el mundo habla en árabe»⁹.

Antes de ese último episodio de su periplo por Tourcoing, Éric Dupin se

había reunido con Claude Levasseur, jubilado activo que se ocupa de Emaús. Es un hombre libre de toda sospecha, que condena el racismo de algunos miembros de su propia familia y a quien le resulta penoso, no obstante, ver que determinados barrios de la localidad parecen una casba: «No molesta mientras no se vive allí. Voy con frecuencia a Marruecos y tengo la impresión de que no son los mismos. Allí se nota buena acogida cuando se está con ellos, estamos en su casa. Aquí, en un barrio de origen musulmán, ya no está uno en su propia casa. Se ha creado una especie de desconfianza. Lo único que hay cuando uno pasa son miradas...»¹⁰. Claude Levasseur no tiene miedo al Otro, pero acepta mal convertirse en el otro en Tourcoing. Le duele no sentirse en casa en su casa. No es hostil a los extranjeros, se encuentra con estupor «en país extraño en su propio país». Situación y sentimiento inéditos. Pero para *Le Monde* y para todos los investigadores a los que el periódico consulta regularmente, se trata de una *reedición*. Nada nuevo en el malestar francés. Estamos en una recaída, vuelven las tan conocidas patologías del *boulangisme*¹¹, del caso Dreyfus y de los años treinta. «Nacionalismo, proteccionismo, xenofobia: todo lo tenemos de nuevo aquí¹²», escribe Pierre Rosanvallon en *La sociedad de los iguales*. Y cita en apoyo de su tesis el panfleto publicado por Maurice Barrès en 1893, *Contre les étrangers*¹³. Pero ¿había yihadistas a finales de los años treinta? ¿Existían siquiera los raperos? ¿Dónde estaba el equivalente de Al Qaeda? ¿Quién cantaba *Nique la France*¹⁴? ¿Había novelistas, caricaturistas, filósofos amenazados de muerte? ¿Cuestionaban las clases los alumnos de la escuela de la República por razones religiosas? Quienes ven hoy en acción el miedo al Otro tienen miedo cerval a la realidad y solo la comparan tan desafortunadamente para huir de ella.

⁹ Éric Dupin, *Voyages en France*, Seuil, 2011, p. 206.

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ Movimiento político francés de breve recorrido (1886-1891) que debe su nombre al general Georges Boulanger, ministro de la Guerra, de discurso belicista. [*N. de los TT.*]

¹² Pierre Rosanvallon, *La Société des égaux*, Seuil, 2011, p. 21. (*La sociedad de los iguales*, traducción de Víctor Goldstein, Manantial, Buenos Aires, 2012). [*N. de los TT.*]

[13](#) Maurice Barrès, *Contre les étrangers. Étude pour la protection des ouvriers français*, Grande Imprimerie parisienne, 1893.

[14](#) Canción rap cuyo título y contenido podrían resumirse con ‘a Francia, que le den, y a su pasado y todo lo que representa’. [*N. de los TT.*]

El adiós de Benedicto XVI

EL 11 DE FEBRERO, EL PAPA BENEDICTO XVI *anunció su «renuncia» con fecha 28 de febrero, por razones de salud. Es el primer papa que dimite desde Gregorio XII, que se vio obligado a hacerlo en 1415.*

INCLUSO AQUELLOS MUY NUMEROSOS A quienes no les gustaba el papa alemán han recibido su gesto final calificándolo de «moderno». No existe para los modernos ningún cumplido más hermoso. Como quiera que la vida de todos y cada uno, según ellos, se coloca bajo la autoridad de la historia, manifestaron su alegría al ver que el parangón del arcaísmo que es Benedicto XVI se unía *in extremis* a la humanidad contemporánea, es decir, a la única humanidad digna de tal nombre.

Se han equivocado, porque lo impactante de la decisión pontificia no es su modernidad, es su majestad. Expresándose en latín, esa lengua que nos han transmitido muertos muy antiguos y que casi nadie aprende ya, el papa ha dicho: «[...] he llegado a la certeza de que, por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino. [...] Sin embargo, en el mundo de hoy, sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la barca de san Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu, vigor que, en los últimos meses, ha disminuido en mí de tal forma que he de reconocer mi incapacidad para ejercer bien el ministerio que me fue encomendado». Estas admirables palabras no son las de un ejecutivo o las de un alto funcionario que ha alcanzado el límite de edad activa. Evocan más bien el discurso que pronunció el emperador Carlos V el 25 de octubre de 1555, en

su palacio de Bruselas: «Como bien veis cual estoy, tan acabado y deshecho, daría a Dios y a los hombres estrecha y rigurosa cuenta, si no hiciese lo que tengo determinado, dejando el gobierno, pues ya mi madre es muerta y mi hijo el rey Felipe está en edad bastante para poderos gobernar».

Benedicto XVI no era un monarca temporal, ninguna obligación institucional pesaba sobre él. Solo la muerte, según es costumbre, podía interrumpir su reinado. Al retirarse, para sorpresa general, a un monasterio, se ha unido a un poder soberano: el poder de abdicar¹⁵.

Con su decisión, por otra parte, Benedicto XVI adopta una postura contraria a la de Juan Pablo II. No reeditará la loca imitación de la agonía de Cristo que fue el largo calvario en directo de su predecesor. La sociedad del espectáculo fue hasta su último suspiro la patria del papa polaco. Ni crucificado por el sufrimiento quiso nunca abandonar la escena. Benedicto XVI, por su parte, nunca supo vivir en ella. Torpe, tímido, a disgusto con su propia imagen, parecía un animal acorralado frente a los fieles que se amontonaban para verlo. Quería ser el hombre de la situación, pero sus hechos y sus gestos traicionaban en toda circunstancia su *inadaptación*. Un intelectual de casta que era un mal actor y un pésimo comunicador. Con ocasión de la conferencia que pronunció en el gran anfiteatro de la Universidad de Ratisbona, quiso recordar a la Europa olvidadiza su origen indisolublemente griego y cristiano. Hoy, con la Biblia reducida a un vago mensaje de filantropía y la Razón revestida desde Descartes con «ropajes de ingeniero», según la impactante expresión de Peter Sloterdijk, el papa no se contentó con alabar los beneficios del amor cristiano. Deseó la reconstitución de un «Gran Logos» en el que las preguntas propiamente humanas —«¿De dónde venimos?», «¿Adónde vamos?»—, las cuestiones de la religión y de la ética hallarían de nuevo su sitio, en lugar de verse relegadas, como en nuestros días, al terreno de la subjetividad. Y citó las admirables palabras de Sócrates a su discípulo Fedón, palabras que las andanzas del pensamiento y las locuras de los sistemas podrían desalentar: «Se comprendería fácilmente que, por despecho ante tantas cosas falsas, alguien llegara a odiar y a despreciar todos los discursos del Ser para el resto de sus días. Pero de este modo se privaría de la verdad del Ser y sufriría un gran daño».

Europa, al haber abandonado en todos los ámbitos el sentido para

concentrarse en el funcionamiento, no ha querido saber nada de esa prevención. No está dispuesta a superar su «aversión a las preguntas fundamentales» y no le habría prestado ninguna atención al discurso del papa que se obstina en creer que la Iglesia debe, en palabras de Chesterton, contribuir a «salvar a un hombre de la degradante servidumbre de ser hijo de su tiempo», si el augusto conferenciante no hubiera cometido la imprudencia de hacer referencia en su introducción al diálogo sobre el cristianismo y el islam que el emperador bizantino Manuel II Paleólogo mantuvo con un erudito persa y que transcribió años después, durante el sitio de Constantinopla. En la séptima conversación, el emperador dijo: «Muéstrame lo nuevo que Mahoma ha traído y encontrarás solamente cosas malvadas e inhumanas, como su orden de difundir por medio de la espada la fe que él predicaba». La formulación es abrupta, «abrupta —dijo Benedicto XVI— hasta tal punto que es para nosotros inaceptable». Y su objetivo al aportar la anécdota no era evidentemente estigmatizar el islam. Para él, se trataba de plantear la cuestión crucial de la relación entre la religión y la violencia. «Dios no goza de la sangre; no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios», dijo el emperador. Pero ¿qué importa el argumentario del papa. Su cita encendió todas las mechas. Se organizaron manifestaciones en todos los países musulmanes y, para demostrar perfectamente que su religión predica la paz, algunos fieles destrozaron o ametrallaron iglesias desde Turquía hasta Palestina. Los comentaristas europeos, a caballo entre la cólera y la desolación, le colgaron la metedura de pata al Santo Padre. Pero ¿no será que de la boca del metepatas sale la verdad cuando el pensamiento deja de estar animado únicamente por la preocupación de moderar la susceptibilidad de unos y, sobre todo, de otros?

¹⁵ Véase *Le pouvoir d'abdiquer: essai sur la déchéance volontaire*, de Jacques Le Brun, Gallimard, 2009.

Stéphane Hessel y su librito

STÉPHANE HESSEL MURIÓ EL 26 de febrero de 2013, a los 95 años de edad. Su manifiesto ¡Indignaos!, publicado en 2010, había alcanzado un éxito planetario.

PAUL RICOEUR TENÍA UN DESEO: seguir vivo hasta la muerte. «Los peligros de la ancianidad —decía— son la tristeza y el aburrimiento. La tristeza no se domina, pero lo que sí puede dominarse es el consentimiento a la tristeza. Lo que los Padres de la Iglesia llamaban acedía. No hay que ceder en esto. La réplica contra el aburrimiento es estar atento y abierto a todo lo nuevo que sucede»¹⁶. Stéphane Hessel no conoció ni la tristeza ni el aburrimiento. Lo vi hace unos años en las «Rencontres de Pétrarque», organizadas por France-Culture en Montpellier: se movía por el escenario como un cómico recién salido del Conservatorio, recitando poemas enteros de Apollinaire, porque estaba dotado —como lo estuvo hasta el final— de una memoria fenomenal. La ostentación de aquella memoria hacía de él un fabulador magnífico.

Me habría quedado en este homenaje divertido y habría respetado un plazo de cortesía antes de ejercer mi derecho de inventario sobre la vida y la obra de Stéphane Hessel si la prensa no lo hubiera convertido en objeto de elogio tan entusiasta y tan unánime. Basta, ya es demasiado. Este *Santo subito* me obliga a reaccionar, es decir, a volver a abrir su *¡Indignaos!*, el librito del nuevo siglo. Para la goberna de las nuevas generaciones, Stéphane Hessel escribió: «El motivo de la resistencia es la indignación». En otros términos: «¡Indignaos y seréis resistentes!». Pero la resistencia no es eso. La resistencia es el valor. La resistencia es lo que escribe René Char en *Les feuilles de*

*l'Hypnos*¹⁷: «Hemos inventariado todo el dolor que el verdugo era capaz de obtener de cada pulgada de nuestro cuerpo; después, con el corazón encogido, hemos ido y hemos hecho frente». La resistencia es esa metamorfosis que relata Jean Cassou en *La Mémoire courte*: «A un burócrata bonachón con gafitas, que en otros tiempos habría llevado la más banal y la más apacible de las carreras, la Gestapo podía colgarlo del techo, con la cabeza hacia abajo, y fustigarlo hasta que la asfixia comenzara a aparecer, descolgarlo luego, dejarlo respirar un momento y volver a empezar; y no hablaba». ¿Y nosotros? ¿Nos habríamos mantenido en silencio? ¿Habríamos aguantado? ¿Nos habríamos pasado a la clandestinidad o, a pesar de la rabia contra el invasor, el miedo al peligro nos habría disuadido de actuar? Toda nuestra generación se planteó esa misma pregunta y, a falta de poder responder, gritó desesperadamente: «CRS¹⁸ = SS», o, frente a un «nuevo fascismo», proclamó la edad de una «nueva resistencia».

Stéphane Hessel les ahorra a los jóvenes de hoy ese miedo y esas blasfemias. No hay ninguna necesidad de pretender ser heroico: con la indignación ya basta. Un sentimiento, sin embargo, que no aparece espontáneamente, porque no vivimos bajo la bota de un ejército de ocupación. Hay que abrir los ojos, observar atentamente el espectáculo del mundo. «Mirad a vuestro alrededor», recomienda Stéphane Hessel. Inventa asimismo el turismo de la indignación: un paseo ético y sin marearse mucho la cabeza. A los jóvenes a quienes, como escribe Primo Levi en *Les Naufragés et les Rescapés*¹⁹, no les gusta la ambigüedad porque la experiencia que tienen del mundo es pobre les habla en el lenguaje binario que quieren oír. Con palabras simples y una sonrisa angelical, conjura el maleficio de la vida entre varios: como si en la escena del mundo no hubiera nunca sino dos protagonistas, nos invita en toda ocasión a tomar partido por el crucificado, el sin techo, el sin papeles, el sin defensa.

Stéphane Hessel, llevado por el amor, abole el cuestionamiento. Pensándolo bien, la hermosa frase de Ricœur no se adapta de verdad a su caso. Hessel no es que haya seguido vivo, es que ha seguido siendo adolescente hasta la muerte. Su alergia a lo trágico desafió al tiempo. Recordemos los majestuosos versos de «Booz dormido»:

en la mirada del joven puede haber llamaradas,

en la pupila del viejo simplemente hay luz.

Ya no hay «pero» con Stéphane Hessel. No quedan etapas en su vida, no queda oposición, ni siquiera transición, entre los diferentes estados de su ser. No maduró, no se sosegó, siempre siguió siendo el mismo. Desde el principio hasta el final del todo, en sus ojos bailaban las llamaradas. Y si nuestra época lo eleva a las nubes, es porque reconoce en él la elección que la propia época hizo de la intensidad frente a la inteligencia. Tal es, en efecto, el significado metafísico del culto contemporáneo de la juventud: extinción de la luz y adoración del fuego.

A principios de los años sesenta del siglo XX, Sartre hizo que una juventud deslumbrada redescubriera *Aden Arabie*²⁰, de Paul Nizan. Y todo el mundo conservó en la memoria el magnífico íncipit de la rebelde narración: «Tenía yo veinte años. A nadie le permitiré decir que es la edad más bonita de la vida». Son palabras que llegan al corazón, no cabe duda, y que contribuyeron por su propio laconismo a promover un ideal cuya encarnación más perfecta es Stéphane Hessel. Dejó de envejecer a los veinte años, porque veinte años es la edad más ferviente, la más sedienta de absoluto, la más lírica de la vida. Un lirismo que pretende dar lecciones a la madurez, a la experiencia, a la mismísima belleza.

Stéphane Hessel, un viejo joven que se dirige a los jóvenes jóvenes, presiente que estos, ante la superabundancia de barbaries que les ofrece el mundo, puede que no sepan dónde encontrar valor. De modo que los saca de apuros concluyendo su breve exhortación con una larga diatriba contra Israel. ¿Por qué precisamente esa elección? ¿Por qué elegir ese Estado pequeño y no el terrorismo de Al Qaeda, la dictadura en Eritrea, la lenta absorción del Tíbet que tiene en marcha China? Porque de la ocupación persistente de Palestina deriva, a sus ojos, el conflicto ya planetario entre el islam y Occidente. Porque Israel se le aparece como el crimen original, la causa de todos los males. Y poco importa el reino del terror que Hamás impone entre las mujeres y entre los cristianos de Gaza. Lo que anima a Stéphane Hessel no es tanto la solidaridad con los palestinos como la animadversión contra la nación mundialmente dañina. Una animadversión tan fuerte que lo ha arrastrado mucho más allá de la comparación ya banal entre el nazismo y el sionismo. No es que ambos sistemas se parezcan —afirma el primero de los Justos en una

entrevista concedida al *Frankfurter Allgemeine Zeitung*—. Es que el primero de los sistemas fue, pensándolo bien, menos cruel que el segundo: «La ocupación alemana era, si la comparamos con la ocupación de Palestina por los israelíes, una ocupación relativamente inofensiva, abstracción hecha de elementos excepcionales, como los encarcelamientos, los internamientos, las ejecuciones y también los robos de objetos de arte».

Hemos podido oír, sin embargo, una nota disonante en el concierto de alabanzas que siguió a la muerte del indignado de sonrisa inalterable. Rony Brauman, muy duro, no obstante y desde hace tiempo, con respecto a la política israelí, dijo en *Libération*: «Hay muchos otros lugares donde se pisotean los derechos de los pueblos y, en ocasiones, con mayor violencia aún. Para mí, hay un error de método que debilita el discurso».

¿Habría alcanzado sin ese error un éxito planetario el librito de marras? No ha impedido, en cualquier caso, que personalidades europeas tan eminentes como Michel Rocard, Edgar Morin y Peter Sloterdijk lancen una llamada para que se le conceda a Stéphane Hessel el Premio Nobel de la Paz. El Nobel por la indigencia vertiginosa del pensamiento y la Paz por la designación del Estado de Israel para la vindicta universal.

[16](#) Paul Ricœur, «La conviction et la critique», en *Ricœur*, «Cahiers de l'Herne», t. I, Éditions de l'Herne, pp. 24-25. (*Crítica y convicción*, traducción de Javier Palacio Tauste, Síntesis, 2003). [N. de los TT.]

[17](#) *Las hojas de Hipnos*, traducción de Edison Simons, Alberto Corazón, «Visor de poesía», 1973. [N. de los TT.]

[18](#) Sigla de Compagnies Républicaines de Sécurité ('Compañías Republicanas de Seguridad'). [N. de los TT.]

[19](#) *Los hundidos y los salvados*, traducción de Pilar Gómez Bedate, El Aleph Editores, 2011. [N. de los TT.]

[20](#) *Aden Arabia*, traducción de Enrique Sordo, Plaza & Janés, 1990. [N. de los TT.]

Oídos sordos

UN AÑO DESPUÉS DE LA RAZIA *criminal de Mohammed Merah, Francia honra la memoria de las víctimas de Montauban y de Toulouse.*

AL DÍA SIGUIENTE DE LOS TIROTEOS DE Montauban, François Bayrou denunciaba «el grado de violencia y de estigmatización que había alcanzado el discurso público en Francia». Y François Hollande declaraba: «Hay palabras que influyen, que calan, que liberan. De modo que quienes ejercen una responsabilidad deben dominar su vocabulario. En lo más alto del Estado, nada puede tolerarse». La campaña para las elecciones presidenciales estaba en su apogeo y le correspondía a Nicolas Sarkozy rendir cuentas por actos que se le imputaban espontáneamente a un fanático de la extrema derecha identitaria. Luego, el nombre y el rostro de Mohammed Merah salieron a la luz. Hoy sabemos que el asesino no se parece a la imagen que inicialmente nos habíamos hecho de él, pero seguimos negándonos a sacar consecuencias del desmentido. La madre de uno de los soldados asesinados en Montauban intenta, sin embargo, ponernos en alerta. Cuenta a quien quiera oírla que fue a Toulouse, al encuentro de los jóvenes del barrio donde había crecido Merah, y que estos manifestaron su admiración por el mártir. Tuvo que decir quién era para que los jóvenes cambiaran de actitud. Pero, claro, era una mujer que llevaba velo. ¿Qué habría ocurrido si la madre de un niño de la escuela Ozar-Hatorah hubiera dicho lo mismo en el mismo barrio? Nadie se ha hecho la pregunta. ¿Por qué? Tres libros recientes: *La Fin de la modernité juive*, de Enzo Traverso²¹, *Comment j'ai cessé d'être juif*, de Shlomo Sand²², y *Parting Ways*, de Judith Butler²³, nos permiten entrever la respuesta.

Enzo Traverso constata con tristeza que los judíos que durante el siglo XIX y la primera mitad del XX encarnaban la conciencia crítica de Occidente han pasado a llevar los mandos: se han convertido en los defensores del orden occidental. El antisemitismo los transformaba en parias; la memoria del Holocausto, esa religión civil de las democracias liberales, los erigía en los preferidos. Ya no los rechazan, los malcrían. Y esa comunidad mimada no deja de ir poniendo de relieve un antisemitismo residual mientras —según Traverso— el verdadero azote de nuestro tiempo es la islamofobia y los nuevos judíos son los inmigrados. Los judíos que aún llevan ese nombre son unos usurpadores, dice, después de Traverso, Shlomo Sand. Ya no son judíos: al movilizarse a favor de Israel, han sacrificado la ética a la étnica y, sin mayores problemas de conciencia, han abandonado la defensa de los perseguidos para sostener a los opresores. Según Judith Butler, por último, Emmanuel Lévinas había declarado durante una entrevista conmigo que los palestinos son *faceless*, no tienen rostro, y que, por consiguiente, es lícito matarlos. Porque el rostro del prójimo es lo que impide el crimen. Como es natural, nunca profirió Levinas una inepticia tan atroz. Durante esa entrevista, moderada por Shlomo Malka en 1982, después de la masacre de Sabra y Chatila, y publicada en *Les Nouveaux Cahiers*, Levinas decía exactamente lo contrario. Afirmaba que nada podía justificar «cerrarse a la voz de los hombres, donde puede también resonar la voz de Dios. Adueñarse del Holocausto para afirmar que Dios está con nosotros en toda circunstancia es tan odioso como el *Gott Mit Uns* que figuraba en los cinturones de los verdugos»²⁴. Así pues, ya no es la policía del zar quien fabrica falsedades, es la universidad americana. En este clima tan caldeado, no hay espacio para una reflexión sobre el nuevo antisemitismo. De modo que conmemoramos las matanzas de Montauban y de Toulouse haciendo al propio tiempo oídos sordos.

²¹ Enzo Traverso, *La Fin de la modernité juive: histoire d'un tournant conservateur*, La Découverte, 2013. (*El final de la modernidad judía: historia de un giro conservador*, traducción de Gustau Muñoz Veiga, Publicacions de la Universitat de Valencia, 2013). [N. de los TT.]

[22](#) Shlomo Sand, *Comment j'ai cessé d'être juif*, Flammarion, 2013.

[23](#) Judith Butler, *Parting Ways, Jewishness and The Critique of Zionism*, Columbia University Press, 2012.

[24](#) Emmanuel Lévinas y Alain Finkielkraut, «Israël: éthique et politique», *Les Nouveaux Cahiers*, n.º 71, invierno de 1982-1983, p. 3.

Los 80 años de Philip Roth en Newark

EN EL OTOÑO DE 2012, PHILIP ROTH *anunció que dejaba de escribir. El 19 de marzo de 2015, se celebró su cumpleaños en el museo de Newark, su ciudad natal.*

UN JUEVES DE 1979 DESCUBRÍ, en el suplemento literario del diario *Le Monde*, un artículo de Milan Kundera sobre *El profesor del deseo*, de Philip Roth, que acababa de publicarse. Fue para mí un *shock*: los dos escritores contemporáneos a los que más admiraba se encontraban de pronto juntos, solo los separaba un guion. Acababa yo de conocer a Milan Kundera, le hablé del deslumbramiento que sentía, me dijo que Philip Roth y él eran amigos, que se habían conocido en Praga, adonde Roth iba con regularidad. Un día de 1980 fui a cenar a casa de Milan Kundera, invitado junto a Philip Roth y a su compañera de aquel entonces, Claire Bloom. A partir de ese momento he vuelto a ver a Philip Roth en París, en Londres —donde vivió durante bastante tiempo— y en su casa de Connecticut —donde vive la mitad del año—. Un día me dijo que cuando no escribía se sentía *pointless*, sin objetivo, sin justificación. Por eso no se apartaba nunca de su mesa de trabajo más de una semana. Y resulta que ahora, a la vez que Benedicto XVI (él mismo, entre risas, puso de relieve la coincidencia), Philip Roth ha decidido jubilarse. Ha dejado de escribir, ya no se siente *pointless*. Tiene la sensación de haber cumplido con su misión. Este escritor apasionado por la turbulencia era también un hombre de deber, un gran puritano de la escritura. «¡Tienes que hacerlo!», le decía todos los días su conciencia. Ahora, lo deja en paz. Y, además, si su espíritu —doy fe— está más vivo que nunca, la memoria le

juega algunas pasadas. Cuando tiene cosas importantes que hacer, las anota en lo que él mismo ha llamado su «libro de la risa y del olvido». Me dijo que le resultaba ahora demasiado penoso volver a escribir un libro cuando ni siquiera seguía habitado por lo que había escrito la víspera, y que necesitaba hacer un gran esfuerzo para sumergirse de nuevo en la acción. Ya no necesita justificar su existencia por medio de la escritura, y aunque lee más que nada libros sobre la historia del siglo XX, hace una excepción —según me dijo— con *Mario y el mago*, de Thomas Mann, que relee todos los años. Tal es el anclaje de Philip Roth a la gran historia de la novela europea.

En su despacho tiene colgadas dos fotografías: una de Primo Levi y otra de Saul Bellow. Inocentemente deseoso de federar todas mis admiraciones, le pregunté si, como había oído decir, había mantenido correspondencia con Hannah Arendt. Me contestó que se había visto con ella una vez, durante una velada, que fumaba «a la alemana», es decir, si no he entendido mal, con el cigarrillo horizontal, contrariamente a las grandes actrices americanas que, antes de las campañas antitabaco, fumaban en las películas con la barbilla levantada y el cigarrillo apuntando hacia el cielo. Roth le confesó a Hannah Arendt su admiración por una película de Bergman que acababa de ver, y ella, entre dos bocanadas, le dijo: *Scandinavian kitsch*. El veredicto puso fin a la conversación. Roth añadió que no cortó completamente con Arendt, porque a él iban a enterrarlo en Bard College, como a ella. Pero —apostilló— no a su lado. No quería sufrir ni su conversación ni el humo de sus cigarrillos. De modo que descansará en un sector de no fumadores del cementerio. A mí sigue gustándome lo mismo Hannah Arendt, pero ahora tengo que admitirlo: no reconciliaré mis admiraciones.

Así es que el 19 de marzo se celebró el cumpleaños de Philip Roth en Newark. Fue un gran momento. Había cuatro oradores; entre ellos, la novelista irlandesa Edna O'Brien. Todos hicieron gala de humor, de sutileza y de elegancia. Cuando me tocó hablar a mí, me sentía muy cohibido. Tenía la impresión de estar haciendo mi *bar mitzvah* ante un rabino exigente y una asamblea difícil. Hablé de *Némesis* sin la más mínima chispa, aunque esperando, no obstante, comunicar la emoción que suscitaba en mí el personaje de Bucky Cantor. Philip Roth tomó finalmente la palabra. Estuvo magistral. Empezó definiendo su arte como el arte de la especificidad. Al

oírlo, pensé en las frases magníficas de *Me casé con un comunista* cuando uno de los personajes dice: «La literatura perturba la organización. No es que esté de un modo flagrante, ni siquiera sutil, a favor o en contra de algo. Perturba la organización porque no es general. La naturaleza intrínseca de lo particular es ser particular; y la naturaleza intrínseca de la particularidad es no poder estar conforme. Cuando se generaliza el sufrimiento, se llega al comunismo. Cuando se particulariza el sufrimiento, se llega a la literatura. Mantener vivo lo particular en un mundo que simplifica y generaliza es la batalla en la que hay que comprometerse²⁵». Y esa batalla no está terminada, la ideología puede tener otros rostros que el del comunismo: bajo modos feministas, convierte todos los años a Philip Roth en el no ganador del Nobel de Literatura.

Roth leyó seguidamente algunos fragmentos de *El teatro de Sabbath*. Y todos en la sala teníamos la sensación exultante de ser contemporáneos de un clásico.

Añado que en la biblioteca de Newark había una exposición de fotos de Philip Roth, de sus padres, de sus allegados... y también de un viaje a Israel, donde están él y otros escritores americanos en el despacho de Ben-Gurión. La leyenda nos dice que Ben-Gurión estaba exhortando a aquellos escritores a que realizaran la *aliyah*. Philip Roth no cumplió aquella conminación y escribió sobre Israel dos novelas extraordinarias: *La contravida* y *Operación Shylock*.

²⁵ Philip Roth, *J'ai épousé un communiste*, tr. de Josée Kamoun, Gallimard, 2001, p. 283. (*Me casé con un comunista*, traducción de Jordi Fibla, Alfaguara, 2000). [N. de los TT.]

Nuestra laicidad

EL 19 DE MARZO, DESPUÉS DE UN PULSO *judicial de tres años*, el *Tribunal Superior de Justicia anuló el despido de una empleada de la guardería asociativa Baby Loup, de Chanteloup-les-Vignes, que se negaba a quitarse el velo islámico. Una derrota para el campo laico.*

EN 1989, CUANDO TRES ALUMNAS que se negaban a quitarse el velo islámico fueron expulsadas de un colegio de Creil, el MRAP (Movimiento contra el Racismo y por la Amistad de los Pueblos), la organización SOS Racisme y los representantes de todas las grandes religiones protestaron enérgicamente. Quienes apoyaron la decisión eran muy minoritarios. Las cosas han cambiado. Una gran mayoría de los franceses y el propio presidente de SOS Racisme, Harlem Désir, se muestran favorables a una ley que, en los centros privados cuyos empleados estén en contacto con el público, pueda obligar a que se respete la laicidad. E imaginamos mal al actual ministro de Educación diciendo, como Lionel Jospin a Élisabeth Schemla en 1989: «Y ¿a mí qué me importa que Francia se islamice?». Pero nos topamos con una dificultad filosófica. Los defensores del velo y quienes lo llevan no pueden recurrir a un argumentario comunitarista o religioso. No apelan ni a la tradición ancestral ni a la ley divina, sino a los derechos subjetivos. Comparten el ideal de la nueva generación internet: *I know what I want and I want it now*. El velo, como escribe Hélé Béji, «se enrolla en las cabezas con un gesto que le permite a cada uno enarbolar el estandarte que le gusta para existir»²⁶. De ahí el apoyo de la mayoría de las demás sociedades democráticas a esa reivindicación. Francia está sola o casi sola. Eso no quiere decir que sepa mejor que nadie en

qué consiste la libertad individual, sino que está vinculada a una tradición de la mixidad, a una «visibilidad afortunada de lo femenino», como escribe Claude Habib, anterior incluso a la Declaración de los Derechos Humanos. Ese reglamento de la coexistencia de los sexos no es universalizable. Que conste. Pero debe poder seguir siendo el hecho de nuestra civilización.

[26](#) Hélé Béji, *Islam Pride. Derrière le voile*, Gallimard, 2011, p. 32.

¿Es así como viven los hombres?

EL 2 DE ABRIL —O SEA, CUATRO MESES *después de la publicación en Mediapart de los primeros artículos sobre el caso Cahuzac*—, Jérôme Cahuzac, exministro de Hacienda cesado el 19 de marzo, confesó que tenía 600.000 euros en una cuenta en el extranjero. Pidió perdón al presidente de la República, quien, a su vez, prometió una «moralización» de la política francesa.

PARA UN MINISTRO DE HACIENDA encargado de perseguir el fraude fiscal, tener una cuenta secreta en el extranjero es inapropiado y es incluso insoportable. La conmoción que ha suscitado esa revelación ha sido una rebelión de la decencia común. Pero esa conmoción, por desgracia, ha basculado hacia la histeria y la indecencia. Se reclama transparencia para combatir la corrupción precisamente cuando Jérôme Cahuzac se enriqueció siendo cirujano capilar y consultor de laboratorios farmacéuticos. Cuando empezó a hacer política, dejó de hacer dinero. Y ahora, los patrimonios de los miembros del Gobierno y de algunos otros cargos políticos diligentes se publican en la red. La opulencia, como en tiempos de Saint-Just y de Robespierre, vuelve a ser una infamia. Queremos ministros virtuosos, es decir, sin pecunia, y olvidamos así, a favor de una postura moral, la verdadera virtud política, que es el amor por el mundo, la preocupación por preservarlo, por mejorarlo, por transformarlo, por convertirlo en una estancia más humana. Si hay un problema en Francia no es probablemente la corrupción de los políticos, es la corrupción del sentimiento público que tiende a abandonar lo serio de los asuntos comunes por el sensacionalismo de los asuntos. Tres

graves acontecimientos han pasado casi inadvertidos mientras observábamos cómo caía Cahuzac y aclamábamos a los artífices de la caída:

— Los celadores del Museo del Louvre han estado en huelga para protestar contra la impunidad de los carteristas que actúan delante de sus narices y que, después de una muy breve estancia en la comisaría, vuelven a tomarles el pelo. En nombre de sus ciudadanos que visitan la capital francesa, el Gobierno chino ha manifestado muy oficialmente su inquietud ante el Gobierno francés, como si París fuera una ciudad del Tercer Mundo.

— Los habitantes de un barrio de Sevran han rogado al Ministerio del Interior que asigne CRS fijos, cerca de sus casas, para poder ir y venir con toda seguridad. Y el ministro ha resuelto favorablemente.

— La ministra de Enseñanza Superior ha modificado a la chita callando la ordenanza de Villers-Cotterêts (1539), que hizo del francés la lengua oficial del reino, al anunciar que a partir de ahora en Francia puede impartirse clase y pueden redactarse memorias o tesis en inglés. Yendo mucho más allá en la desculturización de Nicolas Sarkozy cuando se preocupaba al ver que *La princesa de Clèves* estaba en el programa de algunas oposiciones administrativas, la ministra declaró: «Si no autorizamos las clases en inglés, no atraeremos a los estudiantes de los países emergentes, como Corea del Sur y la India. Y nos quedaremos cinco hablando de Proust alrededor de una mesa, y eso que a mí me gusta Proust».

¿Es así como viven los hombres? Tal es la cuestión, eminentemente política, que surge de cada uno de los anteriores relatos. Pero semejante pregunta no interesa a los caballeros blancos de las salas de redacción que solo piensan en forjar su propia leyenda y que sueñan, desde 1974, con un Watergate a la francesa, del que serían los héroes. Mientras aguardan el paroxismo, los justicieros de *Mediapart* sostienen que, a semejanza de Albert Londres, «meten la pluma en la llaga». La realidad es bien distinta y se encierra en dos palabras: vigilar y castigar. La vigilancia está ininterrumpida, el castigo siempre es feroz, y a menudo, injusto. Pierre Bérégovoy se vio empujado al suicidio al revelarse el préstamo sin intereses que le había concedido el hombre de negocios Roger-Patrice Pelat para que se comprara un piso en París; y Dominique Baudis vivió un infierno después de que ese precursor de *Mediapart* que era entonces el diario *Le Monde* lo acusara de

participar en orgías sádicas con un asesino en serie. Albert Londres no era de esa catadura: no se alimentaba con las deyecciones de todos los cuervos de Francia. Como reportero, que no soplón, intentaba aproximarse lo mejor que podía a la vida real.

La discordancia de los tiempos

EL 19 DE ABRIL, LA SALA DE LO PENAL *de Versailles* condenó a ocho jóvenes de *Les Mureaux* (localidad conflictiva al este de París) a penas de cinco a veinte años de prisión por el asesinato de Mohamed Laidouni, conductor apaleado hasta la muerte delante de los ojos de su familia, en la autopista A13, la noche del 26 al 27 de junio de 2010.

PARA COMPRENDER EL PRESENTE, hay que referirse a veces al pasado, y a veces también liberarse de él. El actual diluvio de comparaciones con 1989, con la crisis del *boulangisme*, con los años treinta del siglo XX, es signo no de una busca de la verdad, sino de un auténtico pánico ante la verdad. Ese pasado puede ser violento, convulsivo, sombrío o terrible, nunca se moviliza si no es para tranquilizarnos y hacer que lo impensable de hoy vuelva dócilmente al redil del *déjà-vu*. Ante el crimen de la autopista A13, sin embargo, ningún paralelismo acude en nuestra ayuda, nos quedamos atónitos —sin voz y sin referencia—.

Una familia se va de vacaciones; al entrar a la autopista, el coche en el que van resulta alcanzado por otro vehículo que intentaba adelantar por la derecha. Se paran. El conductor del primer coche quiere hacer un parte. La conductora contraria se niega. El tono va subiendo. La mujer llama por teléfono y a los pocos minutos llega a todo correr un grupo de jóvenes de Les Mureaux. «Os las queréis dar de franceses —dicen—, pues no lo vais a contar, aquí estamos en nuestra casa.» Muelen entonces a palos a Mohamed Laidouni, el infortunado conductor, ante los ojos de su madre y de su mujer. Acaban de condenarlos con toda dureza, se ha hecho justicia. Pero, como para añadir

todavía algo incomparable al horror, los allegados de los acusados, presentes en gran número en el juicio, protestaron al anunciarse el veredicto, amenazaron a los fotógrafos y a los periodistas. Se puso en marcha un dispositivo de seguridad para proteger a la familia Laidouni y para sacar de allí a las partes civiles. Otros sucesos espantosos y a veces más monstruosos todavía han jalonado la historia humana. La barbarie no nació ayer. Pero es inútil consultar los archivos, esta barbarie de ahora no tiene precedentes. No recuerda ninguna otra cosa, marca una fecha.

La moral laica en la escuela

EL 22 DE ABRIL, EL MINISTRO DE *Educación Nacional*, *Vincent Peillon*, anunció que se introduciría una asignatura de moral ya desde las clases de primaria, a partir de comienzos del curso 2015-2016. En las izquierdas, algunos temen una «vuelta al orden moral».

COMO LO RECOGE EL TÍTULO DEL ÚLTIMO libro de Mara Goyet, el colegio se ha convertido en brutal. Es el fracaso de la esperanza libertaria que nos empujaba desde los años sesenta del siglo XX. Nos decíamos que lo que hace al hombre al mismo tiempo malo e infeliz es la represión del deseo. Suprimamos la represión y llegará la felicidad. Debajo de los adoquines está la playa. Y terminamos por descubrir a regañadientes, frente al crecimiento de las incivildades, las virtudes de la buena educación: apartarse, reprimirse, dejar de expandirse en el ser sin miramientos hacia los demás. Este regreso de la moral laica a la escuela vuelve a poner en cuestión, como quien no quiere la cosa, el gran dogma moderno del hombre. No, el mal no siempre procede de la dominación. Frente a ese dogma de la crítica social, redescubrimos el gran principio planteado por el socialista Orwell: hay cosas que no se hacen, sean cuales sean las circunstancias. Y si el sentido común se rebela hoy contra la sociología común, es porque cada vez más alumnos se convierten ellos mismos en los sociólogos de sus propias torpezas. Para justificar la violencia, la insolencia o la indolencia de las que dan prueba, invocan el racismo, la exclusión, la precariedad, el paro, el ascensor social averiado. La moral laica es el aprendizaje de la autonomía. Ser autónomo no es hacer lo que nos place, es responder de lo que hacemos.

La libertad maltratada por sus propios beneficiarios

CLÉMENT WEILL-RAYNAL, EL PERIODISTA de *France 3* que había desvelado la existencia del tablón de anuncios «Panel de los gilipollas» del Sindicato de la Magistratura, se ve ahora amenazado de sanciones por sus superiores después de haber sido atacado por el Sindicato Nacional de Periodistas.

LA LIBERTAD DE PENSAMIENTO y la libertad de información no son la regla, sino una frágil y preciosa excepción en la historia de las comunidades humanas y en el mundo según va. En lo que concierne al pensamiento, la norma ha sido durante mucho tiempo la persecución, y los filósofos han tenido que emplear tesoros de ingeniosidad para escapar de la censura. Y la propia vocación del poder totalitario es la que se arroga el monopolio de la información: nunca deben llegar a oídos del pueblo las noticias que pueden contradecir la verdad oficial. A Lenin le gustaba decir: «Los hechos son tozudos». Él mismo y sus sucesores demostraron mediante la práctica constante de la falsificación la extrema vulnerabilidad de las verdades fácticas.

Vivimos muy afortunadamente en un régimen democrático: el poder ya no controla la información. Los periodistas han ganado su particular guerra de la independencia. A pesar de tan apreciable emancipación, no obstante, los portadores de malas noticias ideológicas siguen exponiéndose, e incluso más que nunca, a duras represalias. Mientras el Estado no tiene ni la fuerza ni, por otra parte, el deseo de meterlos en cintura, son, *of all people*, algunos

periodistas quienes toman el relevo. Y hoy vemos que se desatan contra la libertad de informar aquellos cuya razón de ser es la información. El Sindicato Nacional de Periodistas, cuando nunca se ha conmocionado por la transcripción en los grandes diarios de conversaciones privadas de abogados, de empresarios o de políticos, y ha validado la violación de todos los secretos, salvo, faltaría más, el —sacrosanto— de las fuentes, recuerda hoy que «la utilización de imágenes robadas en un lugar privado, en este caso, los locales del Sindicato de la Magistratura, es algo contrario a la más elemental deontología profesional».

¿Por qué el panoptismo en un caso y el rechazo a ver en el otro? Porque no puede ponerse en un mismo plano a los poderosos y a la organización que les corta el paso, al proclamar «una discriminación positiva de la mujer frente al marido, del hijo frente al padre, del deudor frente al acreedor, del obrero frente al patrón, del atropellado frente a la compañía de seguros del atropellador, del enfermo frente a la Seguridad Social, del ladrón frente a la policía, del demandante frente a la justicia»²⁷.

Y pobre del periodista que, creyendo que su oficio consiste en decir «simplemente la verdad simple, aburridamente la verdad aburrida, tristemente la verdad triste»²⁸, ose mirar en la mala dirección.

²⁷ Oswald Baudot, «Harangue au juge qui débute», 1974, citado en Clément Weill-Raynal, *Le Fusillé du mur des cons*, Plon, 2013.

²⁸ Charles Péguy, *Lettre du provincial*, en *Œuvres en prose complètes*, t. I, *op. cit.*, pp. 291-292.

La abrogación del mundo real

EL 13 DE MAYO, LOS DIRIGENTES del equipo de fútbol PSG invitaron a los hinchas y a los parisinos a celebrar en la plaza del Trocadero el título de campeón. Pero la fiesta degeneró en violencias, pillajes y agresiones. Balance: 30 heridos, un millón de euros en destrozos, 47 detenciones, 23 personas puestas a inmediata disposición judicial.

MÍ SUEGRO ME CONTÓ UN DÍA la siguiente historia: una joven vive en una isla sometida a la vigilancia maníaca de su padre, que la encierra en un castillo. A pesar de todo, llega a enamorarse de un joven. Este, que debe marcharse de la isla, la presiona para que, con desprecio del peligro que corre, haga cuanto pueda por reunirse con él. Con ayuda de la criada, la joven se evade del castillo y sube a una barca; unos bandidos atacan la barca y, al final, muere. Una vez terminado el relato, mi suegro, no sin malicia, me preguntó: «¿Quién es el responsable de la muerte de la joven?».

Cavilé, me rasqué la cabeza, dudé si unos u otros. Y finalmente me dije que el primer responsable era el padre.

Otras respuestas son posibles, pero, como yo, todo el mundo se olvida de los bandidos, que son los autores del crimen. Y resulta que es algo por el estilo lo que sucedió al día siguiente de la fiesta que organizó el PSG en el Trocadero para celebrar su primer título de campeón de Francia después de diecinueve años.

Para empezar, se acusó al prefecto de policía y al ministro del Interior. Algunos adversarios políticos pidieron incluso la dimisión de ambos. Y los mismos que no paran de denunciar la hipnosis por la seguridad, la obsesión

por la seguridad, el sarkozismo por la seguridad fustigaron el amateurismo y la incompetencia del prefecto. Habrían hecho falta diez mil policías para controlar a los diez mil participantes que acudieron a la celebración.

También señalaron con el dedo a Qatar y a la alcaldesa de París, y olvidaron a los bandidos. El comportamiento de estos últimos, no obstante, no podía silenciarse del todo, así es que fueron a buscar a los hinchas. Finalmente, el acontecimiento terminaba banalizado y reducido a la patología conocida y, de ahí, tranquilizadora del fútbol. Si bien es cierto que los hinchas tienen algunas cuentas que arreglar con la actual directiva del PSG, eso no guarda relación alguna con los destrozos de la plaza del Trocadero ni con las agresiones a autocares de turistas. En esto, el famoso periodismo de investigación ha demostrado una incuriosidad a prueba de todo. El alboroto entró en París pero París, al parecer, tenía otras cosas de las que ocuparse. En 1998 se vitoreaba al equipo de Francia *black-blanc-beur*²⁹ y nadie tiene hoy ninguna gana de levantar acta de su desintegración. De modo que se hace la vista gorda y se permite que los alborotadores regresen a sus barrios.

En su libro *Limónov*, Emmanuel Carrère cita al gran historiador Martin Malia: «El socialismo integral no es un ataque contra los abusos específicos del capitalismo, sino contra la realidad. Es un intento de abrogar el mundo real». Asimismo, el antirracismo integral en el que vivimos no es un ataque contra los abusos específicos del racismo, sino contra la realidad. Esa ideología moviliza a todos sus expertos, a todos sus investigadores, a todos sus sociólogos para recusar los datos de la experiencia. Lo que no quiere decir que el racismo haya dejado de existir. Estamos condenados a batirnos constantemente en dos frentes: contra la abrogación antirracista del mundo real y contra el desencadenamiento racista de los bajos instintos. Y no se trata de una petición de principio: quienes eligen la vía de la integración, quienes llevan a cabo buenos estudios, quienes obtienen un título se ven con frecuencia en el paro, porque pagan por los demás. Pagan por quienes tienen una agenda completamente distinta, quienes se consideran derechohabientes, incluso conquistadores.

²⁹ Alusión al equipo nacional multirracial (‘negros, blancos y magrebíes de segunda

generación') que ganó la copa del mundo en 1998. [*N. de los TT.*]

La urgencia de combates en la retaguardia

EL PROYECTO DE LEY FIORASO SOBRE *enseñanza superior*, aprobado en la Asamblea el 28 de mayo, autoriza enseñanzas en inglés en las universidades, según se practica ya en las prestigiosas y selectivas grandes écoles de Francia. El diario *Le Monde* afirma: «Para unos, la defensa del francés es una causa sacrosanta, por lo que significa la lengua como alma de un pueblo, de su identidad, de su historia, de su cultura. Para otros, esa defensa intransigente es demasiado a menudo cosa de combates en la retaguardia (y priva al país de las armas necesarias para afrontar la competencia mundial, presente en todos los terrenos) [...]. Evidentemente, tienen razón».

EN SU POEMA «LA JOLIE ROUSSE», Apollinaire evoca la larga disputa entre el orden y la aventura, la tradición y la invención. Los partidarios de la multiplicación de clases, de tesis, de memorias y de investigaciones en inglés querrían hacernos creer que siguen con esa misma disputa y que están, sin ninguna duda, en el lado de la rebelión. *Le Monde* osa incluso titular: «Nueva batalla de Hernani», como si cupiera una sola onza de romanticismo en la rendición sin condiciones de la enseñanza superior francesa ante el proceso de uniformización planetaria.

Los defensores de la anglicanización consideran la lengua no un modo sino un mero instrumento de información y de comunicación. Creer que la información es la forma más elevada de la lengua es, como decía Heidegger, «lo propio de la técnica». Por lo tanto, esta es la apuesta: o bien nos incorporamos a esa concepción vehicular, o bien intentamos proteger el

francés y todas las lenguas, incluido el inglés. Añado que pedirles a profesores franceses, como en Sciences Po³⁰, que enseñen en inglés es obligarlos a sacrificar el matiz y la complejidad de la materia que imparten. ¡Así se organiza la bajada de nivel para brillar en la clasificación de Shanghái!

Es bueno que profesores americanos o ingleses puedan enseñar en versión original en nuestras universidades, pero es tanto más urgente velar por nuestra lengua cuanto que está perdiéndose hasta en Francia. El vocabulario de los estudiantes se empobrece, la ortografía es errática, la sintaxis se derrumba. En 1979, Roland Barthes recordaba esta confidencia de Flaubert a George Sand: «No escribo para el lector de hoy, sino para los lectores que puedan presentarse mientras la lengua viva». La lengua en el sentido no técnico del término. Le incumbe a la universidad francesa retrasar su muerte.

³⁰ Instituto de Estudios Políticos de París. [*N. de los TT.*]

¿Qué es la teoría del género?

EL GRUPO SOCIALISTA HA CONSEGUIDO *colar en la ley de orientación escolar que se debate en la Asamblea una enmienda que introduce entre las misiones de la escuela una educación en la teoría del género.*

«**L**O NATURAL SIEMPRE ES HISTÓRICO», escribe Heidegger. Miramos el mundo con nuestros ojos, pero nuestros ojos no son meros órganos sensoriales: están impregnados de una manera particular de ver y de entender. La inmediatez es un señuelo. El mundo del que hemos salido moldea nuestras reacciones más espontáneas. Nada se presenta nunca *tal cual* a la intuición o al pensamiento humano. La misma diferencia de los sexos tiene que ver con la cultura, el femenino y el masculino son productos totalmente artificiales, papeles sociales atribuidos a los individuos por la educación, nos dicen ahora los teóricos del género. Radicalizan con ello el gran tema romántico del arraigo de los individuos en una tradición particular. Pero los románticos —y, después de ellos, Heidegger— deducían que es una tradición que hay que privilegiar. Ese era asimismo el razonamiento de los fundadores de las ciencias humanas. Los posmodernos, por su parte, se burlan de esa devoción. Como todo está construido —dicen en suma—, todo debe poder deconstruirse y remodelarse según nuestros deseos. Histórico quiere ahora decir revocable a voluntad. Ya no es cuestión de reformar el Estado o la sociedad con prudencia, con mano temblorosa; hay que deshacerse de las viejas ideas desde la más tierna edad, para que nadie quede confinado en una identidad, sea la que sea. Toda forma transmitida se recalifica en formateo y los agentes de la transmisión se ven como colaboracionistas del Viejo Mundo. Según lo pone

muy bien de relieve Bérénice Levet, el objetivo del «género» es, más aún que la naturaleza, la civilización, el mundo de significaciones instituidas que nos excede y que nos precede. La sensibilidad posmoderna resulta excedida por lo que excede. Conque nos las apañamos para que las niñas descubran las alegrías del rugby, los niños ya no prefieran sistemáticamente los balones a las muñecas y unos y otros jueguen a policías y ladronas. Cuando se escenifica *Capercita roja*, se opta preferentemente por un niño para el papel protagonista. Ya no se estudia ni pintura ni escultura: se destierran estereotipos y se celebra lo que permite embarullar los códigos sexuales.

Sartre, con una formulación hoy clásica, decía que «el existencialismo es un humanismo». Eso significaba que «el hombre existe primero, se encuentra a sí mismo, surge al mundo, y se define después»³¹. Pero, para este pensador de la libertad, *lo dado precedía incluso a la existencia*. Nacemos hombre o mujer, blanco o negro, francés o americano, turco o armenio, judío o gentil y, a partir de ahí, nos determinamos. Esas condiciones previas tienen ahora que desaparecer. La alianza del *culturalismo*, que describe la multiplicidad del ser, con el *tecnicismo*, que se hechiza con su plasticidad, debe permitirnos reducir, hasta abolirla por completo, la parte no elegida de la existencia. No podría haber alienación constitutiva. La salida del hombre de su condición de minoría se verá, por lo tanto, cumplida cuando *la existencia se haya liberado de lo dado* y las pertenencias que aún distinguen a los individuos sean posibilidades que se les ofrecen a todos y cada uno en el gran autoservicio del universo. Al reino de las alternativas impuestas debe sucederlo el de las combinaciones libres. Nuestra herencia es el último obstáculo para ese derrocamiento. O sea, que la escuela ha recibido la misión de liquidar la herencia que en otros tiempos tenía el encargo de transmitir. Tarea inédita que solventa con celo.

³¹ Jean-Paul Sartre, *L'existentialisme est un humanisme*, col. «Folio essais», Gallimard, 1996, p. 29. (*El existencialismo es un humanismo* [parte de obra completa, vol. 9], traducción de Victoria Prati de Fernández, Folio, 2007). [*N. de los TT.*]

¿Es reaccionaria Francia?

PARA EL PRESIDENTE DE LA COMISIÓN EUROPEA, *José Manuel Durão Barroso*, los artistas franceses que reclaman la exclusión del sector audiovisual de las negociaciones comerciales transatlánticas tienen una actitud «reaccionaria».

DECLARACIÓN DE JOSÉ MANUEL DURÃO BARROSO: «La excepción cultural francesa forma parte de la campaña antimundialización que yo considero totalmente reaccionaria». La unidad europea se basaba antaño en la religión común; después, con los Tiempos Modernos, la religión le ha cedido el sitio a la cultura. Los Tiempos Modernos han pasado, anuncia hoy el presidente de la Comisión Europea: la cultura debe disolverse en el mercado mundial sin fronteras. Y malditos sean quienes se resistan a ese movimiento. Razonan aún en términos de pertenencia, elevan muros entre las naciones y los continentes y, en el interior de las naciones y los continentes, entre la cultura y la industria cultural.

Durão Barroso, por su parte, no es un policía de fronteras. Está del lado de la igualdad contra el elitismo, de la unión contra la separación, de la apertura contra el repliegue, de la libertad de circulación contra cualquier forma de proteccionismo. De modo que es progresista, puesto que aplaude el irresistible movimiento de la humanidad hacia su unificación.

A ese progresismo liberal no hay que responder con otro progresismo, sino con otro paradigma. No cambiar el mundo o rehacer el mundo, sino, como decía Camus, «impedir que el mundo se deshaga».

Lo que sostiene Durão Barroso es tan arrogante que ayudará quizá a la

izquierda a tomar conciencia de que no puede ya seguir incensando el mismo mundo con el nombre de «moderno» y envileciéndolo con el nombre de «capitalista». Esa dualidad, apuntada ya por Péguy, se ha hecho absolutamente indefendible.

El desconcierto de la moral

TODOS LOS INFORMES DEMUESTRAN *la implicación del régimen sirio en la masacre con gas sarín que, el 21 de agosto, mató a centenares de civiles en el área de Guta, cerca de Damasco: la «línea roja» determinada por Barack Obama se ha cruzado. Pero, después del voto negativo de la Cámara de los Comunes y del abandono alemán, solo Francia se declara dispuesta a participar en operaciones aéreas de castigo junto a Estados Unidos.*

«**N**O ES AMÉRICA QUIEN HA TRAZADO una línea roja, es el mundo», dijo muy atinadamente el presidente Obama. Las armas químicas quedaron condenadas por el Convenio de Ginebra en 1923, es decir, poco tiempo después de una guerra en la que se vieron nubes mortales de gas «extenderse sobre todo lo viviente, con independencia de cualquier fenómeno meteorológico», como escribió Ernst Jünger. Así es que John Kerry, secretario de Estado norteamericano, tenía razón al apelar a la memoria y a la decencia comunes en la conferencia de prensa conjunta que dio en el Quai d'Orsay junto al ministro de Asuntos Exteriores francés.

Y además, no hay lugar para la abstención en este asunto. No actuar es también actuar enviando un mensaje de impunidad a los potenciales utilizadores de armas prohibidas. La moral de responsabilidad que, por último, les corresponde a los Estados no se limita a la persecución de cada uno de sus intereses. Consiste en la humanización de nuestro paso por la Tierra. Es responsabilidad *para el mundo*. El mundo debe permanecer sin armas químicas: hace falta una respuesta militar a todos cuantos transgreden ese imperativo.

El razonamiento, es cierto, no convence a la opinión. Esta, que es en general tan sensible y que ha visto en bucle las imágenes de los cuerpos sometidos a suplicio, se opone mayoritariamente a operaciones de castigo contra Bachar al-Ásad. Los representantes de los Estados descritos por Nietzsche como los más fríos de los monstruos fríos son quienes manifiestan hoy su conmoción ante el horror del crimen. «La desgracia de los hombres no debe ser el resto mudo de la política. Fundamenta un derecho absoluto a erguirse y a dirigirse a quienes ostentan el poder»³², declaró Michel Foucault en junio de 1981. Esta vez es el poder el que se levanta en nombre de la desgracia de los hombres y es la ciudadanía internacional a la que Foucault apelaba la que permanece silenciosa. La frialdad ha cambiado de campo. ¿Por qué? Porque después de los atentados del 11 de septiembre, del fracaso de las intervenciones militares en Irak, en Afganistán y en Libia para instaurar la democracia en esos países, de la islamización de las «primaveras árabes» y, por último, de la influencia de los yihadistas en la rebelión siria, nos hemos dado cuenta de que la humanidad está surcada, según escribe Pierre Manent, por «separaciones mucho más profundas, mucho más intratables de lo que pensamos»³³. La red ha dado cuenta de las fronteras, pero en el sentido absolutamente inesperado en que los islamistas somalíes relatan en directo en Twitter sus hazañas bárbaras en un centro comercial. El sueño común de Victor Hugo y de Michel Serres de una humanidad reconciliada por la técnica queda aniquilado. La yihad y la despiadada guerra civil que enfrenta a suníes y chiíes han levantado un muro entre el mundo árabe-musulmán y el nuestro. Y lo que dice el escepticismo de la opinión occidental es que ni siquiera un ataque con gas sarín contra poblaciones civiles consigue ya resquebrajar ese muro.

Así, los Estados occidentales han recibido como una divina sorpresa la propuesta rusa de que la ONU se haga con el control del arsenal químico del régimen de Damasco. Misión imposible. Putin ha tendido, por lo tanto, una trampa tosca a los occidentales, pero, en una guerra en que la posible victoria de los rebeldes suscita tanta inquietud como la de Bachar al-Ásad, se han agarrado a la trampa como a un clavo ardiendo.

³² Michel Foucault, *Face aux gouvernements, les droits de l'homme*, Dits et Écrits, IV,

Gallimard, 1994, p. 708.

[33](#) Pierre Manent, *La Raison des nations*, Gallimard, 2006, p. 42.

La salida de la religión y de la laicidad

EL 9 DE SEPTIEMBRE, VINCENT PEILLON *presentó el manifiesto de la laicidad y anunció que quedaría expuesto en todos los centros escolares franceses. Según Dalil Boubakeur, presidente del Consejo Francés del Culto Musulmán, el 99% de los musulmanes se darían por aludidos con el texto.*

ANTES DE 1989, LA ESCUELA PÚBLICA era laica igual que era obligatoria. Era una evidencia. Nadie le prestaba al asunto la más mínima atención. En 1989 estalla el asunto del colegio de Creil. Expulsan a dos alumnas porque se niegan a someterse al reglamento de régimen interior y a quitarse el velo en clase. Élisabeth Badinter, Élisabeth de Fontenay, Catherine Kintzler, Régis Debray y yo firmamos conjuntamente un manifiesto que aparece publicado en *Le Nouvel Observateur*: «¡Profesores, no capitulemos!». Las críticas llueven al instante. Los representantes de todas las grandes religiones expresan su cólera, las asociaciones antirracistas denuncian lo que empieza a llamarse la «estigmatización del islam» y todo el mundo nos pide que bajemos de las nubes: armar tanto alboroto, emplear tan grandilocuentes palabras por un par de pañuelos no es política —nos dicen—, es soñar despiertos.

En 2002, unos profesores de enseñanza secundaria de la región parisina, a quienes nadie puede acusar de estar encerrados en su torre de marfil y de ignorar las realidades del terreno, publican un libro abrumador: *Les territoires perdus de la République*³⁴. En 2004, los miembros de la comisión Stasi, a priori hostiles a toda legislación restrictiva, acaban, como consecuencia de los testimonios recibidos, por preconizar la prohibición de signos religiosos en la escuela. Ese mismo año se publica el informe Obin

sobre los signos y las manifestaciones de pertenencia religiosa en los centros escolares. El informe dice que el velo es el árbol que oculta el bosque: un movimiento de alcance muy distinto afecta a la mayoría de los barrios periféricos. «Se invita a los alumnos a desconfiar de todo cuanto el profesor les propone [...], igual que de lo que se encuentran en el plato cuando van a los comedores escolares; y se les pide que pasen los textos que se estudian por el mismo tamiz de las categorías religiosas del *halal* (lo permitido) y el *haram* (lo prohibido)». En resumen, los sonámbulos no son quienes creíamos. El despertar ha sido rudo. Y si el Estado ha decidido exponer un manifiesto de la laicidad en las escuelas es porque una parte cada vez menos despreciable del público escolar se muestra reacia a las leyes de la República y, ya sean de historia, de letras, de filosofía, de ciencias de la vida y de la Tierra e incluso de educación física y deportiva, contesta abiertamente los programas. Después de haberlo negado durante mucho tiempo, la prensa «ilustrada» reconoce ahora la existencia y la magnitud del fenómeno. Gérard Courtois escribe en *Le Monde*: «Si hay que recordar valores tan elementales es porque ya no son de curso, porque han sido batidos en brecha por el comunitarismo, incluso por la etnización, y porque los “territorios perdidos de la República” van ganando terreno poco a poco». Pero, vislumbrada apenas la realidad, el periodista la recubre con el discurso canónico de la crítica social: las «disparidades generadas por el sistema escolar francés han alcanzado, en muchas zonas supuestamente prioritarias, un nivel que vacía de sentido el principio republicano de igualdad. Ese es el reto de la “refundación de la escuela”. Con un manifiesto, evidentemente, no será suficiente».

La laicidad es la solución que la Europa moderna ha encontrado para salir de las guerras civiles religiosas. Se trata, no obstante, de una solución que la Europa contemporánea, que no se toma la religión lo suficientemente en serio, no sabrá respetar. Ha exilado la fe a ese mundo fantástico de la irrealidad humana que los marxistas llaman «superestructura». Los europeos de hoy son espontáneamente materialistas: para ellos, «el ser de los hombres es su proceso vital real» y la vida es la economía, es el trabajo o, para ser más exacto, la división del trabajo. El conflicto fundamental, en un mundo en el que no hay para todos, es el conflicto entre los poseedores y los desposeídos, los explotadores y los explotados, los amos y los esclavos. De ahí el solemne

aviso de Jean-Louis Bianco, presidente del Observatorio de la Laicidad: «Cuando preconizamos tal o cual medida, tal o cual ley, habrá que preguntarse si es estigmatizante para algunas personas, si contribuye a aplacar o a endurecer las relaciones entre los franceses. Hay que recuperar la idea de que la laicidad es un principio de libertad, promoverla y hacerla amable. A este respecto, la consigna del presidente de la República es claramente el apaciguamiento».

¿Apaciguamiento como *appeasement*? No, se indignaría Jean-Louis Bianco. Porque no está inhibido por la cobardía sino movido por la compasión. No depone las armas, combate la iniquidad. No se inclina ante la fuerza, vuela en socorro de los débiles, de los oprimidos, de los miserables cuyo Dios resulta que es Alá. Así, *a falta de creer en la religión*, los representantes de la laicidad la vacían de su sustancia y, por razones humanitarias, avalan las exigencias de sus enemigos.

[34](#) *Les territoires perdus de la République*, varios, dir. de Emmanuel Brenner, Mille et une nuits, 2002.

El nuevo frente

AL PREGUNTARLE A FRANÇOIS FILLON sobre las consignas que había que dar a los electores en caso de duelo entre el Frente Nacional y el Partido Socialista, declaró que había que votar por el «menos sectario» de los dos, aclarando que podía ser el candidato del Frente Nacional. Para los partidarios del «Frente Republicano», eso equivale a pactar con el fascismo.

NUESTRA ÉPOCA INVOCA INCESANTEMENTE el cambio y niega al mismo tiempo el que está desarrollándose ante sus ojos. Y nos dice: No, el Frente Nacional no ha cambiado. Es semejante a sí mismo y siempre lo será. Los adversarios redomados del esencialismo esencializan frenéticamente a su principal adversario. Como si a los barrios «sensibles» y a los colegios «sensibles» no vinieran a sumarse los hospitales «sensibles», se afirma que la inmigración actual no difiere en nada de las anteriores oleadas de inmigración. Lo que se dice es que el islam no plantea ningún problema particular a Francia y que lo que causa estragos es el mismo populismo que a finales del siglo XIX y en los años treinta del XX. Se oponen, pues, al Frente Nacional los mismos valores que sus antecesores fascistas maltrataron y la memoria de los crímenes que cometieron o dejaron que se cometieran. Pero el problema está en que el partido solo tiene ojos ya para la laicidad y se envuelve enfáticamente en el ideal republicano. Uno de sus principales dirigentes va incluso a Colombey-les-Deux-Églises a visitar la tumba del general De Gaulle, el hombre del 18 de junio. ¿Homenaje del vicio a la virtud? Sin duda alguna. Sigue siendo cierto que no se puede seguir por siempre jamás luchando contra el Frente

Nacional en nombre de los principios con los que este movimiento se identifica estrepitosamente. Los avizores sienten nostalgia de los patinazos que Jean-Marie Le Pen les proporcionaba tiempo atrás con fecundidad inagotable. Pero no tienen casi nada que llevarse a la boca, no se les echa ningún juego de palabras a modo de carnaza. Van errando como animales hambrientos, con la lengua fuera, por la sabana de lo «políticamente correcto». Entonces, a imitación del sociólogo Luc Boltanski, buscan nuevas presas o, por decirlo con una metáfora más apropiada, abren un nuevo frente. Sin concederle veracidad más que a una sola forma de beligerancia —la lucha de clases—, acusan a los intelectuales de la llamada «izquierda republicana» de propagar un discurso de odio antiárabe. Élisabeth Badinter es, desde 1989, la figura emblemática de ese combate. De manera que parece que ha llegado la hora de movilizarse contra la «badinterización de las mentes».

También se criminaliza, en nombre de lo universal, el tema de la preferencia nacional. Pero, si las naciones no distinguieran a sus ciudadanos y no les reservaran algunas prerrogativas, ya no serían naciones, serían galerías comerciales, salones de pasos perdidos o aeropuertos. Lo que es grave y debe denunciarse es el hecho de basarse en esa preferencia para negarles todo derecho a los extranjeros, como le gustaría al partido de Marine Le Pen. Otro ostracismo, no obstante, está incrustándose en nuestra sociedad. Cuando leo, salido de la pluma de la mismísima Caroline Fourest, que el mayor peligro al que nos vemos confrontados no es el comunitarismo islamista sino el «aumento del racismo antimusulmán para intentar volver a la sombra del viejo campanario, a la Francia eterna donde la norma era el hombre heterosexual católico», me digo, con el corazón encogido, que el partido de la *detestación nacional* no para de progresar en Francia. El «matrimonio para todos» ha levantado en nuestro país un fuerte viento de ingratitud, relegando todo su pasado a las tinieblas de la barbarie. Y nos vemos encajonados en una alternativa inaceptable: o bien la xenofobia, o bien, a modo de pertenencia y de hospitalidad, la renuncia desdeñosa a nuestra herencia.

La prosa y la pausa

MIENTRAS EL GOBIERNO CONTINÚA *con la evacuación de los campamentos ilegales de roms*, Manuel Valls ha provocado una oleada de protestas al afirmar que solo una minoría de los roms (los gitanos del este de Europa) residentes en Francia deseaban integrarse y que tenían intención de regresar a Rumanía o a Bulgaria. La comisaria europea Viviane Reding ha denunciado el electoralismo del Gobierno francés.

NOSOTROS, LOS EUROPEOS, SOMOS los herederos de una civilización y los constructores de una casa común totalmente nueva, puesto que no emana ni de la ciudad, ni de la nación ni del imperio. Herencia y construcción que se ven hoy amenazadas por una burocracia europea deslocalizada que, con una arrogancia increíble, transforma Europa en campo de reeducación para pueblos indóciles. Viviane Reding no había vacilado en comparar la expulsión de *roms* a sus países de origen, con prima de regreso, con las deportaciones de la Segunda Guerra Mundial; y ahora Olivier Bailly, portavoz de la Comisión Europea, estudia la posibilidad de sancionar a Francia por no haber respetado el derecho fundamental de libre circulación. Los funcionarios de Bruselas son en estos momentos peones vindicativos encaramados al aseladero de Auschwitz para despojar a los Estados europeos de la prerrogativa mayor de la soberanía: la distribución de la pertenencia. Así lo escribe Michael Walzer, filósofo americano anclado en la izquierda: «Si todos nuestros encuentros fueran como los encuentros en el mar, en el desierto o al borde de una carretera, no habría pertenencia alguna que repartir». Pero vivimos en comunidades políticas, y —añade Walzer— «sea cual sea el nivel de

organización, algo como el Estado soberano debe tener y reivindicar la autoridad necesaria para la práctica de su propia política de admisión, el control y, en ocasiones, la restricción del flujo de inmigrantes»³⁵.

Al recusar esa autoridad, Europa se hace cada vez más odiosa entre las propias naciones que la componen. Y lo que están montándole a Manuel Valls es un proceso muy malo. El ministro del Interior no ha dicho nunca, como se le echa en cara incluso desde su propio partido, que los *roms* no *pudieran* integrarse en Francia, sino que gran parte de ellos no *querían*. No ha denunciado una fatalidad, ha constatado una obstinación. Lejos de hablar el lenguaje de la raza, ha reconocido el derecho a la libertad. Hace ya mucho tiempo que celebramos las diferencias. Y el caso es que esos a los que llamamos «los *roms*» son diferentes. Su modo de vida no es el nuestro, y la mayoría de ellos aspira a perpetuarlo. Pero es curioso que los campeones del Otro pongan el grito en el cielo cuando alguien osa sostener que el Otro no es el mismo y que esa heterogeneidad puede tener consecuencias.

«Ser un hombre de izquierdas no se proclama, se demuestra», ha dicho aludiendo a Manuel Valls su compañero en el Gobierno Benoît Hamon. Ser un hombre de izquierdas es, por lo tanto, negar la realidad. La izquierda era la voz del pueblo pidiendo justicia. Tiende a convertirse en la voz de los chupatintas haciendo una pausa. La política no ha ganado con el cambio

³⁵ Michael Walzer, *Sphères de justice*, tr. de Pascal Engel, Seuil, 1997, p. 65 y p. 72.

La rebelión de los ángeles

EL DESTINO DE LEONARDA, *joven de origen kosovar expulsada el 9 de octubre junto a su familia cuando participaba en una excursión escolar, suscitó numerosas protestas y una movilización de la enseñanza secundaria. El 19 de octubre, el presidente de la República intervino en el debate declarando que Leonarda podría regresar a Francia sola, aunque una investigación interna hubiera confirmado que la Administración había actuado de conformidad con las normas.*

QUE LOS ALUMNOS DE SECUNDARIA se hayan echado a la calle para reclamar el regreso de Leonarda, que hayan desfilado gritando «La juventud no conoce fronteras» está dentro de lo normal. Porque es cierto que la juventud aprende muchas cosas, pero aún no sabe nada. El despertar al mundo se combina en esos momentos de la vida con la bienaventurada ignorancia de las vicisitudes de nuestra condición encarnada. El adolescente mora en el *no man's land* de la irresponsabilidad cívica, familiar y profesional. Es un peatón del aire. Nada lo lastra, nada lo molesta, nada le recuerda su finitud. No está en situación de luchar por su existencia ni por la existencia de sus allegados. Sus compromisos son tanto más radicales y su moral tanto más pura cuanto más limitada es su experiencia. No existe ninguna razón para ofuscarse por ello. Lo que puede dejar perplejo y suscitar inquietud, por el contrario, es que, a propósito de este asunto, tantos adultos de todas las obediencias — responsables políticos, enseñantes, artistas, padres de alumnos— hayan erigido la inexperiencia adolescente en criterio de exactitud y de probidad. Lo descorazonador es ver que, entre intelectuales y cineastas de renombre, el

símbolo Leonarda haya ocultado la realidad de la familia Dibrani, por otro lado, abundantemente documentada en un informe administrativo. La alumna faltaba a clase con empecinamiento, su padre se negaba obstinadamente a trabajar y toda la parentela dejó la vivienda que ocupaba, a cuenta de la República, en un estado de degradación tal que harán falta meses de trabajo para que otra familia de solicitantes de asilo pueda habitarla.

Los abrumadores hechos no impidieron que se desencadenara, como en el caso de los *roms*, una auténtica orgía analógica con «las horas más sombrías de nuestra historia». Se ha pronunciado la palabra «redada» y no ha faltado que se pusiera de relieve que a la alumna la habían interpelado en el aparcamiento del liceo que lleva el nombre de la luchadora y resistente francesa Lucie Aubrac. «La prodigiosa coincidencia evita que tengamos que subrayar los indecibles paralelos», ha escrito, con la grave contención que las circunstancias imponen, el periodista Daniel Schneidermann. Para evitar finalmente que, a la vuelta de las vacaciones, la juventud saliera a la calle y decidiera asentar en ella sus reales, ese artista de la síntesis que es el presidente de la República ha intentado casar la carpa de la responsabilidad con el conejo de la convicción. Ha aprobado el alejamiento de la familia, a quien se había denegado el derecho de asilo después de haber agotado todas las vías de recurso, y le ha ofrecido a Leonarda que regrese a Francia para continuar sus estudios. Esta le ha respondido de inmediato en algún programa de televisión que de ninguna manera iba a abandonar a sus padres y ha prometido que conseguirá doblegar al Gobierno. Semejante impudencia ha desmentido los «indecibles paralelos», pero no por ello ha desmontado a los ángeles y a sus partidarios. Estos han invocado a favor de Leonarda los derechos sagrados de la infancia. ¿Qué cabe concluir de todo esto sino que no debe uno fiarse de la demografía? En nuestra sociedad envejeciente hay —en particular, entre los profesionales del verbo y de la imagen— cada vez más *adulescentes*.

El presente que desconcierta y el pasado que obliga

A FINALES DE OCTUBRE, LOS INSULTOS *racistas proferidos contra Christiane Taubira por una niña que participaba en una manifestación contra el matrimonio gay y secundados por una candidata del Frente Nacional en las municipales, descalificada por su partido, suscitaron una gran conmoción. El 13 de noviembre, después de la publicación del periódico Minute, con el titular en primera página: «¡Taubira, más lista que una mona, encuentra el plátano!»*, la indignación fue a más y los tribunales de París anunciaron la apertura de una instrucción preliminar por injuria pública de carácter racista.

EL ESPECTÁCULO DE NIÑOS EXHIBIDOS en las manifestaciones y transformados por sus padres en marionetas del odio es horrible. Y el del júbilo que se apoderó de los denigradores de la escena es un espectáculo molesto. Periodistas, artistas, intelectuales, responsables políticos han martilleado con palabras tan indignantes que me duele tener que escribirlas: «¿Para quién es el plátano? Para la mona». La propensión a gritar a los cuatro vientos precisamente aquello que se afirma que no quiere volver a oírse se explica por el deseo inconfesado de hacer que la amenaza sea mayor. Al salmodiar las palabras infames, se manifestaba la persuasión de que no habían sido proferidas en una manifestación pequeña, en Angers, sino que llegaba desde todas partes, que el odio era omnipresente. Cuanto más se repetía el grito de las niñas por los mismos que se escandalizaban de haberlos oído, más

aumentaba el racismo en Francia. De modo que hemos visto a antirracistas movilizarse contra el eco de sus propias palabras. Y si la revista *Elle* eligió a Christiane Taubira política del año no fue tanto por la obra realizada como por la afrenta recibida. Más exactamente, lo que ha hecho ha quedado santificado por lo que padeció: se ha convertido por cada uno de sus actos en símbolo de la resistencia.

Del racismo flagrante de un puñado de adversarios del «matrimonio para todos» se ha concluido que la «Manifestación para todos» era racista. Así tomaba cuerpo de nuevo el gran sueño progresista de no tener que enfrentarse a los problemas sino a los cabrones. La izquierda en crisis, la izquierda fuera de todo proyecto movilizador vivió el asunto como una bendición. Dijo que le temía al racismo por encima de cualquier otra cosa, pero el racismo es en realidad su última carta, su tabla de salvación, su último recurso. Y nada debe empañar la imagen.

En una tribuna de opinión publicada en *Le Monde*, el historiador Emmanuel Debono se pregunta sobre los medios de reavivar el antirracismo y rechaza, al mismo tiempo, toda pertinencia al concepto «racismo antiblancos». El racismo, en efecto, es el rechazo del Otro. La experiencia de quienes no pueden presumir de esa cualidad es, por consiguiente, nula y sin valor. Esos suspendidos en alteridad que son los «caras de tiza», los blancos, pueden largarse ya y que les den. Y la novelista Scholastique Mukasonga, por su parte, llega a afirmar en otra tribuna publicada en *Libération* que todos los «papás de pura cepa» están detrás de las niñas de Angers, a salvo de tener que responder al furor indiscriminado de la escritora. Esta puede incluso apretar la tuerca de la generalización hasta escribir: «Que no se os olvide, “queridas niñas francesas auténticas de pura cepa”, cuando encontréis a otras monas, y hay demasiadas monas en Francia, que no se os olvide el plátano de pura cepa y gritadles: “¡Tómame el plátano, mona!”».

Para esos antirracistas al rojo vivo, la identidad del tirador que se metió en los locales del diario *Libération* y que hirió gravemente a un fotógrafo no ofrecía la más mínima duda. Era necesariamente uno de esos «papás de pura cepa» o uno de sus hijos ya crecido. Pero la realidad decepcionó la espera. Abdelhakim Dekhar no pertenece al campo de los malos. De modo que se le ha retirado toda significación política a su gesto. Un loco al que se ha

machihembrado de inmediato a su locura, como si esta no se extendiera por la red.

Pero lo que también se extiende por la red y en los kioscos son los titulares del último número del semanario *Valeurs actuelles*: «Los extranjeros que saquean Francia. Los nuevos bárbaros». La impactante frase envía a un informe muy alarmante y muy documentado sobre la nueva delincuencia. Pero evoca también *Pleins pouvoirs*, libro que publicó Giraudoux en 1939, escasas semanas antes de la declaración de guerra: «Ya no estamos en una época en la que el orador o el escritor gozaba del poder de elegir los temas. Hoy son los temas los que lo eligen a él». Y el tema que eligió al autor de *Siegfried et le Limousin* no fue la amenaza alemana, fue la invasión de Francia por los inmigrantes de Europa central: «Entran a nuestra casa todos cuantos han elegido nuestro país, no porque es Francia, sino porque es ya el único tajo abierto de especulación o de agitación fácil, y porque la horquilla del zahorí indica en alto grado los dos tesoros que con tanta frecuencia se encuentran juntos: el oro y la candidez. No hablo del que cogen en nuestro país, aunque, de todas formas, nada le añaden. Lo desnaturalizan con su presencia y su acción. Rara vez lo embellecen con su aspecto personal. Los encontramos pululando alrededor de nuestras artes o de nuestras industrias nuevas o viejas, en una generación espontánea que recuerda la de las pulgas en perro recién parido». Y Giraudoux presenta a sus aterrorizados lectores «los centenares de miles de askenazíes huidos de los guetos polacos o rumanos, cuyas reglas espirituales rechazan, aunque no su particularismo, arrastrados desde hace siglos a trabajar en las peores condiciones, que eliminan a nuestros compatriotas a la vez que destruyen los usos profesionales y las tradiciones de todos los oficios del pequeño artesanado: confección, calzado, pieles, marroquinería, y que, hacinados a decenas en habitaciones, escapan a toda investigación del censo, del fisco y del trabajo»³⁶.

Muchos son los historiadores que se refieren hoy a *Pleins pouvoirs* y a los textos de mismo tenor que proliferaban por aquella misma época para impedirnos ver lo que vemos. Hay que resistirse a semejante chantaje. Los inmigrantes no son los nuevos askenazíes. En vano buscaríamos en los años treinta algo equivalente a los barrios sensibles. La superposición del pasado sobre el presente es una mentira piadosa y funesta. Cierto es que por entonces

se dijeron palabras, se hicieron cosas, y que hay entre aquellas palabras y aquellas cosas un vínculo imborrable por siempre jamás. El pasado, dicho de otro modo, no debe cegarnos, pero nos obliga. El semanario *Valeurs Actuelles*, que pretende estar hablando con sinceridad, ha faltado a esa obligación.

[36](#) Jean Giraudoux, *Pleins pouvoirs*, Gallimard, 1939, pp. 65-66.

Las mejores intenciones

VINCENT PEILLON, MINISTRO DE *Educación Nacional*, tenía la intención de reducir las remuneraciones de los profesores de las clases preparatorias para ingreso en las grandes écoles y destinar lo ahorrado a los enseñantes de ZEP (Zonas de Educación Prioritaria). La movilización y el aviso de huelga lo obligaron a echarse atrás.

COMO RECUERDA MARIE-CLAUDE BLAIS, Charles Renouvier, filósofo de la naciente República, denunciaba la tendencia de la burguesía a usurpar para sus hijos sitios que debían estar reservados a los mejores, con independencia de su origen. Alzaba la voz contra esos burgueses que pretendían llevar a su prole a posiciones que no siempre podía alcanzar. Como amigo de la igualdad, la misión que le daba al Estado republicano era la de instaurar sin complacencia ni descanso una forma de selección y darle así a cada uno el sitio que le correspondía según sus aptitudes y su mérito³⁷.

Hoy el pensamiento de Bourdieu nos separa del de Renouvier. La meritocracia, según nos enseña en *Les Héritiers*³⁸, es un espejismo. La escuela, con la excusa de descubrir y de distinguir los talentos, los favorece, pone por delante el estilo, el gusto, la desenvoltura que son naturales en una clase porque son la cultura de esa clase. Se felicita por impedir la cooptación cuando en realidad juega con la connivencia. No ignora el nacimiento, lo localiza y lo distingue. La célebre igualdad de oportunidades consiste, a fin de cuentas, en transmutar un privilegio de clase en don personal y en infligir a los dominados la humillación suprema: vivir su destino social como una justa sanción por su insuficiencia.

Esas tesis eran iconoclastas en 1964. Ahora son oficiales y todo el mundo sigue a Bourdieu. Camille Peugny, joven sociólogo del grupo «La République des idées», escribe, por ejemplo: «La glorificación del mérito es el corolario lógico de la invisibilidad de lo social. A partir del momento en que se niegan los antagonismos sociales, se erige a cada individuo en actor responsable de sus elecciones, de sus éxitos y de sus fracasos»³⁹. La institución, dócil seguidora de la crítica social, hace lo contrario: suprime la distribución de premios a final de curso, sospecha que los buenos alumnos disponen de información privilegiada, les dice a los que tienen dificultades que sus malos resultados son imputables a la injusticia del sistema y se pone a su ritmo para no dejar abandonado a nadie en el camino. De modo que el nivel se hunde y solo los privilegiados se libran del desastre, no porque les baste con presentar un certificado de nacimiento para entrar en la Escuela Normal Superior de París, sino porque disponen de una enseñanza de calidad hasta los últimos bastiones de la exigencia. Las reformas iniciadas contra las desigualdades agravan las desigualdades. Conclusión de los reformadores: hay que ir más allá en esto de las reformas. Hay que llegar incluso a castigar económicamente —nos dice el ministro de Educación Nacional— a los profesores que han desertado de las Zonas de Educación Prioritaria para instalarse en el confort de las clases preparatorias. No merecen que se les pague mejor porque su saber sea superior, hay que penalizarlos porque imparten ese saber a herederos.

Vincent Peillon se ha visto obligado a dar marcha atrás, pero se interpreta ya ese retroceso como una capitulación ante el corporativismo sindical y el poderoso *lobby* de los antiguos alumnos de las *grandes écoles*. De manera que solo se trata de dejarlo para más adelante. Un día, un gobierno de derechas o de izquierdas se cargará las clases preparatorias y los mejores alumnos franceses se verán obligados a exiliarse para acceder a estudios de calidad.

³⁷ Véase Marie-Claude Blais, *Au principe de la République. Le cas Renouvier*, Gallimard, 2000, p. 359-360.

³⁸ Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron, *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*, traducción de Marcos Mayer, Siglo XXI, 2009. [N. de los TT.]

[39](#) Camille Peugny, *Le Destin au berceau. Inégalités et reproduction sociale*, col. «La République des idées», Seuil, 2013, p. 14.

El homenaje a Mandela

EL 5 DE DICIEMBRE MURIÓ en Johannesburgo Nelson Mandela, a los 95 años de edad.

EN LOS TIEMPOS DE IGUALDAD, AÚN hay sitio para la grandeza. Prueba de ello: Nelson Mandela. Con Frederik De Klerk, permitió a Sudáfrica salir del *apartheid* por la vía de la reconciliación. Si leyó a Frantz Fanon y adoptó por un tiempo la retórica revolucionaria de todos los movimientos de lucha por la independencia, Mandela terminó por *no* seguir la espantosa conminación de Sartre en el prefacio de *Les Damnés de la terre*: «Abatir a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir al mismo tiempo a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre»⁴⁰. El homenaje que le rinde el planeta unánime al hombre que supo resistir a la tentación de la confrontación cruenta es, por lo tanto, ampliamente merecido. ¿Había que convertirlo por ello en un dios? Si lo que pone de manifiesto la madurez de una época es el rechazo de la idolatría, es forzoso constatar que la nuestra ha vuelto a la infancia o, más exactamente, a la adolescencia.

Admiramos que Mandela, al contrario que Robert Mugabe, su homólogo zimbabuense, enterrara el rencor e inaugurara un orden nuevo, pero no nos cuestionamos la efectividad real de esa inauguración. Poco importa el estallido de la corrupción, el aumento de la violencia y de la inseguridad: la sonrisa radiante de Madiba es sinónimo de Sudáfrica. La piedad sustituye a la curiosidad, el culto le basta a la inteligencia. Y cuando se llega a admitir que no todo es de color de rosa, se invoca la persistencia del antiguo régimen en las mentalidades.

André Brink, que luchó durante toda su vida contra el *apartheid*, cuenta el siguiente suceso, mucho más terrorífico aún desde el momento en que se ha convertido en banal: a un sobrino suyo lo mataron unos ladrones que pudieron así apoderarse de dos teléfonos móviles y un ordenador. Brink denuncia la incuria de la policía, critica amargamente el nepotismo del CNA y afirma que la discriminación positiva ha alcanzado tales cotas de injusticia y de ridículo que las personas más cualificadas han tenido que abandonar el país. Brink dice también que él no se marchará de Sudáfrica y cita en apoyo de su obstinación los versos admirables de Rilke: «Oh, no porque haya felicidad, [...] / Sino porque es mucho estar aquí, y porque al parecer nos necesita todo lo de aquí, lo fugaz, de manera extraña, nos concierne».

El patriotismo rilkeniano tiene una tonalidad demasiado melancólica para interesar al espíritu de estos tiempos. En lugar de preguntar a Brink o a Coetzee, autor de *Disgrace*⁴¹, las televisiones del mundo entero muestran una y otra vez las imágenes del gran concierto de rock que tuvo lugar en Wembley para reclamar la liberación de Nelson Mandela. Que es, sin duda alguna, el icono absoluto, la estrella de las estrellas, y lo que en él se celebra es el nuevo rostro de la fraternidad universal: no ya la sociedad sin clases, sino la sociedad mestizada. Cada edad tiene su utopía. La nuestra es «United Colors of Benetton». Y Mandela, muy a su pesar seguramente, es su emblema. Sin tener en consideración alguna el odio y el furor de los que Sudáfrica es el teatro actual, hacemos del hombre que venció al *apartheid* el Moisés de la Nueva Tierra Prometida. Al día siguiente de su muerte, el presidente François Hollande declaró ante un público de dirigentes africanos que había que seguir luchando contra las discriminaciones y, en los platós de televisión, las personalidades del deporte y del *show-business* remacharon el clavo denunciando, con rostro compungido y voz grave, el *apartheid* que castiga a Francia. La lección que Europa y el resto del mundo han aprendido del ejemplo de Nelson Mandela se resume en una sola palabra: multiculturalismo. Les corresponde a todos los pasados monocromos desvanecerse ante la universalidad del presente arcoíris. Estoy demasiado unido a la especificidad de la cultura europea como para quedarme encantado con esa utopía, y soy lo suficientemente lúcido como para ver lo que en todas partes esa utopía oculta: el desgarramiento de las naciones, la desconfianza generalizada, el separatismo

comunitario.

[40](#) Sartre, prefacio a Frantz Fanon, *Les Damnés de la terre*, La Découverte, 1985, p. 16. (*Los condenados de la tierra*, traducción de Julieta Campos, Txalaparta, 2011). [N. de los TT.]

[41](#) *Desgracia*, traducción de Miguel Á. Martínez-Lage, Mondadori, 2000. [N. de los TT.]

La casa vacía

EL 13 DE DICIEMBRE, LOS GRUPOS *de expertos llamados a hacer propuestas para refundar la política de integración, antes de un seminario gubernamental sobre el tema previsto para el 9 de enero, entregaron sus conclusiones al primer ministro, Jean-Marc Ayrault. Recomiendan en particular la derogación de la ley que proscribe los signos religiosos en la escuela, el reconocimiento de todas las lenguas por igual y la creación de una autoridad de lucha contra las discriminaciones sociales y etnorraciales.*

PARA SOLVENTAR LA CUESTIÓN DE «vivir juntos» en una Francia convertida en tierra de inmigración, ya no es —nos dicen los expertos— la disciplina de la *asimilación* lo que debe prevalecer, tampoco es la *integración*, aún demasiado normativa y unilateral, es la *inclusión*, es decir, acoger al Otro como Otro. Y preocupados por volver la página de la *estigmatización*, degradan la lengua francesa al rango de «lengua dominante» en un país plurilingüe, reclaman la generalización del estudio de la lengua árabe y de las «lenguas de origen» en todo el territorio y sugieren finalmente que los nombres de las nuevas calles de nuestros pueblos y ciudades se asignen «haciéndonos eco de la historia de las migraciones». Como afirma Esther Benbassa en nombre de los ecologistas, se trata de «concienciar a las élites de que Francia es un país de poblaciones heterogéneas. Tal ha sido el caso a lo largo de su historia. Su riqueza viene de esa heterogeneidad, ¡desde Chagall hasta Yves Montand!». Borrados así Poussin, Philippe de Champaigne, Matisse, Villon o Prévert, no existe el genio francés, solo existe la aportación a Francia del genio de los demás.

Esa reescritura de la historia a la luz de la diversidad ha suscitado no obstante una viva conmoción. La opinión no ha reaccionado con la docilidad que se esperaba ante el cambio de identidad que proponen los autores de los diferentes informes encargados por el primer ministro. Hasta se ha rebelado contra la voluntad confesada de «hacer Francia» con desprecio de Francia. Y el avión del cambio, que creía haber alcanzado ya la altitud de crucero, ha tenido que hacer un aterrizaje de emergencia. Pero que nadie se engañe: otras preconizaciones de orden similar están ya en marcha. ¿No ha definido la Unión Europea la integración como «un proceso bidireccional y dinámico de aceptación mutua por parte de todos los inmigrantes y residentes de los Estados miembros»? Ninguna jerarquía, dicho de otro modo, puede ahora admitirse entre la cultura europea y la de quienes van llegando. Por otra parte, ¿existe de verdad una cultura europea? Lo que Europa pone por delante ya no es su herencia, son los valores de respeto y de tolerancia. No es su identidad —término maldito—, es su apertura. Para recibir mejor a los demás, vacía su casa. Y las naciones que la componen no podrán sustraerse por mucho tiempo a ese zafarrancho de limpieza.

INTERMEZZO

¿Puede uno no ser heideggeriano?

LA PUBLICACIÓN DE CUADERNOS NEGROS¹, donde el filósofo consignó sus pensamientos de 1930 a 1970, relanza la discusión sobre Heidegger. En esos Cuadernos nos enteramos de que el antisemitismo del filósofo no era solo oportunista. Una revelación que, según algunos, enturbia el conjunto de su obra.

«LA INCORPORACIÓN DEL PENSADOR más profundo de la época a la estremecedora marcha al paso de los batallones pardos se me hacía una catastrófica debacle de la filosofía», escribe Hans Jonas en sus *Memorias*². Pero el autor de *Principio de responsabilidad* podía al menos encontrar algún consuelo en el hecho de que las lecciones, las conferencias y los libros del pensador no comportaban ninguna mención del pueblo de Israel, ningún ataque, ni frontal ni velado, contra los judíos, ni siquiera en los tiempos en que Hitler subyugaba Alemania.

Ese consuelo nos está ahora vedado. No es posible seguir afirmando, como Hadrien France-Lanord en el artículo «Antisémitisme» del *Dictionnaire Heidegger*, que «no se encuentra en toda la obra de Heidegger publicada hasta la fecha ninguna frase antisemita». La aparición de los *Cuadernos*, que no se dieron a conocer hasta la primavera de 2014, pone otras cartas boca arriba y, según los términos de France-Lanord en la nueva versión del artículo «Antisémitisme» del *Dictionnaire*, «aporta nuevas preguntas». Las observaciones y reflexiones consignadas entre 1930 y 1970 en treinta y cuatro cuadernos con tapa de hule negro aún no están disponibles en francés, pero en su librito *Heidegger et l'antisémitisme*, su editor, Peter Trawny, catalogó y

comentó los pocos fragmentos, en cerca de mil páginas, en los que se menciona la *Weltjudentum*. Leemos en particular que la tarea metafísica del judaísmo o —según la traducción al francés adoptada por Jean-Claude Monod y Julia Christ— de la *juiverie mondiale*³ consiste en «asumir a nivel de la historia mundial el desarraigo de todo ente fuera del ser»⁴.

Esa es la prueba de la contaminación de la obra (puesto que el propio Heidegger había decidido publicar sus cuadernos) y ningún filósofo podrá decir a partir de ahora que no lo sabía. Nos encontramos incluso conminados —todos, ya que estamos— a romper con quien Martin Legros llama, en *Philosophie magazine*, «el ser para el Reich». Si no lo hacemos —previene Richard Wolin—, si persistimos en la adulación, si nos obstinamos en negar o en minimizar, evocando el legado de Heidegger, el alcance de su desatino político, seremos culpables de «perpetrar la lógica de traición filosófica iniciada por el propio Maestro».

Yo no pertenezco a la comunidad de los heideggerianos. Algunos especialistas me niegan incluso la condición de filósofo, porque solo puedo enarbolar una cátedra de letras, ni siquiera clásicas. Quizá tengan razón. Quizá solo soy en esta materia y en todas las demás un *aficionado*. Pero un aficionado que intenta ser concienzudo. Que lee pacientemente, escrupulosamente, los grandes textos de Heidegger y está familiarizado ya de antiguo con la obra de Emmanuel Lévinas. Por esa doble razón, y a pesar del segundo impacto que constituye, después de la debacle de su enganche momentáneo al nazismo, el descubrimiento de los *Cuadernos negros*, me niego a aceptar, sin más ni más, la conminación de Richard Wolin y a decretar que Heidegger es un indeseable, o a leer su obra tapándome la nariz, como un documento especialmente agobiante de la visión nacionalsocialista del mundo.

Lévinas no está entre aquellos de los que habla René Char que, después de haber entrado a saco en la obra de Heidegger, van, según el viento que corra, a «escupirle como el hijo de Montaigne que le pega a la nodriza». En 1928 viajó a Friburgo de Brisgovia (Alemania) para asistir a las clases de Husserl y allí, como él mismo cuenta, conoció a Heidegger. «Enseguida me di cuenta de que era uno de los más grandes filósofos de la historia. Como Platón, como Kant, como Hegel, como Bergson.» Y Lévinas, cuya vida estuvo siempre dominada «por el presentimiento y el recuerdo del horror nazi», nunca renegó de aquel

deslumbramiento del principio. En 1975, en *Dieu, la mort et le temps*, que fue su última lección impartida en la Sorbona, reconoce la deuda de todo investigador contemporáneo con Heidegger, «deuda que a menudo le debe a regañadientes»⁵.

Pero Lévinas no cae nunca en la complacencia. No exclama, mucho más compungido que Gide refiriéndose a Victor Hugo, «¡Heidegger, desgraciadamente!». No se contenta con matizar la admiración que sigue sintiendo por la inmensidad de la obra con un suspiro melancólico por su *grosse Dummheit*. En resumen, saldar la deuda contraída nunca es, en su ánimo, redimir al acreedor. La obra de Lévinas, escrita a la luz de la gran catástrofe, puede incluso leerse entera como un «Contra Heidegger». Esta crítica horada más profundamente que la requisitoria amargada de los nuevos fiscales. De modo que hay que desplegar la argumentación para decidir si, a fin de cuentas, el pensamiento heideggeriano sigue hoy teniendo sentido.

Lévinas considera el desatino de Heidegger un acontecimiento filosófico y, remontando hasta la ontología fundamental para comprender las implicaciones que ello conlleva, le opone un nuevo cuestionamiento, que va haciéndose más radical libro a libro, de la primacía del ser. Si, para Heidegger, el hombre no es el amo del ente sino, según la fórmula que se hizo famosa, *el pastor del ser*, para Lévinas la humanidad del hombre se certifica con la responsabilidad por el prójimo. La humanidad queda recusada en ambos casos, pero al pastor del ser heideggeriano responde el «guardián de su hermano» de Lévinas. Heidegger recapitula las etapas sucesivas de la reducción metafísica del ser al ente y recurre a «otro comienzo». Lévinas denuncia la reducción filosófica del Otro al Mismo e intenta lo imposible: descomponer el orden del Logos por efracción de la Trascendencia. De la *diferencia ontológica* en la obra de Heidegger se hace eco, en la de Lévinas, el exceso inagotable del rostro sobre su imagen o su forma plástica. Mientras que para Heidegger el rasgo dominante de nuestra época consiste en el cierre de la dimensión de lo indemne, Lévinas ve progresar a la humanidad hacia un mundo en el que ya nada irreductible vendría a limitar el pensamiento. Aproximando, como Thomas Mann, *denken y danken*, Heidegger hace que se oiga como si fuera nueva la simple palabra *gracias*. Lévinas, celebrando en la banalidad aparente de la conversación la maravilla de las maravillas, nos recuerda que la primera

palabra es *hola*. Hola antes de *cogito*, «hola como bendición y como mi disponibilidad para con el otro hombre»⁶. El ser recibe el agradecimiento, el Otro recibe el saludo.

Para captar la importancia y el reto de esta sustitución del ser por el Otro, hay que leer, en *Difícil libertad*, el artículo publicado antes en *Information juive*: «Heidegger, Gagarin y nosotros». Más allá del valor de que hizo gala el astronauta, los riesgos que conscientemente corrió, la hazaña que llevó a cabo «batiendo todos los récords de altitud y de velocidad», e incluso «la probable apertura a nuevos conocimientos y a nuevas posibilidades técnicas», Lévinas nos invita a reflexionar sobre la siguiente proeza metafísica: haber abandonado el Lugar. «Durante una hora, un hombre ha existido fuera de todo horizonte —todo era cielo a su alrededor o más exactamente todo era espacio geométrico—. Un hombre existía en lo absoluto del espacio homogéneo»⁷. ¿Por qué esa exaltación del espacio y esa denigración del Lugar? ¿Por qué calificar de supersticiones ctónicas todas las experiencias —«correr por un sendero que serpentea por el campo [...], sentir la unidad que instauran el puente que une las orillas del río y la arquitectura de los edificios, la presencia del árbol, el claroscuro de los bosques, el misterio de las cosas, de un cántaro, los zapatos destaconados de una campesina, el destello de una jarra de vino colocada sobre un mantel blanco»⁸— con las que, según Heidegger, el ser mismo de lo real se entrega y se confía a la custodia del hombre? Porque se trata de éxtasis locales y porque, al afirmar la preeminencia del mundo familiar sobre lo lejano, lo que está en otro lugar, lo que está fuera, esos éxtasis conducen inevitablemente a la escisión de la humanidad entre autóctonos y extranjeros. La técnica, de la que la conquista del espacio es la apoteosis, repara ese desgarró maléfico. La técnica —dice Lévinas— prolonga la guerra metafísica que el judaísmo, desde sus orígenes, les tiene declarada a todos los cultos paganos. El judaísmo, al romper los ídolos, ha pretendido ser, antes que la técnica y como la técnica, la negación de lo «sagrado que se filtra a través del mundo»⁹. Así descubría al hombre, más allá de sus anclajes y de sus dioses domésticos, en la desnudez de su rostro. Lévinas, dicho de otro modo, retoma y hace totalmente suya la tesis heideggeriana según la cual la tarea de la *Weltjudentum* es, a nivel de la historia mundial, el desarraigo de todo ente fuera del ser. Pero esa misión

histórica no es para él motivo de vergüenza, es un título de gloria. Más aún, de su puesta en práctica dependen la existencia y la supervivencia de la civilización occidental. Si Lévinas puede escribir: «Destruir los bosques sagrados, ahora comprendemos la pureza de ese presunto vandalismo», es porque, con una lógica de bronce, Hitler llevó la sacralización de la naturaleza hasta sus últimas consecuencias. Después de él, no podemos seguir ignorando que «el misterio de las cosas es fuente de toda crueldad hacia los hombres»¹⁰. Las liturgias paganas de Núremberg desembocaron en los campos de la muerte. Entre el ser y el Otro no hay término medio, hay que elegir, afirma en resumen Lévinas.

Y esa gran alternativa lo obnubila hasta tal punto de que llega a ocultarle el papel ideológico que desempeñó entonces la Unión Soviética postestaliniana mediante la hazaña de Gagarin. Después de las revelaciones del XX Congreso y el aplastamiento de la insurrección húngara, a la patria del socialismo solo le quedaba en la rebotica la conquista del espacio. En 1961, el mismo año en que las muchedumbres del mundo entero se entusiasmaban con aquella gran noticia debida al genio del *homo sovieticus*, Solzhenitsyn mandaba a la revista *Novy Mir* el manuscrito de *Un día en la vida de Iván Denisovich*. Fascinado por despegarse de la fascinación de los árboles y de los paisajes, Lévinas olvidó la tierra de los hombres. Pero ¿no es precisamente ese olvido lo que marca la influencia de la técnica en nuestras vidas? Aunque aún no hayamos sentado nuestros reales en el espacio intersidereal, ya hemos abandonado el Lugar. La propia arquitectura contemporánea es *bodenlos*. Las torres o los monumentos de cristal y acero, ajenos al suelo y al sitio, desembarazados del molesto respeto al *genio de los lugares*, se abaten indistintamente sobre Londres, Sídney, Varsovia, Doha o Kuala Lumpur. ¿Puede uno afirmar seriamente que con la descontextualización y el desarraigo de los propios edificios aparece la siguiente posibilidad: «Percibir a los hombres fuera de la situación donde están acampados, dejar que el rostro humano brille en su desnudez...»¹¹? No. Porque donde son sustituibles las cosas y los lugares, a los hombres les sucede lo mismo. El papa Francisco, la izquierda radical y las organizaciones humanitarias están reclamando a la Unión Europea, en nombre de la responsabilidad para con el prójimo, que, sin discriminación alguna, se haga cargo de todos los migrantes que, en embarcaciones de fortuna y

poniendo en peligro sus vidas, se esfuerzan por alcanzar las costas italianas. Pero la prensa que divulga el llamamiento del Santo Padre y que no deja de poner en guardia a Europa en contra de sus viejos demonios nos dice, para terminar de convencernos, que ese Otro cuya indigencia es un mandamiento viene en el momento más oportuno para preservar nuestro modelo social y para revitalizar las regiones que van envejeciéndose, o sea, dicho más claro: para sustituir a los niños que Europa ya no tiene. En 1997, la asociación SOS Racisme pegaba por las paredes de las ciudades francesas un cartel que rezaba: «Si los hijos de Mohamed no existieran, no habría jubilación para Maurice», y el economista Olivier Pastré, quince años después, hacía el siguiente cálculo: «Treinta millones de jóvenes “de más” en el Mediterráneo Sur en el horizonte de 2030, y treinta millones de asalariados que harán falta en Europa en el mismo horizonte»¹². Dicho en otros términos, la inmigración es una bicocha porque llenará el vacío. El Otro, en una sociedad concebida hoy como un aparato, viene al pelo para servir de *pieza de recambio*. Ser es ser reemplazable. La realidad, incluida la humanidad, se entiende y se trata como una reserva íntegramente disponible para la manipulación y el cálculo. Y la ciencia del Gobierno, basándose en el modelo de Laputa, la isla volante que describe Swift en *Los viajes de Gulliver*, tiende a alinearse con los números, con el además de la bendición del antirracismo.

Continúa habiendo aquí y allá bolsas de resistencia. Pero eso no puede seguir así. Nada debe bloquear, trabar ni siquiera ralentizar la circulación de los «entes». Nada debe ser una excepción en la categoría del *desarraigo*. Así habla en nosotros el espíritu de la técnica y, por dondequiera que persista la *diferencia*, emprende una ardiente campaña por la *fluidéz*. En *El tiempo y el otro*, Lévinas se cuestiona sobre la significación metafísica del Eros. «Lo femenino —se atreve a escribir— es un modo de ser que consiste en hurtarse a la luz»¹³. Y continúa la descripción en *Totalidad e infinito*: «La voluptuosidad descubre lo oculto en tanto que oculto [...], lo descubierto no pierde con el descubrimiento su misterio, lo desvelado no se desvela, la noche no se dispersa»¹⁴. Lo que quiere decir que, a contracorriente del ideal de fusión, el abrazo amoroso no abole, sino que pone de manifiesto la dualidad insuperable de los seres. La alteridad del otro, precisamente porque escapa, porque huye de la luz, aparece entonces en toda su pureza.

«Él los creó hombre y mujer.» Para Lévinas y para Hannah Arendt, aunque sea por vías bien distintas, la diferencia de los sexos condiciona la posibilidad misma de la realidad como multiplicidad, contra la unidad del ser proclamada por Parménides. Esa promoción metafísica de lo femenino comporta, sin duda alguna, un riesgo político mayor: el de frenar la igualdad y justificar que las mujeres se encierren en la idea que los hombres se hacen de ellas. Lo superlativo puede también ser un secuestro. El feminismo ha sabido desbaratar la trampa y vencer lo que quedaba del viejo orden patriarcal en nuestra generación. No parece que con eso baste. Después de la lucha por la igualdad, ha empezado otra batalla, contra las normas, las convenciones, las restricciones susceptibles de cubrir la indeterminación original de los seres. Los estudios de género, que están ahora en primera línea en todas las universidades occidentales, se empeñan en demostrar que las diferencias entre los hombres y las mujeres son algo históricamente construido y socialmente reproducido. «Él los creó hombre y mujer»: pero ¿quién es ese «Él» sino el principio masculino en acción? Del «y» hay que pasar a «es» y ya está: uno será otro, la conjunción se convertirá en cópula, una vez terminada la gran tarea de *deconstrucción* de los estereotipos iniciada ya desde la escuela primaria.

«Deconstruir» es la palabra del día, y esa modalidad del pensamiento crítico le abre un campo de aplicación ilimitado al sueño *constructivista* del sujeto moderno. Este, después de haber abandonado el Lugar, es decir, el *Da* del *Dasein*, busca mudarse de sí mismo abandonando, como se abandonan unos andrajos, su pertenencia sexuada para ser quien quiere ser, cuando quiere, donde quiere o, por decirlo en lengua heideggeriana, para poder hacer un pedido de todo, incluso de su propia constitución. En un mundo por fin «desfatalizado», nada exterior o anterior a la voluntad debe poder subsistir. Todo cuanto era antes *inaccesible* debe pasar a ser *disponible*: tal es la fórmula del progresismo en su último estado, tal es el sentido que reviste la emancipación en la época que Heidegger define como la edad técnica.

¿Tiene algo que ver esta negación de la finitud con la manera judía de estar en el mundo? No —diría esta vez Lévinas—. Pero son muy numerosos quienes responden con la afirmativa y proclaman con Yuri Slezkine que «la edad moderna es la edad de los judíos y el siglo XX es el siglo de los judíos. La

modernidad significa que cada uno de nosotros se convierte en urbano, móvil, educado, profesionalmente flexible»¹⁵. Dicho en otros términos, la modernidad es el hecho de que todos nos convertimos en judíos. Para los modernos, el mundo no es una estancia sino un recorrido. Sus antepasados —recuerda Michel Serres, autor de *L'Hermaphrodite* y de *Petite Poucette*¹⁶— eran agricultores y luego herreros. Como quiera que la información ha suplantado a la transformación, son mensajeros o, mejor todavía, ángeles. Su nueva dirección —el teléfono móvil— ya no se refiere a un lugar de habitación o de trabajo. Y pasan la mayor parte de su tiempo en el espacio virtual de los vídeos, los SMS o los mensajes electrónicos. El *estar aquí* es ya el *aquí yace* de los muertos. Los vivos, en cambio, no paran quietos. Y hasta cuando no viajan están, como internautas, libres de paisajes, de viviendas, de toda cosa pesada y sedentaria. Limpios de la gleba y del pegamento del ser, viven en la red en estado de ingravidez. Aquí y al mismo tiempo en otro sitio, desanclados y sin afiliación, se burlan de las fronteras, circulan entre los géneros, navegan, deambulan, son cosmopolitas, ligeros, chagallianos, pero por desgracia —observa melancólicamente Yuri Slezkine— los judíos, por su parte, se han hundido en el lodo. Se han hecho pesados. Cuando tenían la partida ganada con «el desarraigo de todo ente fuera del ser», eligieron, en contra del curso de las cosas, la vía del arraigo en una tierra particular. Cuando el siglo se convertía en nómada, descubrieron los encantos de la autoctonía. Es verdad que no todos optaron por el regreso a Sion, ni mucho menos. Da igual: una mayoría de judíos de la diáspora manifiestan, calificándose a sí mismos de sionistas, su apego a Israel. Y resulta que ese Estado creado para normalizar la existencia judía encarna hoy la superstición del Lugar, la anomalía de la obsesión territorial. Los que esperaban ponerse finalmente al ritmo de las naciones han caído otra vez —nos dice Tony Judt, como ya había dicho Yuri Slezkine— en el anacronismo¹⁷. Cuando todo el mundo se hace judío, ellos dejan de serlo. Otra vez toman la historia en sentido contrario.

La modernidad sucumbe así ante el sortilegio de la técnica judaizándola, como lo hace Heidegger, y deplorando que los judíos hayan hecho, por desgracia, rancho aparte. Ese filosemitismo me deja helado y ese heideggerianismo no es el mío. Ni para glorificarla ni para maldecirla diré

que nuestra extrema modernidad es judía. Si bien Lévinas tiene razón al ver en el judaísmo un «humanismo del otro hombre», consagra en su nombre, sin la debida consideración, el espíritu de la técnica. Porque —así lo dice Heidegger con una clarividencia que en nada excusa su desatino, aunque este no basta para desmentir aquella— la pérdida del Otro y del ser es el drama de nuestra modernidad desenfundada. La tarea indisolublemente existencial y filosófica que nos incumbe en tal situación es volver a encontrar el sentido de la indisponibilidad del Otro rompiendo con el credo de la intercambiabilidad, y redescubrir asimismo la alteridad del ser cultivando por lo que no hemos hecho, por lo que viene dado, las disposiciones olvidadas de la atención, de la consideración y de la gratitud.

[1](#) *Schwarze Hefte, Cuadernos negros*, traducción de Alberto Ciria, Trotta, 2015.

[2](#) Hans Jonas, *Souvenirs*, tr. de Sabine Cornille y Philippe Ivernel, col. «Bibliothèque Rivages», Rivages, 2005, pp. 225-226. (*Memorias*, traducción de Iliana Giner Comín, Losada, 2005). [N. de los TT.]

[3](#) Lo que podría ser en español ‘la judería mundial’. [N. de los TT.]

[4](#) En Peter Trawny, *Heidegger et l’antisémitisme. Sur les «Cahiers noirs»*, tr. de Julia Christ y Jean-Claude Monod, Seuil, 2014, p. 53.

[5](#) Emmanuel Lévinas, *Dieu, la mort et le temps*, Grasset, 1993, p. 16. (*Dios, la muerte y el tiempo*, traducción de M.^a Luisa Rodríguez Tapia, Cátedra, 2012.) [N. de los TT.]

[6](#) Emmanuel Lévinas, *Entretien avec François Poirié*, col. «Babel», Actes Sud, 1996, p. 104. (*Ensayo y conversaciones*, traducción de Miguel Lancho Carvalleira, Arena Libros, 2009). [N. de los TT.]

[7](#) Emmanuel Lévinas, «Heidegger, Gagarine et nous», *Difficile liberté*, Le Livre de poche, 1976, p. 350. (*Difícil libertad*, traducción de Juan Haidar, Caparrós edit., 2004). [N. de los TT.]

[8](#) Lévinas, «Heidegger, Gagarine et nous», art. cit., p. 348.

[9](#) *Ibid.*, p. 349.

[10](#) Lévinas, «Heidegger, Gagarine et nous», art. cit.

[11](#) *Op. cit.*, p. 350.

[12](#) En Hervé Juvin, *La Grande Séparation. Pour une écologie des civilisations*, Gallimard, 2013, p. 99.

[13](#) Emmanuel Lévinas, *Le Temps et l'Autre*, PUF, 1983, p. 79. (*El tiempo y el otro*, traducción de José Luis Pardo, Paidós Ibérica, 2004). [*N. de los TT.*]

[14](#) Emmanuel Lévinas, *Totalité et Infini. Essai sur l'extériorité*, Martinus Nijhoff, 1971, p. 237. (*Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad*, traducción de Miguel García-Baró, Sígueme, 2012). [*N. de los TT.*]

[15](#) Yuri Slezkine, *Le Siècle juif*, tr. de Marc Saint-Upéry, La Découverte, 2009, p. 7.

[16](#) *Pulgarcita*, traducción de Alfonso Díez, Gedisa, 2014. [*N. de los TT.*]

[17](#) Véase Tony Judt, «Israël: l'alternative», tr. de Pierre-Emmanuel Dauzat, *Le Débat*, n.º 128, enero-febrero de 2004.

2014

¿Es demasiado tarde?

EL 9 DE ENERO, EL CONSEJO DE ESTADO *validó, en contra del parecer de la Sala de lo Contencioso, lo decretado por la Prefectura de Nantes que prohibía el espectáculo del actor cómico Dieudonné, por medio de una ordenanza que invocaba riesgo de alteraciones del orden público, daños contra la dignidad del hombre y amenazas contra la cohesión nacional. El mismo guion se repitió en Tours y en París, donde las representaciones de Le Mur quedaron suspendidas. Dieudonné declaró en una conferencia de prensa que no era antisemita y anunció que acataría la decisión del Consejo de Estado.*

DIEUDONNÉ M'BALA M'BALA, que es tan doctrinal como grosero, da el pistoletazo de salida para la rebelión contra los Amos del Mundo hundiendo delicadamente su *quenelle*¹ hasta la «cala del culo del sionismo». Los judíos, «negros reconvertidos en la banca», han inoculado el sida en África y vivimos hoy bajo una «ocupación sionista» que, si damos crédito a la nueva autoridad moral de los barrios «sensibles», es más feroz que la ocupación alemana. Comprendo a quienes no soportan que los traten de antisemitas porque critican la política de colonización israelí o porque, siendo hostiles al proyecto sionista como tal, preconizan la creación de un Estado binacional en Palestina. Para Dieudonné, sin embargo, Israel no está en Israel, Israel está en todas partes. No es un país, es un pulpo, un ser insaciable y omnipresente que extiende sus tentáculos por toda la superficie del globo. Cuando el antisionismo se libera de la geografía, se toca con el antisemitismo.

En los años setenta del siglo XX, nuestra mirada, la de los izquierdistas,

también estaba moldeada por la ideología. Reducíamos alegremente la complejidad del mundo al enfrentamiento de las dos fuerzas. Nos gustaban los libros difíciles y buscábamos maestros esotéricos, pero éramos burdamente maniqueos. Poseíamos el arte de entreverar nuestro simplismo político con referencias sofisticadas y citas intimidantes. La radicalidad que tan orgullosamente enarbolábamos era una mezcla de tontería y de suficiencia. Lo que conseguía, no obstante, protegerla contra el conspiracionismo era que el Mal por entonces tenía dirección: la Francia de Pompidou y la América de Richard Nixon. La soberanía, por efecto de la mundialización capitalista, parece transferirse de los Estados a los mercados, el enemigo se convierte en la finanza invisible. Y nadie mejor que el judío proteiforme para encarnar ese poder sin rostro. La denuncia de su nocividad reconcilia ahora las comunidades, lo que el gracioso del Théâtre de la Main d'Or congrega alrededor del antisemitismo es una Francia *black-blanc-beur*.

Y hasta ahora las demandas no han conseguido impedir nada. Después de cada condena, Dieudonné reaccionaba apostando aún más fuerte. Con la prohibición de su espectáculo *Le Mur*, la ley por fin se ha hecho dueña de la situación. Ofenderse por ello es querer, a guisa de democracia, una justicia sin espada y un Estado de derecho sin derecho. «No es más que un saltimbanqui», dicen. Con tan hermosa palabra se olvida que hemos cambiado de época. El tiempo de los oradores ha pasado: los raperos y los bufones son los nuevos tribunos. Günther Anders analizaba ya esa mutación en *La obsolescencia del hombre*: «Ninguna de las fuerzas que nos forman y nos deforman hoy puede ya entrar a competir con el entretenimiento. El modo como reímos, andamos, amamos, hablamos, pensamos o no pensamos [...], solo lo hemos aprendido en una porción insignificante de nuestros padres, de la escuela o de la Iglesia, y casi exclusivamente del entretenimiento»². Si quiere ser eficaz, hasta la propaganda debe plegarse a la ley del *entertainment* y conseguir que el público se ría. Por la vía del *sketch* es como se propaga la tesis según la cual la Shoah no es una catástrofe que les ocurrió a los judíos sino una historia exagerada, cuando no incluso inventada por los judíos, para someter a su voluntad a la humanidad penitente.

De modo que el Estado de derecho se ha tomado en serio lo cómico, y los partidarios de la libertad de expresión se inquietan. ¡Ah, la libertad de

expresión! Dos voces que hoy en día son una misma cosa. Y se esfuman en pro de ese sintagma encantado todos los demás valores unidos a la palabra: la corrección sintáctica, la elegancia estilística, la pertinencia de lo que se dice, el respeto a las verdades de hecho, la simple cortesía. Con los derechos humanos como único viático, el hombre ya no se reprime, se suelta, e internet se convierte en la inmensa cloaca donde los esfínteres de la libertad depositan, hasta el más mínimo borborigmo, todos los discursos que se les vienen en gana.

Imaginemos, no obstante, que un rapero o un gracioso identitario, enardecido por el ejemplo de *Le Mur* y de la canción *Shoananas*³, presenta un sainete titulado *Y'a bon banane*⁴. Ninguno de los que se escandalizan con la prohibición del espectáculo de Dieudonné le echaría en cara al ministro del Interior que dictara, por perturbación del orden público, orden de prohibición del supuesto sainete. Para sus más ardientes defensores, la libertad de expresión es, por lo tanto, de geometría variable. Quieren que se beneficie de ella el antisemitismo jocoso de los condenados de la Tierra y reclaman al mismo tiempo la más extrema severidad con todas las formas de racismo nacional. Frente a los judíos, nadie puede proclamarse ario o seguidor de Maurras, pero si quien protesta es el oprimido, en modo *stand-up*, contra la omnipotencia del pueblo quejica, hay que dejarlo que diga y que se ría. Hasta cuando su rebelión desatina, tiene razón en rebelarse. Se llega incluso a reivindicar para él el derecho a la blasfemia, como si fuera desafiar una creencia negar la realidad de la Exterminación o justificarla por la malignidad de sus víctimas.

Hay que concederles a los adversarios de la censura, no obstante, que la prohibición de *Le Mur* no pondrá a Dieudonné fuera de la posibilidad de gustar. Al contrario, acrecentará con toda seguridad su prestigio en las escuelas de la Francia multicultural. Entonces ¿qué puede hacerse? ¿Generalizar las visitas a Auschwitz y que pasen por las aulas los últimos deportados? Los jóvenes que se arremolinan en torno al *one-man-show* de Dieudonné dicen todos que los han «atiborrado» de Shoah y que su cómico preferido está vengándolos. En Núremberg, cuando proyectaron una película sobre los campos de Buchenwald, Dachau y Bergen-Belsen, mostrando a los supervivientes famélicos y las montañas de cadáveres tirados con excavadoras

a fosas comunes, los propios dignatarios nazis desviaban la mirada, se tapaban la cara con las manos y algunos de ellos se derrumbaron. Hoy, los videojuegos son escuelas de insensibilidad, y el *pathos* pedagógico es lo que mejor suscita bostezos o, en el peor de los casos, burlas. De modo que no será con una nueva inyección de deber de memoria como podrá curarse a esta juventud mordaz de lo que vive ya como una sobredosis. ¿Por eso hay que ocultar con el silencio la Shoah? Desde luego que no. Pero hay que devolverle el hecho a la Historia. Hay que dejar de convertirlo en un asunto aparte y en el tema de un interminable sermón. Solo un relato meticuloso, solo un enfoque positivista, sobrio, preciso, sin tambores ni trompetas puede en todo caso restituirle el carácter inconmensurable que le corresponde. Aunque quizá sea ya demasiado tarde.

[1](#) La *quenelle* es un gesto popularizado por el propio Dieudonné, que se realiza apuntando un brazo hacia abajo en diagonal, con la palma de la mano también hacia abajo, mientras se toca el hombro con la mano contraria. [N. de los TT.]

[2](#) Günther Anders, *L'Obsolescence de l'homme*, t. 2, tr. de Christophe David, Fario, 2011, p. 136. (*La obsolescencia del hombre*, traducción de Josep Monter Pérez, Pre-Textos, 2011). [N. de los TT.]

[3](#) Canción cuyo estribillo viene a decir: «Tú me agarras por la Shoan, yo te agarro por la piña» y que se canta en coro al final de cada espectáculo de Dieudonné. La base musical es *Chaud cacao*, canción de Annie Cordy. Obsérvese que el comienzo de ambos títulos: *Sho(ananas)* y *Chaud(cacao)* es exactamente igual en la pronunciación francesa. [N. de los TT.]

[4](#) Muy cerca del eslogan publicitario del cacao en polvo Banania: *Y'a bon Banania* ('Qué bueno está Banania'), con la imagen de un negro sonriente. El fabricante ya fue condenado en 2011 a retirar esa publicidad. [N. de los TT.]

La regla del tercero

EL 10 DE ENERO, LA REVISTA *CLOSER* publicó en portada una foto de la actriz *Julie Gayet* con el siguiente título: «El amor secreto del presidente». Los franceses entre quienes se hizo un sondeo y el conjunto de la clase política denunciaron la intromisión en la vida privada, mientras *Closer* batía récords de ventas. El 14 de enero, con ocasión de una conferencia de prensa, *François Hollande* desatendió las preguntas de los periodistas sobre el tema.

EL POETA POLACO ALEKXANDER WAT había descubierto bajo el estalinismo la regla del tercero: entre los amigos, los esposos, los padres y los hijos, los compañeros de trabajo, se metía inexorablemente el chivato del Partido. Y ahora resulta que, en nuestro mundo democrático, otro tercero amenaza la vida privada de todos y cada uno de nosotros: el chivato de la sociedad, ya sea fotógrafo profesional o transeúnte espontáneo. El Príncipe es sin duda alguna quien está más expuesto. Pero nadie puede creerse lo bastante desconocido como para encontrarse al abrigo de una grabación clandestina, una foto comprometedor y una venganza en la red.

Frente a esa invasión, yo creía cándidamente que seríamos muchos los que compartiríamos la «indignación total» de *François Hollande*. En lugar de eso, tanto en las cenas de amigos como en los estudios de televisión se le reprocha al presidente de la República que haya degradado la imagen del cargo con su casco *Daft Punk* y traicionado con el adulterio su promesa de ejemplaridad. Los periodistas serios, lejos de desmarcarse con fuerza de los espías y de los proveedores que pretenden ejercer el mismo oficio que ellos, les han

aplaudido la hazaña. Y cuando los corresponsales extranjeros les han reprochado vehementemente a sus homólogos franceses que no aprovecharan la conferencia de prensa en el Elíseo para acosar al presidente de la República con preguntas indiscretas, estos se han dado golpes de pecho y han prometido hacerlo mejor la próxima vez. Podemos creerlos bajo palabra, porque la separación entre vida pública y vida privada ya solo les parece una antigualla, una reliquia del Antiguo Régimen y un obstáculo a la transparencia democrática.

¿Puede restablecerse la frontera entre esos dos modos de existencia? Para ello haría falta que se les concediera el mismo crédito ontológico a uno y a otro. Y ese ya no es el caso. Se piensa espontáneamente que la verdad se oculta tras las apariencias; y el hombre auténtico, tras el personaje público. Y los políticos son, por desgracia, parte interesada en esa destitución de las formas. Juegan la carta de la confidencia, se quitan la máscara, hienden la armadura y responden sin hacerse de rogar a las preguntas más desvergonzadas de los animadores más vulgares. Para existir mediáticamente, ellos mismos se someten a la regla del tercero. Así, la vida privada y la vida pública desaparecen juntas en la gran promiscuidad del cotilleo de la aldea global.

El metapoder

EL 7 DE MARZO, *LE MONDE* DESVELABA que Nicolas Sarkozy había sido sometido a escuchas telefónicas por dos jueces de instrucción que investigaban una financiación libia de la campaña presidencial de 2007. El 18, Mediapart publicó, como fragmentos de esas escuchas, la transcripción de unas conversaciones entre el exjefe del Estado y su abogado, Thierry Herzog, en las que se enteraba uno, entre otras cosas, de que este último calificaba de «bastardos» a determinados magistrados y que estaba intentando recabar información acerca de la instrucción del asunto Bettencourt. Nicolas Sarkozy replicó en el diario *Le Figaro* del 21 de marzo comparando las escuchas a las que había sido sometido con los modos de actuar de la Stasi en la Alemania del Este.

LA ACTUALIDAD ME HA TRAÍDO A la memoria la siguiente anécdota que cuenta Milan Kundera en *Les Testaments trahis*: «Jan Prochazka, gran personalidad de la Primavera de Praga, se convirtió, después de la invasión rusa en 1968, en un hombre sometido a estrecha vigilancia. Frecuentaba por entonces a otro gran opositor, el profesor Václav Cerny, con el que le gustaba beber y hablar. Todas las conversaciones quedaban grabadas en secreto, y sospecho que los dos amigos lo supieron y les dio igual. Pero un día, en 1970 o 1971, queriendo desacreditar a Prochazka, la policía difundió estas conversaciones en forma de radionovela. Por parte de la policía, se trataba de un acto atrevido y sin precedentes. Y, hecho sorprendente: estuvo a punto de lograrlo; de entrada, Prochazka quedó desacreditado: porque, en la intimidad, se dice cualquier cosa, se habla mal de los amigos, se sueltan palabrotas, no

se es serio, se cuentan chistes de mal gusto, se repite uno, se entretiene al interlocutor diciéndole enormidades que lo sorprendan, se tienen ideas heréticas que no se confiesan públicamente, etc. Por supuesto, todos actuamos como Prochazka, en la intimidad calumniamos a nuestros amigos, decimos palabrotas; actuar de modo distinto en privado y en público es la experiencia más evidente de cada uno, el fundamento sobre el que descansa la vida del individuo; curiosamente esa evidencia permanece como inconsciente, no confesada, incesantemente ocultada por los sueños líricos sobre la transparente casa de cristal, y pocas veces se entiende como el valor de los valores que hay que defender. Tan solo de manera progresiva (pero con un furor cada vez mayor) la gente fue dándose cuenta de que el verdadero escándalo no eran las palabras atrevidas de Prochazka, sino la violación de su vida; todos se dieron cuenta (como si hubieran recibido un impacto) de que lo privado y lo público son, por esencia, dos mundos distintos y que el respeto de esta diferencia es la condición *sine qua non* para que un hombre pueda vivir como un hombre libre; que la cortina que separa esos dos mundos es intocable y que los que arrancan las cortinas son criminales⁵». Nosotros no permitimos que la policía actúe así. Pero, según atestiguan las reacciones ultrajadas ante la expresión «jueces bastardos», ha bastado con que aparezcan otros violadores de vidas para que nuestra sociedad caiga en la trampa que habían sabido evitar los checos cuando vivían bajo el yugo totalitario. Puede hablarse mal de un panadero sin ofender a todo el gremio de panadería, criticar a un cirujano sin que ello suponga un atentado contra la medicina, pero insultar a unos jueces, incluso en el transcurso de lo que uno cree que es el secreto de una conversación privada, es blasfemar. Si bien hace ya tiempo que dejó de existir el derecho divino, existe, no obstante, una justicia divina y los periodistas que trabajan para ella ponen a todos sus profanadores en la picota.

Sin embargo, ¡qué blanda es la palabra «bastardo» para quienes decretan primero que el acusado es culpable y buscan febrilmente después el crimen que podrán endilgarle! Si no es abuso de confianza ejercido sobre la señora Bettencourt, será la financiación de Muamar el Gadafi durante la campaña para las elecciones presidenciales de 2007 y, a falta de pruebas en esa segunda investigación, se recurrirá a la violación del secreto de sumario, a la vez que se filtra a los periodistas las escuchas que se poseen, con la intención

de que lleguen al público; después, se buscará la prueba de un tráfico de influencias en el intento de obtener información sobre un futuro juicio ante el Tribunal Supremo. ¿Por qué semejante encarnizamiento? Porque, como dice *Mediapart*, el sarkozysmo fue una «contrarrevolución». Contrarrevolución que resultó vencida en las urnas y que ahora hay que conseguir que sea condenada por los tribunales para que la democracia deje ya de estar en peligro. El fin justifica los medios porque la hora es grave.

Se impone, por supuesto, un balance político de la presidencia de Nicolas Sarkozy. Pero no le corresponde al poder judicial establecerlo, menos aún si, para estar seguros de capturar a la presa, tiende sobre ella una *inmensa red de deriva*, porque a partir de ese momento no es solamente el expresidente de la República quien debe echarse a temblar, son todos los justiciables presentes y por venir.

[5](#) Milan Kundera, *Les Testaments trahis*, Gallimard, 1993, pp. 302-303. (*Los testamentos traicionados*, traducción de Beatriz de Moura, Tusquets, 1994). [N. de los TT.]

La confusión de las memorias

EL 7 DE ABRIL, RUANDA CELEBRÓ *el vigésimo aniversario del genocidio de la primavera de 1994, en el que fueron masacrados centenares de miles de tutsis y de hutus moderados.*

EL 7 DE ABRIL de 2014 VIMOS EN KIGALI a un auténtico matarife conmemorando un genocidio. Para que se olviden los asesinatos de oponentes y los crímenes en masa tanto en Ruanda como en la República Democrática del Congo, de los que se confesó culpable, y para intimidar a quienes investigan su implicación en el atentado que le costó la vida al presidente Habyarimana, jefe del Estado ruandés, en 1994, Paul Kagame abrió de nuevo un proceso contra Francia. El miedo a llevar el agua al molino del negacionismo está tan extendido que muy pocas voces se alzaron contra la acusación.

El genocidio de referencia es la Shoah. Se proyecta su luz negra sobre lo sucedido en 1994 y se cubren piadosamente con el silencio los enfrentamientos interétnicos de Ruanda y Burundi. En 1981 se publicó en Estados Unidos un libro de Leo Kuper sobriamente titulado *Genocide*. En la cubierta, una columna de cifras:

1915: 800 000 armenios.

1933-1945: 6 millones de judíos.

1971: 3 millones de bangladesíes.

1972-1975: 100 000 hutus.

«Durante la descolonización y después —escribe Kuper—, las luchas de poder entre tutsis y hutus en Ruanda y en Burundi y entre africanos y árabes en

Zanzíbar se convirtieron en genocidas»⁶. Es cosa que los judíos son hoy los primeros en olvidar, en nombre mismo del deber de memoria. Arrancan de su contexto el acontecimiento porque no quieren que nadie los acuse de banalizar todo lo que no es Auschwitz —en particular, la ejecución planificada de ochocientos mil tutsis— para preservar el carácter único de la catástrofe de la que son herederos. Ponen su punto de honor en no acaparar la compasión y, por el propio reconocimiento de la centralidad de la Shoah, se sienten obligados a abrirla a los genocidios de los demás. Al entender yo, como Lévinas, que «todos los muertos del Gulag y de todos los demás lugares de tortura de nuestro siglo político están presentes cuando se habla de Auschwitz», hago mía esa obligación. Pero ¿hay que llegar hasta sacrificarle la exactitud?

El Consejo de Seguridad y Francia dieron prueba de una neutralidad demasiado extendida en 1994, pero lo que conduce a algunos periodistas e intelectuales franceses a divulgar los ataques del presidente Kagame afirmando que nuestros soldados prestaron ayuda a los asesinos y que nuestros dirigentes deben responder de complicidad con el crimen contra la humanidad no es la preocupación por sacar a la luz la parte de sombra de nuestra historia reciente, es la obsesión con el papel de Vichy en la solución final y, para hacerlo mejor que nuestros mayores, la voluntad de denunciar sin más tardar la nueva implicación. El choque de lugares y de tiempos exonera de sus estragos a uno de los peores regímenes de terror del África contemporánea.

Los historiadores franceses de la Primera y de la Segunda Guerra Mundial que asistieron a las ceremonias de Kigali creían que estaban aplicando sus conocimientos. Mejor habría sido que hubieran leído y meditado las palabras de Coleridge: «La luz que proporciona la experiencia es un farol de popa, que solo brilla sobre las olas que tenemos detrás».

⁶ Leo Kuper, *Genocide. Its Political Use in the XXth Century*, Yale University Press, 1981, p. 17.

El réquiem por la indiferencia

EL TRANSEXUAL AUSTRIACO CONCHITA WURST ganó el festival de Eurovisión el 10 de mayo. El presidente austriaco proclamó «una victoria de la tolerancia y de la diversidad en Europa».

HASTA FECHA MUY RECIENTE PODÍA decirse, con Cynthia Ozick: «Estés en el sitio del mundo en que estés, eres europeo cuando estás leyendo». ¿Sigue siendo pertinente esa definición? ¿No está convirtiéndose el europeo en una Pulgarcita, igual que los demás? ¿No está a su vez, como escribe Kundera, cediendo el sitio la cultura que, en los Tiempos Modernos, había sucedido a la religión en la definición que Europa se daba de sí misma? Vivimos un giro. Salimos eufóricos de los Tiempos Modernos. Pero ¿para ir adónde?

Encuentro un principio de respuesta a la pregunta histórica en un acontecimiento absolutamente trivial: el último festival de Eurovisión. El gran encuentro anual de la fealdad sonora y vestimentaria ha coronado este año a un transexual austriaco, barbudo y embutido en un vestido de lamé dorado: Conchita Wurst. La enviada especial de *Le Monde* a Copenhague, donde tenía lugar el acontecimiento, ha celebrado la «divina sorpresa» que constituía ese «triunfo de la diferencia» y el realce que se le ha dado en un país, Austria, «célebre sin razón por su conservadurismo». Extraño éxtasis. Porque, al fin y al cabo, ¿qué es la diferencia? Es lo que yo no soy y no puedo ser. Ayer por la mañana, sin ir más lejos, el hombre era, en ese sentido, diferente de la mujer y la mujer diferente del hombre. Pero ha llegado el tiempo en que cada uno está en condiciones de convertirse en lo que quiera: el hombre, en una mujer; la mujer, en un hombre, y ¿por qué no ambas cosas? No se trata de una victoria

de la diferencia. Es una victoria *sobre* la diferencia. Por gracia de la técnica, «el núcleo de lo imposible de transformar va erosionándose día a día»⁷, como escribe Jean-Claude Milner. Pronto ya no habrá una realidad distinta, solo cambios, pasos, hibridaciones, incesantes metamorfosis. Ninguna alteridad resistirá al control, es decir, a la perpetración. Ninguna exterioridad subsistirá, nada escapará al agarre, todo se hará fungible, comisible y disponible. Si la cultura cede el sitio, no se lo cede a esto o a aquello, sino a la disolución de esto y de aquello en el océano de la gran mezclanza. Al mismo tiempo que el concurso de Eurovisión, se exhibían en Viena unas fotos de Carmen Carrera (transexual americano) en el marco de una gran exposición sobre el sida. Aparecía una vez con un pene y otra con un sexo femenino, y en la leyenda decía: «Soy Adán. Soy Eva. Soy yo».

«Cada mundo —escribía Péguy— será juzgado por lo que haya considerado negociable o no negociable.» Nuestro mundo —añadía— es el de la «intercambiabilidad universal»⁸. Y todavía no había visto nada.

⁷ Jean-Claude Milner, *Les Penchants criminels de l'Europe démocratique*, Verdier, 2003, p. 120.

⁸ Charles Péguy, *Note conjointe sur M. Descartes et la philosophie cartésienne*, en *Œuvres en prose complètes*, t. III, col. «Bibliothèque de la Pléiade», Gallimard, 1992, p. 1431. (*Nota conjunta sobre Descartes y la filosofía cartesiana*, Emecé, 1946). [N. de los TT.]

«La gran mudanza del mundo»

ANTE LA PROXIMIDAD DE LAS ELECCIONES *europeas del 25 de mayo*, ni los comentaristas ni los políticos han ahorrado esfuerzos para disuadir a los electores de que voten por partidos soberanistas. Pero en Francia, el Frente Nacional se ha convertido en el primer partido del país, con un 25% de los votos, muy por delante del UMP (20%) y del Partido Socialista (14%).

LO QUE ESTÁN CONSTRUYENDO DESDE hace más de medio siglo los europeos no es una democracia a escala del continente; la democracia necesita una lengua común, referencias comunes, estar vinculada a una memoria; en resumen, una nación. Y Europa es irreductiblemente un espacio plurinacional. La Unión Europea es algo completamente distinto. Sus agencias, sus administraciones, sus comisiones, sus tribunales de justicia e incluso su Parlamento forman una burocracia gigantesca que provoca en los ciudadanos europeos el sentimiento de estar desposeídos de su identidad, de su soberanía, del gobierno de sí mismos, sin por ello resolver sus problemas más acuciantes. Europa se ve impotente para frenar la desindustrialización, las deslocalizaciones, la inmigración, el aumento de la inseguridad. Peor aún, en lugar de ralentizar los flujos, los facilita, los acelera. Oculta incluso su civilización debajo de las alfombras para que nadie ponga impedimentos a lo que Jean-Luc Mélenchon llama «la gran mudanza del mundo». Y cuando los electores protestan contra esa evolución votando por el Frente Nacional, los portavoces de los procesos denuncian «las pulsiones deletéreas y detestables del nacionalpopulismo». El pueblo, admirable como clase, se convierte en detestable en cuanto aparece como nación. Pero el rechazo no traduce sino un

desprecio de clase contra quienes están expuestos a la violencia de todos los flujos.

Jamás habría dado mi voto a un partido antisistema y anticorrupción cuyo gran hombre es Vladimir Putin, el autócrata que ha aprovechado el poder para levantar una de las mayores fortunas de Europa y que lleva, sin vergüenza alguna, una política imperial. Nuestros sismógrafos oficiales, sin embargo, vuelven a equivocarse. El auténtico terremoto no son las elecciones al Parlamento Europeo, es la matanza que produjo cuatro víctimas mortales en el museo judío de Bruselas. No cabría reprochársele a Europa que no haya impedido el crimen, pero tenemos derecho a pensar que lo ha hecho todo para que fuera posible. La «mudanza del mundo» está en marcha y no ha terminado de producir efectos.

Los lobos conectados

MEHDI NEMMOUCHE, UN FRANCÉS de 29 años, sospechoso de ser el autor del atentado que causó cuatro víctimas mortales en el museo judío de Bruselas el 24 de mayo, fue detenido el 7 de junio cuando viajaba en autobús de Ámsterdam a Marsella. Al parecer, se habría iniciado en el salafismo cuando estuvo en la cárcel, antes de incorporarse al yihadismo, en Siria.

EN LA EUROPA QUE, SEGÚN LO EXPRESÓ el sociólogo Ulrich Beck, «prestó juramento sobre la fosa común del Holocausto», los judíos se ven de nuevo amenazados. Vuelven a estar en el punto de mira. Sus instituciones laicas o religiosas se encuentran bajo protección policial. Todas están provistas de dispositivos de videovigilancia, se entra de uno en uno, pasando por arcos de seguridad, y no hay ninguna razón para que deje de ser así. Bienvenidos al tercer milenio...

Esta Europa se había vanagloriado de haber traído la paz a nuestras naciones reconciliadas. Ahora tiene que hacerle frente a la abrumadora realidad de un yihadismo difuso. El autor de la matanza de Bruselas no es, evidentemente, soldado de un gigantesco ejército en la sombra. Parece claro que, al igual que Mohammed Merah, actuó por propia iniciativa. Pero tal autoemprendedor del terrorismo no es por ello un lobo solitario. Es, paradoja posmoderna, un *lobo conectado*.

Creció en el municipio francés de Roubaix, es decir, no tanto en Francia como en el odio a Francia. No conoció ni las grandes manifestaciones ni las reuniones llenas de humo porque pertenece a la generación conectada. Fue en

internet donde se radicalizó y donde vio sin duda el selfi de un predicador sirio que, blandiendo un kaláshnikov, llamaba a los fieles a incorporarse a la yihad en apoyo de sus «hermanos». «Yihad», «selfi»: la cohabitación de estos dos términos es la prueba palpable de que nuestro tiempo no se parece a ningún otro.

A quienes realizan el viaje los instructores del Estado Islámico les enseñan el manejo de las armas, y vuelven a Francia para llevar a cabo acciones terroristas contra los lugares comunitarios judíos con el fin de avivar el odio de los musulmanes y —según lo dice, previa investigación, Gilles Kepel— desencadenar a término «en el Viejo Continente guerras de religión que conduzcan a la constitución de enclaves». No rinden cuentas a nadie y ellos mismos eligen el lugar, el momento, la manera. Nuestro lobo conectado es, por lo tanto, un animal racional. Iluminado quizá, pero calculador, cuenta, para alcanzar su objetivo último, con el mismo contagio mimético que también lo enganchó a él. De ahí su determinación, su frialdad, su fuerza tranquila.

Dos días después de la detención de Mehdi Nemmouche, participaba yo en una jornada organizada por Radio France y *Philosophie magazine* en el Théâtre du Rond-Point de la avenida de los Campos Elíseos sobre el tema «¿Por quién / Por qué cosa aceptaría entregar la vida?». Empecé diciendo que sería muy pretencioso responder a semejante pregunta confortablemente sentado en un sillón, en el escenario de un gran teatro parisino. No se decide por adelantado que tiene uno el valor suficiente para poner en juego su propia vida, como puede decidirse, en tiempo normal, aplicar la regla de oro, plegarse al imperativo categórico o cumplir los Diez Mandamientos. «Hay quienes supieron que preferían morir a traicionar y otros que preferían mucho más traicionar a morir; hay quienes supieron que podían dar el trozo de pan que tenían y otros que podía robarse el de un enfermo o el de un niño»⁹, escribió Germaine Tillion al día siguiente de la liberación de los campos. A nosotros se nos ahorró ese saber. Nosotros, que nacimos después de la catástrofe, no tuvimos que elegir entre la Resistencia o esperar. A mí me resultan soberanamente repugnantes el espíritu muniqués y los eslóganes derrotistas del siglo pasado: «¡Viva la paz vergonzosa!», «¡Antes rojo que muerto!». Pero acaso en el momento crucial no tuviera yo más que un miedo y una sola ambición: salvar el pellejo al precio que fuera. Y no es una

declaración de intenciones, por muy elocuente que fuera, lo que podría disipar tan lancinante sospecha. El deber de memoria nos prohíbe colmar con frases la ignorancia en que nos encontramos sobre lo que haríamos si las circunstancias exigieran que diéramos la vida por un país, por una causa, por un ser querido, o que, sumidos nosotros mismos en la angustia, regaláramos nuestro trozo de pan a nuestro prójimo hambriento.

Después de esas puntualizaciones, que me parecían salutíferas, subrayé la espantosa paradoja de la Europa posthitleriana: en 2014 hay gente que a la pregunta del *Philosophie magazine* responden sin dudar que están dispuestos a dar su vida por que muera la mayor cantidad posible de judíos, y hay quienes, como acabamos de ver, ponen tranquilamente en ejecución la sacrificial amenaza.

El psicoanalista de origen argentino Miguel Benasayag tomó entonces la palabra. Dio cuenta sobriamente de su experiencia sobre la tortura cuando la Junta Militar reinaba en su país. A continuación, volviendo a la actualidad francesa, deploró la persistencia en estos tiempos turbulentos de una «doble vara de medir». Al día siguiente del asesinato de Ilan Halimi, el jefe del Estado había declarado: «Cuando se toca a un judío, se toca a Francia». Ahora bien —dijo Benasayag—, nunca un presidente ha tenido semejantes palabras referidas a un musulmán. La intervención recibió un aplauso atronador por parte de la mayoría de los espectadores, aliviados, al parecer, por poder protestar con la autorización de un resistente incuestionable contra el favoritismo victimario del que serían objeto los judíos. De manera que tal era para aquel público la lección del atentado de Bruselas. Donde, frente al yihadismo que se propaga poco a poco en nuestras sociedades, creía yo que la rebelión y la inquietud eran unánimes, me encontré con la difusión del *dieudonismo*.

⁹ Germaine Tillion, en Tzvetan Todorov, *La Signature humaine*, Seuil, 2009, p. 25.

¡El fascismo no morirá!

EL 6 DE JUNIO, EN SU VIDEOCOMUNICADO *semanal*, *Jean-Marie Le Pen* ironizó sobre *Patrick Bruel* prometiéndole al cantante una «nueva hornada» si el Frente Nacional llegara al poder. *Marine Le Pen* denunció el «error político» de su padre y ordenó seguidamente la retirada de su videoblog de la web del Frente Nacional.

EN OTROS TIEMPOS, CUANDO JEAN-MARIE LE PEN profería alguna enormidad antisemita, su partido hacía piña con él. Aunque pensarán otra cosa, no se criticaba al jefe. Esa época está superada. Cuando el presidente de honor del Frente Nacional, dirigiéndose a *Patrick Bruel*, que, con otros artistas, había dado la voz de alarma al día siguiente de las elecciones europeas, dijo: «Mire, la próxima vez haremos una hornada», quedó inmediatamente desmentido por todos los dirigentes de su formación política, incluida *Marine Le Pen*.

La fosa que se abre entre el anciano y sus herederos me ha recordado con irresistible fuerza la autobiografía de *Pascal Bruckner*: *Un bon fils*¹⁰. De quien se habla sobre todo en el libro es del padre: un padre que, durante la guerra, se fue a Alemania para poner sus conocimientos como ingeniero al servicio de la firma *Siemens* y que profesó hasta el final de su vida un antisemitismo obsesivo: «Lo han corrompido todo, ensuciado todo, pisoteado todo. Quieren dominar el mundo», le martilleaba al hijo. Pero en balde. Ni siquiera cuando era pequeño, es decir, maleable, se dejó *Pascal* convencer. No necesitó pensarlo dos veces. La monstruosidad del razonamiento le saltó enseguida a la cara. *Bruckner*, con lucidez, no intenta atribuirse el mérito de

aquel rechazo precoz: el nuevo espíritu de los tiempos lo había inmunizado contra la monomanía paterna. Y leemos *Un bon fils* como oración fúnebre por un hombre y por un mundo. Jean-Marie Le Pen y Pascal Bruckner figuran entre los últimos especímenes de una Europa desaparecida. Hoy, su delirio, apoyado tiempo atrás por una literatura prolífica, está a cero. Sus chistes no tienen gracia. El odio que los habita y que los corroe se ha convertido en una enfermedad huérfana: ya no es transmisible por vía familiar. Esa desactivación, que debería alegrar a los antifascistas, los sume, por el contrario, en el furor y el espanto. Repiten con renovada determinación: «¡El fascismo no pasará!», pero es «¡El fascismo no morirá!» lo que hay que entender. Si ese peligro supremo llega a faltar, estarán como niños perdidos, andarán a tientas, sin referencias, por un mundo indescifrable. De modo que se andan con todos los cuidados imaginables con ese querido y viejo animal inmundo que es papá, con el ogro de la familia que se les ha convertido en el enanito del jardín. Lo que les da horror es mucho menos el fascismo que su posible desaparición. Se proclaman progresistas, pero son devotos de la invarianza: odian la novedad y creen a machamartillo en el eterno regreso de *las horas más sombrías de nuestra historia*. En un artículo sobre el libro de Marc Bloch *L'Étrange défaite*¹¹, Raymond Aron escribió: «La vanidad francesa consiste en reprocharse todas las faltas, menos la falta decisiva: la pereza de pensamiento»¹². Esa pereza, hoy, tiene por nombre memoria.

Algunos antifascistas, es cierto, toman buena nota de la evolución del Frente Nacional, pero es para puntualizar al instante que la islamofobia le ha tomado el relevo al antisemitismo. El odio hacia el Otro sigue estando a la orden del día. El objeto es simplemente un nuevo Otro. Los fascistas del primer tipo habían creado pieza a pieza una cuestión judía; sus sucesores construyen igual de artificialmente una cuestión musulmana, escribió, en esencia, Edwy Plenel, director de *Mediapart*, que sostiene tal razonamiento en un artículo que se publicó entre la matanza de Bruselas y la revelación de la infiltración de islamistas radicales en varias escuelas públicas de Birmingham: separación de chicos y chicas en las clases, llamadas a la oración en los recreos, supresión de la enseñanza de humanidades, de artes y de las otras religiones, organización de viajes a La Meca...

Hechos que no desmoronan a los antifascistas del segundo tipo, porque son

irracionalmente *nominalistas*. Para terminar de una vez por todas con el racismo, han operado el siguiente cambio ontológico radical: solo existen los individuos. Las entidades colectivas no son nada sustancial, solo son nombres. No hay algo así como una orden franciscana sino, repartidos por toda Europa, hermanos franciscanos, decía en el siglo XIV Guillermo de Ockham. Los nominalistas de hoy, escaldados por la utilización que la Alemania nazi y las potencias coloniales hicieron de los géneros y de las especies, declaran que nunca nos encontramos con el islam sino tan solo con la infinita variedad de musulmanes. Con cada acción violenta cometida en nombre de Alá, con cada Mehdi Nemmouche, con cada Mohammed Merah, cae sobre los musulmanes la amenaza de esencialización. De manera que a ellos es a quienes hay que socorrer en primer lugar, afirmando que no hay serie que valga en un mundo únicamente poblado de excepciones. Tal era —dice Plenel— el sentido del combate de Émile Zola por Dreyfus, el capitán judío a quien sus enemigos cargaban con todos los pecados de Israel. Tendremos que estarle agradecidos por habernos puesto en guardia contra la facilidad de las amalgamas. Pero, en la edad de la diversidad, no podemos olvidar que existen culturas y que estas pueden entrar en conflicto. También nos sorprenderá ver que las mejores mentes sacrifican la curiosidad antropológica al deseo desenfrenado de no ser ya hitleriano. Podremos cuestionarnos asimismo la pertinencia de un dreyfusismo que pretende que la islamofobia sustituye al antisemitismo en el momento mismo en que el antisemitismo islamista causa estragos. El nominalismo antifascista, en la idea de que está protegiéndonos del regreso del mal, borra a conciencia la nueva figura de este.

[10](#) Pascal Bruckner, *Un bon fils*, Grasset, 2014. (*Un buen hijo*, traducción de Lluís Maria Todó, Impedimenta, 2015). [N. de los TT.]

[11](#) *La extraña derrota: testimonio escrito en 1940*, traducción de Santiago Jordán Sempere, Crítica, 2009. [N. de los TT.]

[12](#) Raymond Aron, «Méditations sur la défaite», en Marc Bloch, *L'Histoire, la Guerre, la Résistance*, col. «Cuarto», Gallimard, 2006, p. 1014.

La izquierda ya sabe que es mortal

«LA IZQUIERDA PUEDE MORIR»: el 14 de junio, ante el Consejo Nacional del Partido Socialista, Manuel Valls dirigió a sus camaradas, en particular a los contestatarios, un mensaje voluntariamente alarmista. Evocando la posible presencia de Marine Le Pen en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2017, declaró: «Nos damos cuenta perfectamente de que hemos llegado al final de algo, puede que al final incluso de un ciclo histórico para nuestro partido».

A LA IZQUIERDA NO LE QUEDAN cartas. El partido socialista está exangüe, los militantes huyen, el Gobierno y el presidente de la República batan récords de impopularidad. Hay razones coyunturales para semejante debacle: los socialistas creyeron que el antisarkozysmo podía hacer las veces al mismo tiempo de propaganda y de programa; una vez en el poder, están pagando muy cara esa facilidad. Pero el auténtico problema es más profundo. La izquierda se identificó, desde su nacimiento, con la gran aspiración prometeica de la modernidad: llevar a la sociedad hacia una prosperidad cada vez más grande o, como lo escribió Leo Strauss, «concederle plena realización al derecho natural de cada uno a una vida confortable y al desarrollo de todas sus facultades de concierto con todos los demás»¹³. Una vez destituido por la modernidad el más allá en beneficio del aquí abajo y reservada a unos pocos la proeza guerrera a favor de la universal perseverancia vital, cabe incluso decir que la modernidad es esencialmente de izquierdas o que es la izquierda en acción. Moderno es, en efecto, el derrocamiento de la moral aristocrática y de la moral cristiana por el prosaísmo plebeyo. La derecha, después de no

pocas tribulaciones, ha terminado por unirse a ese «sinistrismo» original. Dándole la espalda a toda nostalgia, se afirma en adelante como más apta que la izquierda para casar la justicia con el progreso y para conducir así la marcha hacia el futuro. La izquierda y la derecha son los dos rostros de una misma ambición: instaurar el reinado del hombre triunfando, mediante avances sucesivos, sobre la fuerza del destino. Pero el hombre hoy echa cuentas de todo lo que desaparece a medida que su poder aumenta: la arena, la banquisa, las abejas, los elefantes, las luciérnagas por quienes ya Pasolini llevaba luto y los animales en general, reducidos —cuando no exterminados— al estado de materiales maleables e invisibles, como las vacas en los establos gigantes de la ganadería industrial. El hombre moderno ha querido recuperar la felicidad en esta tierra y ha sacado toda su combatividad del resentimiento contra el mundo tal como nos era dado, porque ese mundo era cruel. La fragilidad, sin embargo, ha cambiado de campo. Ha llegado el tiempo —como escribía Hannah Arendt— de una conversión hacia la gratitud por todo cuanto no depende de la voluntad y por todo cuanto está aquí sin que haya sido fabricado. La izquierda no está más dispuesta a ello que la derecha (que nunca ha sido tan moderna). En cuanto a los ecologistas, lejos de defender el principio de salvaguarda, solo saben hablar la lengua de los derechos. Quieren, antes de que sea demasiado tarde, fijarle límites a la voracidad universal y, al mismo tiempo, libertarios de alma, se convierten en los chantres de la ilimitación. Con una inconsecuencia fatal, dan la alarma y propagan el incendio.

Ser moderno y de izquierdas era también concebir la humanidad como una totalidad en movimiento. Pero la totalidad se resquebraja y la humanidad es presa del choque de las civilizaciones. Choque del que la izquierda no quiere saber nada. Al no conocer más cuestión que la cuestión social, celebra la diversidad de los modos humanos de estar en el mundo, a la vez que hace oídos sordos a sus efectos. El repudio popular de que es objeto es el precio que debe pagar por esa contradicción. Y eso no es todo. En el momento en que el paradigma moderno entra en una crisis quizá terminal, la izquierda se identifica con lo más inquietante que ese mismo paradigma tiene: en las democracias occidentales, la constitución de un sujeto desafiado, desoriginado, desterritorializado, libre de toda dependencia y de toda

determinación, sin raíces, sin sexo, sin historia, un puro turista, en resumen. La tarea que se da no es ya fundar una verdadera comunidad humana: en nombre de los derechos individuales, bendice la disolución progresiva de las comunidades y de las pertenencias.

Hace unos años, Martine Aubry, primera secretaria del Partido Socialista francés, reunía a cincuenta investigadores y ciudadanos en un gran Laboratorio de Ideas y redactaba con ellos un libro titulado *Pour changer de civilisation*¹⁴. El programa es una rendición. Para que la izquierda vuelva a encontrar su impulso y su dignidad, tendría que sustraerse a los prestigios del cambio y articular su promesa igualitaria en torno al tema *Pour rester une civilisation*, ‘Para seguir siendo una civilización’.

¹³ Leo Strauss, *La Cité et l’Homme*, tr. de Olivier Sedeyn, Le Livre de poche, 2005, p. 68. (*La ciudad y el hombre*, traducción de Leonel Livchits, Katz edit., 2006). [N. de los TT.]

¹⁴ Martine Aubry con cincuenta investigadores y ciudadanos, *Pour changer de civilisation*, Odile Jakob, 2011.

Las salpicaduras de la guerra de Gaza en Francia

DEL 8 DE JULIO AL 26 DE AGOSTO, un conflicto armado enfrentó a Israel con las fuerzas de Hamás y de la Yihad Islámica en Gaza. En Francia, varias manifestaciones de apoyo al pueblo palestino se vieron enturbiadas por gritos antisemitas. El 13 de julio, dos sinagogas parisinas fueron atacadas, pocos días antes del incendio de una farmacia en Sarcelles.

SE HA CALIFICADO DE «SUBIDA DE FIEBRE» la violencia antisemita que se desencadenó en Francia con ocasión de la guerra de Gaza. La metáfora es engañosa porque, mientras la fiebre remite y los alborotadores vuelven a una actividad normal, el odio permanece. Dos periodistas de *Libération* tuvieron la juiciosa idea de volver, al cabo de unas pocas semanas, a los lugares de la furia. Y lo que les dijeron sus interlocutores, ya aplacados, es que Francia era, como Israel, una «semicracia» (todo para los judíos, nada para los musulmanes) y que la situación de los gazauíes estaba en consonancia con el abandono de los barrios periféricos franceses por parte de los poderes públicos. Extraño abandono, esos cuarenta mil millones de euros gastados en la renovación de los barrios que se han ganado el marchamo de «populares» y que movilizan la atención general, mientras el pueblo viejo, relegado a la periferia de la periferia, ni siquiera tiene derecho a nombrar su desgracia. Los judíos y los demás franceses son otra vez objeto de los mismos ataques. Cosa que les encanta a los progresistas, porque critican con idéntico ardor la ocupación sionista y «la Francia de tufos coloniales». Y no está lejos el día en

que el alcalde de alguna ciudad francesa, deseoso de expiar el pasado criminal de su país y de promover como está mandado la nueva diversidad, se exprese como George Galloway, diputado inglés de la circunscripción de Bradford: «No queremos productos israelíes, no queremos servicios israelíes, no queremos que universitarios israelíes vengan a nuestras universidades. Ni siquiera queremos que turistas israelíes entren en Bradford». Bradford —concluía— debe ser una *Israel free zone*.

A esa versión antisionista del *Judenrein* le aguarda un hermoso futuro, pero no por ello queda Israel libre de toda sospecha. Ese Estado no podía dejar sin respuesta los cohetes y los misiles de Hamás, que califican a todos sus habitantes como ocupantes, pero cometió el enorme error de anexionarse cuatrocientas hectáreas en Cisjordania para apaciguar a una extrema derecha insatisfecha por la salida mitigada de la guerra. La operación «muro», dirigida contra Hamás, debería haber venido acompañada por una política en apoyo de la Autoridad Palestina. Había que sacar provecho de la oposición al islamismo radical que hoy se desarrolla en el mundo árabe musulmán. Si los gobiernos israelíes no se permiten combinar intransigencia y apertura, no es solo porque temen ver, un día de estos, a aquellos cuyo estatuto proclama que «la única solución a la causa palestina es la yihad» tomar el poder en un Estado independiente, sino porque Israel, país hiperdemocrático, no tiene política exterior. Las coaliciones se mantienen gracias a la perpetuación del statu quo. El temor a un enfrentamiento con los colonos paraliza toda iniciativa, e Israel se dirige así hacia la disolución del sionismo en pro de la guerra de las comunidades en un Estado binacional.

La incuriosidad periodística

FRANÇOIS HOLLANDE CELEBRÓ EL *18 de septiembre la cuarta conferencia de prensa de su mandato.*

CUANDO EL JEFE DEL ESTADO DA una conferencia de prensa, su actuación se mira con lupa. ¿Ha estado apagado o brillante? ¿Incisivo o evasivo? ¿Competente o vacilante? En el caso que nos ocupa, los comentarios sobre François Hollande son más bien duros. Y los mejores exégetas no han perdido la ocasión de comparar la gloriosa anáfora de ayer: «Yo, presidente de la República...», con el lastimoso «no es fácil» de hoy. Pero en el intercambio verbal ocurre como en el intercambio de pelotas en el tenis. La calidad del juego depende del juego del contrario. Y la cosa es que el 18 de septiembre de 2014 los periodistas no estuvieron bien. Empeñados en la transparencia y en la purificación de la clase política, se les olvidó la política en sí. Y, por ejemplo, el escándalo que consiste en la supresión de las becas universitarias al mérito. Porque ¿qué es la República? Es la apertura de las carreras a los talentos. Pero los portavoces de la democracia radical que son hoy los sociólogos no se resignan al reparto desigual del pensamiento entre los hombres. La inteligencia —dicen— no es un mérito sino un don, es decir, una especie de pistón interior. Y ¿no hay otros méritos más que los buenos resultados escolares? El compañerismo, la gracia, el virtuosismo en el manejo de las nuevas tecnologías... Y luego hay que pensar en quienes no tienen libros en casa y en quienes crecen en familias monoparentales. De modo que se sustituye el criterio del mérito por el criterio del origen social, y los alumnos que provienen de entornos modestos se ven invitados, con las mejores

intenciones, a cultivar sus agravios antes que a desarrollar el amor por la cultura, y a reclamar, desde su más tierna edad, reparaciones antes que a esforzarse.

La otra cuestión que no se planteó se refiere a la granja llamada de «las mil vacas», instalada en la población de Drucat, departamento de Somme (Picardía). «Granja» es, por otra parte, un término engañoso. Se trata de una fábrica de leche de doscientos treinta metros de largo, que parece una terminal de aeropuerto, según Laure Girard, periodista de *Le Monde*. Las vacas viven en pequeños habitáculos separados por barreras verdes —delicada atención, sin duda, hacia unos animales que nunca verán una brizna de hierba—. Tres veces al día van a otra nave para el ordeño. La supuesta granja es una ruptura completa con el modelo francés de ganadería familiar. No veo acontecimiento más considerable que el control absoluto de la industria sobre la economía. ¿Por qué la política, que es problema del mundo, no se ocupa de ese problema? ¿Por qué no hay un periodista, un responsable, que intente trabar la marcha de las cosas hacia la anulación de los animales? Porque estos ya han desaparecido. En 1948 Claudel escribía: «Ahora, una vaca es un laboratorio viviente, al que se alimenta por un lado y se ordeña eléctricamente por otro [...]. ¿Siguen siendo animales, criaturas de Dios, hermanos y hermanas del Hombre, significaciones de la Sabiduría divina a quienes debe tratarse con respeto? ¿Qué se ha hecho de esos pobres servidores? El Hombre los ha despedido con crueldad. Ya no existe unión entre ellos y nosotros. Y a los que ha conservado les ha quitado el alma. Son máquinas, ha rebajado a la bestia por debajo de sí misma. Y esa es la Quinta Plaga: todos los animales murieron, ya no queda ninguno con el Hombre»¹⁵.

Ruego a los librepensadores en quienes este vocabulario cristiano suscita una sonrisa que vuelvan a leer a Michelet, a Víctor Hugo, a Clemenceau, a todos los grandes republicanos del siglo XIX. Y los conjuro sobre todo a «podcastear», si es que puede decirse así, el documental de Frédérique Mergey sobre la ganadería intensiva, es decir, concentracionaria. Todas las imágenes son insostenibles, salvo esta, milagrosa: un campesino francés, negándose a plegarse al criterio de la rentabilidad contemporánea, saca las vacas del establo cuando llega el buen tiempo. Los animales están locos de impaciencia. Y cuando llegan al prado, corretean con la misma ligereza que

las señoras gordas de Picasso. Unos animales que estamos acostumbrados a ver inmóviles, siguiendo «[...] ojos lánguidos y magníficos / el sueño interior que nunca acaban»¹⁶, se encuentran de pronto cautivados por una excitación infantil: el baile de las vacas; y el campesino confiesa, sin dejar de mirarlas, que quizá gane menos dinero, pero que un espectáculo como ese no tiene precio. Es una enorme desgracia para la ciudad, para la tierra y para el mundo que esa voz no se haga oír.

¹⁵ Paul Claudel, *Au milieu des vitraux de l'Apocalypse*, en *Le Poète et la Bible*, t. I, Gallimard, 1998, pp. 214-215.

¹⁶ Leconte de Lisle, versos del poema «Midi» en *Poèmes antiques*. [N. de los TT.]

El crimen perfecto

EL 24 DE SEPTIEMBRE SE PUBLICÓ *en Le Monde la primera entrevista a Fleur Pellerin como ministra de Cultura.*

LA PELÍCULA ISRAELÍ *L'INSTITUTRICE*¹⁷ CUENTA la edificante historia de un niño poeta «entre mofas y risas exiliado en el suelo», como «El albatros» de Baudelaire. Igual que otros niños de su edad gritan de pronto: «¡Pipí! ¡Pipí!», él lanza: «¡Tengo un poema!», y, balanceándose sobre uno y otro pie, entra en una especie de delirio verbal. La maestra, deslumbrada por aquel Mozart pequeño del verso libre, decide un día secuestrarlo para apartarlo del mundo de brutos en el que está condenado a crecer y a vivir. Como era de esperar, el intento fracasa y el espectador se ve empujado a meditar sobre la imposibilidad que tiene el hombre de hoy de escapar a su destino unidimensional. La verdad que la película deja traslucir contradice, sin embargo, su mensaje explícito. La institutriz toma claramente partido por los poetas y lo que se nos inflige a modo de creación son combinaciones arbitrarias de palabras de adulto proferidas mecánicamente por una boca infantil. La película dice con toda exactitud que la poesía ha caído en el olvido, pero desvela muy a su pesar que tal olvido se manifiesta hoy en la propia poesía.

Con la cultura en general sucede igual que con la actividad poética. Cultivarse era, como dice Renaud Camus, «ir a ver entre los muertos, entre los pinos, entre las tumbas lo que hay de nosotros mismos y de la vida»¹⁸. La igualdad de condiciones, una vez que ha llegado al final de su recorrido, nos dispensa del rodeo. Ahora, se supone que cada uno piensa por sí mismo, se

expresa y se forma una opinión desde sus más tiernos años. Ha llegado la hora de los pequeños *cogito* de tableta y de los creadores en pelele. Y a ellos es a quienes Fleur Pellerin entrega con toda solemnidad las llaves de la cultura: «Los discursos que vienen únicamente desde arriba están superados —dijo—, [...] la juventud desconfía de las instituciones. [Hoy, es preciso] volver a plantear el acceso a las artes y a la cultura según la vara de medir de las nuevas generaciones, partiendo de sus códigos, de su deseo de expresión». Como Fleur Pellerin se encuentra a la escucha, nos revela que «los jóvenes están conectados», nos descubre que «tienen una experiencia artística que les es propia, con prácticas espontáneas en las que hay que basarse. Están los que cantan en las corales, los que pintan grafitis en las paredes, los que donan en plataformas de financiación participativa...».

Auguste Comte definía tiempo atrás la sociedad por el culto a los muertos. Y su discípulo Alain escribía que «sin piedad en algún modo filial que busque ideas en los grandes precursores, no tendríamos ideas en absoluto. [...] Todo hombre imita a un hombre más grande de lo natural, ya sea su padre, o su maestro, o César o Sócrates; y de ahí viene que el hombre alcance a estar un poco por encima de sí mismo»¹⁹. Nada de eso tiene hoy mucho sentido. A la edad mimética la ha sucedido, sin ninguna resistencia, la edad de la autosuficiencia o, como dice Fleur Pellerin, «millones de pequeñas epifanías individuales». Los muertos han quedado despedidos y, con ellos, los libros: la ministra epifánica de la Cultura acaba de declarar que, atrapada por las notas, las fichas, los documentos y las pantallas, no ha leído ni un solo libro desde hace dos años. La cultura está enterrada; como el asesino lleva el mismo nombre que la víctima, no nos hemos percatado de nada: es el crimen perfecto.

¹⁷ *La profesora de parvulario*, estrenada el 26 de junio de 2015. [*N. de los TT.*]

¹⁸ Renaud Camus, *La Grande Déculturation*, Fayard, 2008, p. 106.

¹⁹ Alain, *Propos*, t. I, col. «Bibliothèque de la Pléiade», Gallimard, 1960, p. 1293.

Si yo fuera François Hollande

EL RELATO AUTOBIOGRÁFICO EN *el que Valérie Trierweiler cuenta su relación con François Hollande*, *Merci pour ce moment*²⁰, se publicó el 4 de septiembre en ediciones Arènes.

SI YO FUERA FRANÇOIS HOLLANDE, ACUDIRÍA en los muy próximos días a los informativos de mayor audiencia y, precedido por las primeras notas de *La Marseillesa*, pronunciaría la siguiente alocución:

«Queridos compatriotas:

»En mayo de 2012 me dieron ustedes el mandato de acometer una política de recuperación económica y de justicia social. Me he esforzado por conseguirlo, en un contexto muy difícil. Acaso haya estado demasiado tiempo tanteando el terreno. Acaso los haya desconcertado con anuncios demasiado prematuros y medidas contradictorias. Me gustaría explicarme hoy ante ustedes, pero, a pesar de estar solamente en la mitad del mandato, me doy cuenta de que ya no me queda tiempo. El tiempo se me ha escapado, el tiempo se ha embalado, y están ustedes ahora en las gradas del Coliseo, apuntando con el pulgar hacia abajo y gritando: “¡Muerte!”. Sé, como es natural, que ustedes no son ciudadanos romanos envilecidos y crueles. Ustedes son blandos de corazón y lo que me reprochan, si no he entendido mal, es que yo tenga el corazón como una piedra. Ustedes no desean la muerte del gladiador, sino la del emperador. Y ¿quién los ha convencido de que yo sea Calígula? Mi excompañera, Valérie Trierweiler. Los he visto a ustedes por televisión, precipitándose a todas las librerías de Francia para comprar la “bomba literaria”: *Merci pour ce moment*. Y he leído en *Mediapart* (la web de

información que hace que te entren ganas de irte a otro planeta) que Valérie Trierweiler defendía la causa de las mujeres ultrajadas, humilladas, martirizadas, y que solo unos “heteromachistas” retrasados podían encontrar algo en contra de la magnífica exposición. Las indiscreciones y las eventuales calumnias que aporta aceleran la marcha hacia la igualdad de los hombres y de las mujeres. Son, por lo tanto, de izquierdas.

»Pues no, queridos compatriotas: mi excompañera no ha llevado a cabo un acto revolucionario. Se ha vengado de mí como quiso vengarse de la madre de mis hijos, culpable de seguir existiendo cuando ya ella la había suplantado. Y si no tienen ustedes nada mejor que hacer que intentar comprender sus motivaciones, no lean a Simone de Beauvoir, vean más bien la película *Atracción fatal*, con Glenn Close. El machismo está, cierto es, lejos de haber desaparecido, pero conferirle el monopolio de la maldad es ver la realidad humana con las anteojeras de la ideología. El libro es un crimen contra el individuo que soy y contra la República a la que represento. Y me temo que le dé el tiro de gracia a lo que quedaba de los tiempos modernos en nuestro posmodernismo triunfante que, como lo anunciaba Péguy (un autor al que mis camaradas socialistas harían bien en leer), “no se pregunta ansiosamente si es grave, sino que, inquieto, vacío, se pregunta ya si es divertido”. La contribución mayor de los tiempos modernos a la civilización se encierra en una palabra: “separación”. Separación de la Iglesia y del Estado, y separación también de la vida pública y de la vida privada. Ahora bien, ese muro protector tanto para la primera separación como para la segunda no es el Estado el que lo desmorona hoy, no es, a pesar de todo lo que les cuentan los filtradores, *Big Brother*: son ustedes mismos, queridos *little big brothers* y queridas *little big sisters*, ustedes, que sucumben ante la atracción del voyerismo con tanta menor reticencia cuanto que son ustedes quienes, cada vez en mayor número, se exhiben en la red: “Para vivir felices, vivamos ocultos”, decía el viejo adagio francés. “Para vivir felices, desnudémonos delante de todo el mundo”, dice la sociedad de la telerrealidad y de Facebook.

»Desde luego, están ustedes enterándose de bastantes cotilleos sobre mí. No solo maltrato a las mujeres, sino que además odio a los pobres. Me dan asco. Los llamo incluso “los sin dientes”, partiéndome de risa con mi propia gracia. ¿De verdad se creen ustedes esas cosas? Y ¿siguen siendo ustedes tan

adolescentes como para dar por sentado que la clase política se divide entre quienes aman a los pobres y quienes quieren impedirles por todos los medios que vayan al dentista? Y ¿cómo demostrar el amor a los pobres sino con el postreo? El del nuevo papa cuando sube a los niños al papamóvil. El del político que va a los “barrios” para mostrar que se solidariza con sus habitantes y sufre con ellos. El amor en política es la imagen del amor, y la imagen no debe hacer oficio de acción. Es verdad que quien ejerce el poder se debe al prójimo, como todo el mundo, pero tiene que afrontar la pluralidad humana, y de ahí que la pregunta se repita incesantemente: “¿Quién, en este caso concreto, es mi prójimo?”. No vive en un mundo de efusiones, sino en un mundo de problemas y de dilemas, a veces trágicos, a veces inextricables. ¿Acaso es tenderles la mano a los jóvenes que vienen de medios modestos suprimir las becas universitarias al mérito y sustituirlas por becas basadas en criterios exclusivamente sociales, o es, por el contrario, empujarlos perversamente a valerse de sus orígenes y a exigir reparación en lugar de hacer los esfuerzos necesarios para acceder a la cultura y a un porvenir mejor? La justicia, que es el objeto por excelencia de la política, requiere discernimiento. A diario intento averiguar si el discernimiento me guía o me falta. Pero está claro que a ustedes les importa una higa. Los problemas no son problema de ustedes. Ustedes quieren amor. “El mundo —decía Chesterton— está lleno de ideas cristianas que se han vuelto locas”, y esa locura está matando a la política. Habría conservado algo de esperanza en medio de la tormenta si no hubiera visto, a izquierda y derecha, a unos cuantos Mélenchon y a otros tantos Apparu²¹ basarse en el libro de Valérie Trierweiler para seguir instruyendo la causa abierta contra mí. Los pobres inconscientes no saben que ellos y yo estamos en el mismo barco y que ese barco se hunde.

»En *La mancha humana*, novela cuya acción se desarrolla en pleno asunto Clinton-Lewinsky, Philip Roth escribe que sueña con una pancarta de un lado a otro de la Casa Blanca, que proclame: “Aquí vive un ser humano”. Yo soy un ser humano: para mayor deleite de la indiscreción y de la voluptuosidad del sarcasmo, ustedes no parecen darse cuenta. De modo que he tomado la decisión de decirles adiós. A pesar de *Mediapart*, no me iré a otro planeta. Pero ahí se quedan ustedes, mis queridos *Little big brothers* y mis queridas *little big sisters*. Que ustedes lo pasen bien.

»¡Viva la República! (Aunque está muerta y no será otro numerito más lo que venga a resucitarla.) ¡Viva Francia! (Aunque esa patria literaria no es más que un vago recuerdo.) ¡Abajo las redes sociales! (Aunque la hidra infernal ha ganado la guerra)».

[20](#) *Gracias por este momento*, traducción de Marta Armengol Royo y Rosa Alapont Calderaro, Maeva, 2014. [*N. de los TT.*]

[21](#) Jean-Luc Mélenchon y Benoist Apparu, políticos de la izquierda y la derecha, respectivamente, protagonizaron en el programa *Des paroles et des actes* un debate que terminó convirtiéndose en un espectáculo. [*N. de los TT.*]

El eterno regreso de los años treinta

DESPUÉS DE ENZO TRAVERSO²², de Luc Boltanski y Arnaud Esquerre²³, de Edwy Plenel²⁴, de Philippe Corcuff²⁵, tenemos ya en las librerías el libro de Claude Askolovitch, Pascal Blanchard, Renaud Dély e Yvan Gastaut²⁶, *Les années trente sont de retour*.

SI DAMOS CRÉDITO A TODOS LOS AUTORES, los años treinta están de regreso. La derecha integrista y facciosa ocupa la calle, el orden moral sale de las catacumbas. La crisis económica empuja a buscar un chivo expiatorio. Todos observan, en palabras de Luc Boltanski, «la presencia de temas tradicionalistas y nacionalistas que emanan de la retórica del movimiento Acción Francesa» y la reorientación «contra los musulmanes» de una hostilidad que, durante la primera mitad del siglo XX, estuvo principalmente dirigida contra los judíos y contra el judaísmo. Lo que pretende la analogía histórica es iluminarnos y mantenernos en estado de alerta: nos ciega y nos duerme en la confrontación preconcebida con una amenaza en el lugar perfectamente asignado. Al querer leer lo que ocurre a la luz de lo que ocurrió, oculta una novedad inquietante. Ningún director de centro universitario parisino estaba, en los años treinta, amenazado de muerte por judíos fervientes. No existía un equivalente judío de las brigadas de la *sharía* que hoy patrullan por las calles de Wuppertal, la ciudad de Pina Bausch y del monorraíl suspendido. No existía un equivalente de la contestación en las clases de historia, de literatura o de filosofía en los liceos o en los colegios llamados «sensibles». A ningún alumno de entonces se le habría pasado por la imaginación enfrentarse al profesor que estuviera impartiendo una clase sobre

Flaubert con el rechazo categórico: «*Madame Bovary* es contrario a mi religión».

No había, por otra parte, ningún manifiesto de la diversidad. No se practicaba la discriminación positiva. Tampoco imperaba en las escuelas, en los medios de comunicación, en las salas de audiencias ese antirracismo vigilante que acosa los malos pensamientos de los grandes autores del patrimonio y que sanciona con el nombre de «patinazo» el más mínimo fallo en el dogma del día: el reconocimiento de las minorías. En cuanto a ver en las manifestaciones contra el «matrimonio para todos» el síntoma terrorífico de un regreso del orden moral cuando las obras del marqués de Sade están con todos los honores en las ediciones de la Pléiade, cuando *La vida de Adèle* ha ganado la Palma de Oro en Cannes y las Femen se exhiben con absoluta impunidad en las iglesias y en las catedrales que se les antojan, es no solamente burlarse de las palabras sino también reclamar para el orden ideológico cada vez más agobiante en que vivimos los laureles de la disidencia.

Para decir, finalmente, que hoy son los musulmanes quienes llevan una estrella amarilla hay que valorar en muy poco la situación actual de los judíos de Francia. Si ya no hay prácticamente alumnos judíos en las escuelas públicas de Seine-Saint-Denis es porque, según lo ha dicho el historiador Georges Bensoussan durante el coloquio organizado con ocasión del décimo aniversario de la publicación de *Les territoires perdus de la République*, el antisemitismo se ha convertido en las aulas en un «código cultural». Eso era lo que decían algunos exaltados; ahora es el discurso que flota en el ambiente, la opinión general. Suele pensarse en esos territorios que los judíos gozan de un trato especial, que están en todas partes, que controlan los medios y el mundo de las finanzas. Es una realidad que los antirracistas oficiales niegan o ahogan en causas sociales para incriminar mejor, a fin de cuentas, a la Francia infestada de prejuicios coloniales. La rabia de los dominados y sus cuestionables atajos vienen inducidos —explican en resumen— por la ferocidad cotidiana del sistema de dominación.

Al principio del caso Dreyfus, Zola escribía «Por los judíos»²⁷. Después de haber oído decir en France Inter que existía un problema del islam en Francia, Edwy Plenel escribió en caliente *Pour les musulmans*²⁸. Preso de una empatía abstracta por una población de la que no quiere saber nada por

miedo a «esencializarla», a los judíos de Francia les significa que quienes los tratan hoy de «sales feuj»²⁹ son los judíos de nuestro tiempo. El racismo se muere, tanto mejor. Pero si el antirracismo es eso, la victoria no es en nada tranquilizadora.

Y peor aún: la analogía entre los años treinta y nuestra época, levantada en su totalidad para no ver el choque cultural cuyo teatro es hoy Europa, oculta sin vergüenza alguna el trabajo crítico que, con valor y tenacidad admirables, han emprendido algunos intelectuales musulmanes. Veamos dos ejemplos.

Abdenour Bidar: «Se dice del fanatismo de algunos que es el árbol que no deja ver el bosque del islam pacífico. Pero ¿cuál es el estado real del bosque en el que ese árbol puede echar raíces?».

Mohamed Kacimi, en plena guerra de Gaza, cuando intentaban incendiar una sinagoga en Wuppertal y saqueaban tiendas judías en Sarcelles: «La cadena qatarí Al Jazeera, en lugar de dirigirse a millones de almas anunciándoles que viven bajo regímenes totalitarios, religiosos, oscurantistas, sin libertad, encerrados día y noche en unas mezquitas donde les enseñan el odio a la libertad, a las mujeres, a la vida, a los demás, prefiere proclamar la culpabilidad de Israel, del enemigo sionista: es al mismo tiempo un analgésico y un antidepresivo».

Abdenour Bidar y Mohamed Kacimi responden implícitamente a Youssef al-Qaradawi, presidente del Consejo Europeo para la Fetua y la Investigación y guía espiritual tanto de Tariq Ramadan como de la Union des organisations islamiques de France (Unión de las Organizaciones Islámicas de Francia, UOIF). En sus prédicas en Al Jazeera, quien ha recibido el sobrenombre de «muftí mundial» afirma que Hitler castigó a los judíos por la corrupción y que ese bien merecido castigo gozaba de la unción de Alá. Declara asimismo que el islam no debe conquistar con la guerra sino mediante la influencia a una Europa «sumida en su materialismo y en la filosofía de la promiscuidad».

Los intelectuales críticos, mientras tanto, orgullosos de denunciar nuestra busca desenfrenada de un chivo expiatorio, proporcionan con el tema de «Francia islamófoba» un chivo expiatorio inesperado al integrismo musulmán. El islamismo integral, a la vez que consigue nuevos adeptos, no deja de ir ganando nuevos Rantamplanes. Lo que está de regreso no son los años treinta, son, en un contexto absolutamente inédito, los tontos útiles. «Los pobres son

nuestros amos», dicen como san Vicente de Paúl, y, con semejante viático en ristre, proporcionan generosamente su apoyo a los enemigos declarados de la civilización europea.

[22](#) *La Fin de la modernité juive*, La Découverte, 2013.

[23](#) *Vers l'extrême*, Dehors, 2014,

[24](#) *Pour les musulmans*, La Découverte, 2014.

[25](#) *Les années trente reviennent et la gauche est dans le brouillard*, Textuel, 2014.

[26](#) *Les années trente sont de retour*, Flammarion, 2014.

[27](#) Émile Zola, «Pour les Juifs», diario *Le Figaro*, mayo de 1896.

[28](#) Edwy Plenel, *Pour les musulmans*, La Découverte, 2014.

[29](#) 'Sucios judíos': *jeuf* es término inventado a partir de la afición o moda de hablar en *verlan* (*à l'envers*), *al verres* (al revés), invirtiendo en todo o en parte las letras de una palabra. [*N. de los TT.*]

El equívoco democrático

DURANTE EL VERANO, EL ESCRITOR *Édouard Louis* y el filósofo *Geoffroy de Lagasnerie*, desde una tribuna publicada en *Libération*, llamaron a boicotear los Encuentros de Blois, dedicados este año a la figura del rebelde, so pretexto de que el invitado a pronunciar la conferencia inaugural era Marcel Gauchet, un hombre que, según ellos, nunca se rebeló más que «contra los movimientos sociales, contra el PACS³⁰, contra el “matrimonio para todos”, contra la homopaternidad, contra los movimientos feministas, contra Bourdieu, Foucault y el “pensamiento del 68”...».

ASÍ ES QUE ÉDOUARD LOUIS y Geoffroy de Lagasnerie anunciaron a través de la prensa que ni hablar de codearse ellos, en un coloquio sobre la rebelión, con un representante del partido del Orden. Cuando, en pleno verano, leí el artículo, creí que era una broma. Después, constaté que la cosa iba en serio. Al novelista y al filósofo se les unieron rápidamente cineastas como André Téchiné, periodistas como Didier Eribon, cantantes como Dominique A y escritores como Laurent Binet o Marie Nimier. Y si bien los Encuentros de Blois pudieron desarrollarse sin mayores problemas, algunos investigadores y profesores organizaron un festival paralelo para protestar contra la presencia allí, donde la insumisión no podía faltar, de aquel a quien solo llaman ahora «Marcel Droitier»³¹.

Nada nuevo, al parecer, bajo el sol de la *intelligentsia*. Este mundo está periódicamente sujeto a ataques de robespierrismo: el Terror es su gran tentación. Lo que sorprende, no obstante, en este nuevo espasmo y lo que deja

pensativo es el argumentario: Geoffroy de Lagasnerie y Édouard Louis denuncian la hostilidad de Gauchet ante todas las «reivindicaciones democráticas» e invitan a los intelectuales preocupados por el «pensamiento democrático» a que sigan el ejemplo de ellos dos y boicoteen a Gauchet. Echar mano de la democracia para obtener la condena del redactor jefe de la revista *Le Débat*: la paradoja merece reflexión.

El espíritu democrático, que nació en las ciudades griegas cuatro siglos antes de la era cristiana, resurgió en Europa al día siguiente de las guerras civiles religiosas, cuando los hombres, traumatizados por la arrogancia asesina de los confidentes de lo absoluto, reconocieron su finitud común. «Después de todo, es poner las conjeturas a muy alto precio cuando se asa a un hombre vivo»³², decía ya Montaigne en sus *Ensayos*. Y Stuart Mill, casi tres siglos después, sacaba todas las consecuencias de ese escepticismo fundador. En lugar de condenar a la hoguera a los adversarios, no solo hay que tolerarlos sino también escucharlos: «La libertad completa para contradecir y refutar nuestra opinión es la condición que permite presumir su verdad con vistas a actuar: esa es la única manera racional dada a un ser dotado de facultades humanas para asegurarse de que está en lo cierto»³³.

En el siglo XX, los ideólogos totalitarios reavivaron la llama de la infalibilidad. Los fanatismos sin dios, con una violencia que la técnica multiplicaba por diez, devastaron el mundo. Eso llevó a que el pensamiento crítico volviera a coger el testigo de Montaigne y de Stuart Mill. «Una decisión certera para una causa imperfecta»: tal fue la definición antiestalinista y —por anticipación— antisartriana que el filósofo Paul-Louis Landsberg dio del compromiso en 1937. «Por esa conciencia de la imperfección, la fidelidad a una causa se encontrará preservada de todo fanatismo, es decir, de toda convicción de vivir en posesión de una verdad absoluta e integral»³⁴. Después de la Liberación, Camus prolonga ese mismo razonamiento atribuyéndole a la democracia la gloria de ser el régimen concebido, creado y mantenido por hombres que saben que no lo saben todo: «El demócrata es modesto, confiesa cierta parte de ignorancia, reconoce el carácter parcialmente arriesgado de su esfuerzo y que no todo le es dado, y, a partir de esa confesión, reconoce que necesita consultar a los demás, completar lo que él sabe con lo que ellos saben»³⁵.

Ninguna modestia entre nuestros peticionarios, ninguna conciencia de la imperfección de la causa que defienden. La palabra «quizá» no forma parte de su vocabulario. Nunca tienen la más mínima duda, nunca dicen «creo» para atenuar la temeridad de lo que afirman. Están seguros de la exactitud y de la justicia de su combate, no tienen tiempo que perder en vana palabrería. La opinión de los demás, lejos de plantearles un reto, es un suplicio: traba el progreso de la humanidad hacia el porvenir, del que son mandatarios.

Pensándolo bien, sin embargo, no podemos acusar a Édouard Louis y a Geoffroy de Lagasnerie de estar utilizando impropriamente el término cuando se identifican con la democracia. No son griegos, claro está, son modernos. Pertenecen de lleno a la época que se vive como una época y que ha ubicado su ideal en el tiempo. Para ellos, la democracia no es tan solo un régimen entre otros o superior a los otros, es una ascensión continua de lo particular hacia lo universal, de la servidumbre hacia la libertad, del orden jerárquico hacia la igualdad de todos los hombres. A diferencia de los inventores de la democracia, lo enfocan todo desde la categoría del devenir. Caminan, avanzan y detestan que les pongan palos en las ruedas. No se confrontan, en el espacio democrático, con adversarios, sino, en el eje temporal, con esos muertos vivientes que son los representantes del antiguo mundo. Por decirlo en pocas palabras: los modernos resueltamente modernos han sustituido el concepto de política por el concepto de historia. De ahí viene su inquietante inmodestia: «Esta batalla —desgraciadamente, sigue siendo una batalla— la vamos a ganar», escribía Nicolas Demorand en el diario *Libération*, después de la primera gran manifestación contra el «matrimonio para todos». «Y nos reiremos entonces, con nuestros hijos y nuestros nietos, en configuraciones familiares que se habrán convertido en banales, cuando veamos los archivos de 2012 y nos preguntemos cómo Francia pudo un día encarnar los valores más retrógrados y ponerse en situación de infracción contra el lema republicano que promete a todos libertad, fraternidad e igualdad».

O, como Édouard Louis y Nicolas Demorand, participamos en la Gran Marcha de los derechos humanos, o, como Camus y Stuart Mill, hablamos y nos escuchamos. O se activa el progreso o se inicia la discusión. O el sentido pertenece a la historia o nace del diálogo. En ambos casos, el objetivo es mejorar el mundo y no, como entre los Antiguos, imitar el orden natural. Para

unos, sin embargo, lo mejor es alcanzar una trayectoria rectilínea; para otros, es una cuestión a la que únicamente la confrontación de puntos de vista y el intercambio de razones permiten aportar una respuesta. Ahora bien, nuestra democracia no ha zanjado el tema. Oscila incesantemente entre ambos postulados. Descansa en la conciencia de la finitud y anuncia el establecimiento del reino del Hombre. Preconiza el pluralismo y se reconoce en el proyecto grandioso de liberar la subjetividad de los límites asignados por la naturaleza, la cultura, el género, el origen o el destino. El hombre aún no está terminado, dice, y, arremetiendo contra los retardadores, se dirige hacia el *Grand Soir* en que todas las diferencias quedarán superadas y cada uno podrá componer su ser a su guisa. Modestia ontológica, por una parte, teología triunfal, por otra. El caso Gauchet tiene el mérito de sacar a plena luz esa contradicción. Ya no cabe el equívoco. Entre democracia y democracia, no nos queda más remedio que elegir, mientras aún estemos a tiempo.

[30](#) El PACS (*Pacte civil de solidarité*) equivale más o menos a la declaración de pareja de hecho. [N. de los TT.]

[31](#) Juego de palabras con el apellido y el mote: Gauchet (*gauche*, ‘izquierda’) / Droitier (*droite*, ‘derecha’). [N. de los TT.]

[32](#) Montaigne, *Essais*, t. 2, ed. de Pierre Villey, PUF, 1978, p. 1032. (*Ensayos*, traducción de Rafael Gómez Pérez, Rialp, 2015). [N. de los TT.]

[33](#) John Stuart Mill, *De la liberté*, col. «Folio essais», Gallimard, 1990, p. 89. (*Sobre la libertad*, traducción de César Ruiz Sanjuán, Akal, 2014). [N. de los TT.]

[34](#) Paul-Louis Landsberg, «Réflexions sur l’engagement personnel», en *Pierres blanches*, Le Félin, 2007, p. 50.

[35](#) Albert Camus, «Réflexions sur une démocratie sans catéchisme», *Œuvres complètes II*, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, 2006, p. 717.

Las verdades y las divagaciones de Éric Zemmour

LE SUICIDE FRANÇAIS, PUBLICADO EL 1 de octubre en ediciones Albin Michel, bate todos los récords de venta.

EL FASCISMO, DERROTADO POR LOS EJÉRCITOS aliados y deshonrado por sus crímenes, murió en 1945. Una buena noticia que los antifascistas siguen sin querer atender. Y todos los días se lanzan en busca de un avatar inédito de la bestia inmundada. Hoy es Éric Zemmour quien les provoca el *gran estremecimiento*. El inmenso éxito de su libro *Le Suicide français* le vale incluso para convertirse en un verbo de la lengua. Para significar que Francia se desliza hacia el color pardo, ya puede decirse que «se zemuriza». Quienes así hablan, hay que recordarlo, huyen de la novedad de la situación en que nos encontramos yendo hacia el *déjà-vu* de los años treinta, mientras Zemmour afronta por lo menos la novedad. Su tesis es simple y terrible: en lugar de plantarle cara al doble desafío de la mundialización económica y de la inmigración de poblamiento, Francia se aparta, se despoja de su ser, es decir, de su historia, rompe estrepitosamente consigo misma. Y Zemmour entresaca los momentos clave de ese abandono de sí, durante los últimos cincuenta años. Indiferente al reparto canónico de lo esencial y lo accesorio, le concede con razón gran importancia a la derogación definitiva, en 1993, del decreto del 11 de germinal del año XI, que estipulaba que «los nombres en uso en los diferentes calendarios y los de los personajes conocidos en la historia antigua serán los únicos que puedan recogerse en el registro civil»³⁶. Hoy, todo es

posible, todo está permitido, el deseo de los padres no encuentra obstáculo alguno. Los Kimberley, los Donovan, los Brandon, los Enzo pululan. Cécile Duflot llamó a su hija Térébenthine, y surgió una niña Berenyss a raíz de un suceso. La particularidad nacional queda disuelta en el almacén mundial de los nombres. Francia, emancipada de sí misma, se abandona a la borrachera del todo vale. La patria de los derechos humanos se convierte en una enorme leonera por el hecho mismo de la ilimitación de los derechos.

Pero Zemmour no siempre es así de pertinente. Y se lamenta de la desaparición del orden patriarcal y de esos hombres que «prefieren tomar a las mujeres sin comprenderlas en lugar de comprenderlas sin tomarlas», olvidando la contribución de las mujeres a *la civilización de la virilidad* en la Francia con la que él se identifica. Para todos los extranjeros, de Hume a Babel, Francia era el país de las mujeres y, según lo ha mostrado brillantemente Mona Ozouf, el feminismo francés ha prolongado esa tradición con su rechazo obstinado a permitir que el combate por la igualdad degenerara en guerra de sexos. Las Femen no lo ven con los mismos ojos, pero todavía no han ganado la partida.

Más grave aún: en su loable preocupación por denunciar el clima actual de arrepentimiento satisfecho y por rehabilitar el concepto de preferencia nacional, llega a acreditar que el régimen de Vichy salvó a un máximo de judíos franceses al entregarles a los nazis a un máximo de judíos extranjeros. Algunos historiadores contestan la realidad de ese cálculo. Aunque fuera cierto, sin embargo, no existiría ninguna justificación moral, ni siquiera política. «El patriota es duro con el extranjero», recordaba Rousseau a los buenos apóstoles del cosmopolitismo, pero Vichy era complaciente con el ocupante y, para complacerlo, no devolvía a los extranjeros a su casa, deportaba huéspedes a los campos de la muerte. No era en modo alguno aplicar el principio de la preferencia nacional, era violar el principio primero de toda civilización. Zemmour debería haber leído y meditado estas líneas escritas por Jacques Maritain en septiembre de 1942: «Traicionar sus leyes tradicionales de hospitalidad política, aceptar para sí misma y para sus propias leyes la ignominia bestial del racismo nazi, entregar a los judíos extranjeros aceptados en su territorio desde 1935 como en tierra humana y fiel, entregar incluso a aquellos que combatieron por ella y en su ejército en el

curso de la actual guerra, jamás en la historia había sido impuesta a Francia infamia semejante»³⁷.

Su relectura de la historia arrastra a Zemmour aún más lejos. Lo que condujo a los judíos a repudiar la asimilación en pro del comunitarismo — dice— fue la denigración sistemática de Francia orquestada por Robert Paxton y la multitud de historiadores que lo siguieron. Bastante antes de Paxton, sin embargo, Jacqueline Mesnil-Amar, judía francesa, había escrito estas líneas admirables: «Después de trece años de hitlerismo, después de cuatro años de ocupación nazi en Francia, después de los campos y los vagones y los hornos, no queda un solo judío, creyente o no creyente, perdido o reencontrado, que no recuerde que es judío. La rutina o la negligencia de unos, la vergonzosa ignorancia de otros, la intransigencia de los primeros, la negación de los segundos, todo se ha fundido con el destino de Israel»³⁸. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial ya casi no hay israelitas en Francia: el franco-judaísmo voló en pedazos, los judíos que habían creído reconocer en la emancipación una nueva huida de Egipto, una «Pascua moderna», supieron —y mucho, dice Lévinas, «fue como un vértigo»— que no podían escapar de su condición. Perdieron la fe en la vocación mesiánica del país en el que viven. El lazo no está roto: Francia sigue siendo digna de amor, pero ha dejado de ser una tierra prometida. Está escribiéndose un nuevo capítulo, del que Zemmour no quiere saber nada porque, entregado de lleno a su crítica de la competencia de las víctimas o de la destitución de la política por la moral humanitaria, no sabe establecer la diferencia entre la religión de la Shoah y el tormento de Auschwitz en sí mismo. Esa confusión le oscurece el juicio, le enturbia la inteligencia de las cosas.

Pero el diagnóstico de conjunto, en cambio, está confirmado por sus propios detractores. En su número sobre «La Francia rancia» de Éric Zemmour, el diario *Libération* publica una entrevista con el joven sociólogo Paul Pasquali, que ha hecho el seguimiento de los alumnos que pasan de los barrios conflictivos a las *grandes écoles*: «¿Así es como vamos a cambiar a nuestras élites?», le pregunta la periodista. Respuesta del sociólogo: «¡Los dispositivos [de “Igualdad de Oportunidades”] no están hechos para eso! El término de apertura social se ha elegido con toda intención. Si hubiéramos hablado de democratización, se habría generado una política sistemática y

habríamos tenido que reflexionar sobre los modos de transmisión cultural, el contenido de las pruebas, la enseñanza en la escuela, la composición de los tribunales, la existencia de escuelas preparatorias privadas... Imagínese usted las consecuencias si revisáramos las pruebas de acceso y los presupuestos arbitrarios sobre lo que es conveniente saber, si sustituyéramos el alemán y el latín por el árabe y el wolof...».

¿Qué son, en efecto, la lengua de Tácito y la de Goethe sino, como ya lo demostraba Pierre Bourdieu en *La Reproduction*³⁹, dos componentes de lo arbitrario cultural erigido en cultura legítima por la clase dominante? Y dado que la población francesa cambia, el sociólogo y la periodista que lo entrevista preconizan, para poner fin a las desigualdades, el siguiente remedio de caballo: la desaparición de las huellas, la desnacionalización y la deseuropeización de la cultura, o sea, el suicidio francés.

³⁶ Éric Zemmour, *Le Suicide français*, Albin Michel, 2014, p. 368.

³⁷ Citado en Michaël Bar-Zvi, *Israël et la France. L'Alliance égarée*, Les Provinciales, 2014, p. 103.

³⁸ Jacqueline Mesnil-Amar, «De l'enfant perdu à l'enfant prophète», en *Parcours d'écriture*, Les éditions du Nadir, 2005, p. 140.

³⁹ Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron, *La Reproduction. Éléments pour une théorie du système d'enseignement*, De Minuit, 1970.

El anacronismo de los modernos

LANOCHE DEL 17 DE OCTUBRE, UNOS *desconocidos* vandalizaron la obra de Paul McCarthy, *Tree*, instalada tres días antes en la parisina plaza Vendôme. El abeto gigante con pinta de «plug anal» quedó finalmente desmontado el 19 de octubre, provocando una bronca contra «los enemigos de la libertad del arte».

EL ASUNTO MCCARTHY ACABA DE APORTAR la prueba: los modernos con marchamo no son modernos, son anacrónicos; ponen toda su inteligencia y toda su energía en equivocarse de época y en impedir así que la más mínima parcela de realidad venga a perturbar el confort moral de un mundo totalmente imaginario.

El artista americano había instalado delante de la columna Vendôme y bajo la égida de los joyeros de la plaza una escultura hinchable, de un verde resplandeciente y de cerca de veinticinco metros de alto. La obra se llamaba *Tree* y jugaba con la semejanza entre un árbol de Navidad y un «plug anal». Como buen paleta, me resultaba poco familiar el «juguete sexual» y había pensado más bien en un supositorio gigante contra el estreñimiento.

Pero ya fuera abeto salaz o Maxilax, poco importaba en este caso. Ha sido preciso que el indeterminado objeto en cuestión entre en la esfera de la estética para que el arte rompa sus últimos lazos con la belleza y con la verdad. «Y ya sea Chardin, Braque o Vermeer como los llaméis / Lo que siempre se repite es seguir el mismo largo estudio», escribía Aragon. Eso quiere decir que la pintura estaba desde sus orígenes habitada por la pasión de verlo todo y que, si deformaba la realidad, era para extraer las posibilidades

ocultas, malélicas o maravillosas. No hay tal en Paul McCarthy. Como Jeff Koons y tantos otros, ha abandonado el «largo estudio» por la fabricación en serie de enormes juguetes chillones. Una vez destruida pacientemente la frontera entre el arte y el no arte, cualquier cosa vale: todo puede ser arte, desde el momento en que el artista así lo decide y el mercado avala su audacia transgresiva. Y el público en general lo acata, por miedo a parecer tonto o a ser tachado de nostálgico. El iconoclasta Duchamp, con su urinario, se burlaba de la prosternación gregaria delante de las obras expuestas en los museos. Y resulta que, para estar al día y no reeditar las enormes meteduras de pata de los contemporáneos de *Olympia* o de *Las señoritas de Aviñón*, nos prosternamos, sin pararnos a mirar dos veces, delante de Paul McCarthy y los laboriosos productos de su infantilismo porno. Sin lugar a dudas, Baudrillard tenía razón: «Algo absurdo ha venido a podrir en el alma humana esa pasión de la admiración que era la más bella»⁴⁰. Y, como estaba previsto, los rayos del Juicio Final fulminan a quienes no admiran: «Son unos cretinos», zanja *Le Monde*. El ministro de Cultura va aún más lejos: «Cabría decir que algunos no dudan en apoyar el regreso de una definición oficial del arte degenerado». Exponer algunas reservas ante la última «provocación» esponsorizada de McCarthy no es solo «defender la cultura civilizada y el bienestar burgués», como dice también el editorialista del periódico de referencia, que se ha convertido con el paso del tiempo en el diario de la *actitud rebelde*, es perpetuar la ideología nazi, nada menos. ¿Qué es lo que Hitler representa hoy? Un recurso para los inútiles.

La agresión de la que ha sido víctima el artista les permite un aval providencial a los resistentes quiméricos, pero el reducido comando que consiguió desconectar el compresor que mantenía llena de aire la escultura y cortar las amarras que lo estabilizaban llevó a cabo un gesto de gran alcance conceptual: al desinflar el globo antifascista del arte contemporáneo, lo ha devuelto a su insignificancia.

⁴⁰ Jean Baudrillard, *Cool Memories*, Éditions Galilée, 1987, p. 199. (*Cool memories*, traducción de Joaquín Jordá, Anagrama, 1997). [N. de los TT.]

Memoria judía, memoria polaca

EL POLIN, MUSEO DE LA HISTORIA DE *los judíos polacos*, se inauguró el 28 de octubre en Varsovia, en presencia de los presidentes polaco e israelí.

EL ANTISEMITISMO NO HA DESAPARECIDO en Polonia. Pero la construcción de un museo de la Historia de los judíos polacos en Varsovia da testimonio de que la competencia entre las víctimas ha perdido toda virulencia. Se reconoce el lugar que ocupan los judíos. Aflora cierta nostalgia que no es únicamente de consumo turístico.

Yo formé parte de la delegación francesa invitada a la inauguración del museo. La primera tarde nos recibieron en la embajada de Francia. Me pidieron que participara en una mesa redonda improvisada, con Roman Polanski, el historiador belga Joël Kotek, el presidente de la Unión de Estudiantes Judíos de Francia, el gran rabino de Varsovia y Konstantin Gebert, un judío polaco practicante. Después de una breve película que dibujaba a grandes rasgos la larga historia y que terminaba con la palabra «vida», Monique Canto-Sperber, que ejercía de moderadora, preguntó, para lanzar la conversación, cuál era la aportación actual del judaísmo a Polonia. Roman Polanski no quiso contestar a una pregunta tan general, así es que me pasó el micro e improvisé como pude que antes de hablar del presente, del porvenir y de la vida habría que tomar buena nota del siguiente hecho: la civilización judía de Polonia había sido aniquilada por el nazismo. Estaba pensando en esta frase del escritor David Bergelson, que descubrí tiempo atrás en el bonito libro de Richard Marienstras, *Être un peuple en diaspora*: «Sucede que los pueblos pierdan a sus hijos, es una gran pérdida, naturalmente, y no es nada

fácil consolarse; pero llega de pronto el doctor Soifer con su propia pérdida... Porque es uno de esos que están perdiendo a su pueblo... ¿Qué...? ¿Qué es lo que está perdiendo...? No puede ser, nunca se ha oído hablar de semejante pérdida»⁴¹.

Cierto es que el pueblo judío no ha desaparecido por completo. Los nazis no pudieron llevar hasta sus últimas consecuencias su empresa de erradicación planetaria. Hubo supervivientes y gente que se libró. Nació Israel. Algo, sin embargo, murió, algo que no es simplemente una monstruosa suma de individuos. Al decir estas cosas me parecía que estaba enunciando una evidencia. Para mi gran sorpresa, causé escándalo. El rabino americano de Varsovia me encontró arrogante e ignorante. Konstantin Gebert me acusó de darlos por nulos y sin valor, a él y al regreso que él inaugura en memoria de la fe de sus padres. Comprendí entonces que, si podía envidiar a los creyentes el sentirse acompañados por la promesa de una vida eterna, no soportaba en ellos la *negación de lo irreparable*. Ven en la perpetuación del estudio y de la observancia la prueba de que, incluso en esta Tierra, se ha vencido a la muerte. No comparto ese pertinaz optimismo religioso. Me parece sacrílego.

Al día siguiente, víspera de la inauguración oficial, visitamos la exposición permanente del museo. Cubre muy ambiciosamente mil años de historia. Una historia cuya violencia no se ha ocultado bajo el celemín, pero en la que también se ve que no se reduce al antisemitismo. Lo que no se ve, por el contrario, y falta, es la gran cultura. En el museo se trata de aprender, no de admirar. Se encargó la exposición a una etnóloga americana, y no son las obras (musicales, pictóricas o literarias) lo que queda de relieve, son los testimonios de un modo de vida y sus metamorfosis. Es saludable que Polonia se reconcilie con su pasado judío. Cabe únicamente lamentar que los hermanos Singer, Yitzhak-Leibush Peretz o Adolf Rudnicki no estén más en candelero.

⁴¹ Citado en Richard Marienstras, *Être un peuple en diaspora*, François Maspero, 1975, p. 141.

El futuro cruce de los judíos que van con los que vienen

EL MARTES 18 DE NOVIEMBRE *cinco personas resultaron muertas —cuatro de ellas, a hachazos— en la sinagoga de Kehilat Yaakov de Jerusalén.*

AL ENTERARME DE QUE CUATRO personas habían resultado muertas y otras varias heridas con hacha o cuchillo en la sinagoga Kehilat Yaakov, una reflexión de David Grossman enunciada con ocasión de la segunda intifada me vino a la memoria: «El israelí moderno de mi edad, que se consideraba ya ciudadano del mundo, que está conectado a internet y que tiene una antena parabólica en el tejado de su casa, ese hombre ha empezado a sentir que lo trágico del destino judío se cernía sobre él». No sé si el conflicto nacional israelí-palestino está metamorfoseándose hoy en conflicto religioso o si es consustancialmente teológico-político; lo que veo hoy, por el contrario, con una claridad irrefutable e implacable es que a las víctimas del atentado en cuestión no las asesinaron por ser colonos —la sinagoga está situada en un barrio hasta ahora tranquilo de Jerusalén oeste—, ni siquiera por ser israelíes, sino, con sus mantos y sus libros de oraciones, por ser judíos. El atentado palestino se inscribe en la línea de pogromos de los que Rusia y Europa oriental fueron, hasta mediados del siglo XX, el teatro de operaciones.

Pero en ese estadio de mi reflexión, como cada vez que se trata de Israel, mi fuero interno se divide en dos y mi palabra se escinde. A los franceses que hacen ver que la persecución de la ocupación empuja a los palestinos a lamentables pero comprensibles extremos les replico que ese crimen y las

indecentes explosiones de alegría a que dio lugar en Gaza y en Cisjordania denuncian como ocupación toda presencia judía en Palestina. Añado que, incluso a riesgo de razonar en términos de consecuencias, para explicar el paso a la acción y la forma como lo hizo, no hay que menospreciar el impacto de las sangrantes hazañas del Estado Islámico, tan complacientemente expuestas en la red. Debo recordar que el propio presidente de la Autoridad Nacional Palestina amenazó a Israel con una guerra santa si, por desgracia, el monte del Templo llegaba a ser «contaminado por los judíos».

Pero la otra mitad de mí mismo se dirige con idéntica vehemencia al Gobierno israelí. Benjamín Netanyahu no perdió ni un momento en hacer responsable del crimen a Mahmud Abás. Sus recientes declaraciones son deplorables, es cierto, e incluso indignantes. El problema es que el primer ministro israelí no se lamenta, no se indigna: se frota las manos. Porque nada lo espanta más que una negociación seria y las concesiones territoriales que esta implica. Prefiere el *conflict management* con los palestinos a una guerra civil con los colonos más radicales. De modo que, lejos de encarnar el sionismo, trabaja por la disolución del Estado judío en un Estado binacional.

No existe ningún muro de protección contra el terrorismo primitivo que se abate hoy sobre Israel. Puede golpear en cualquier sitio y en cualquier momento. De ahí la decisión del Gobierno de facilitar la concesión del permiso de armas. El Estado se despoja del monopolio de la violencia legítima para responder a un peligro omnipresente e invisible. El otro día oí decir en televisión a Nissim Zvili, exembajador de Israel en Francia, que, con el peso creciente de los judíos ortodoxos y una minoría árabe en vías de convertirse en mayoritaria, sus nietos no tendrán sitio en Israel: el país se habrá alejado demasiado de sus expectativas, de los valores sionistas en los que habrán sido educados. Pensé entonces en mis posibles descendientes. ¿Tendrán su sitio en la Francia de mañana? ¿Asistiremos, dentro de cincuenta o de cien años, al cruce de israelíes regresando hacia Europa y de judíos europeos huyendo hacia Israel cuando no tengan posibilidad de emigrar al continente americano? ¿Es aún viable otro futuro?

La metamorfosis de Lunel

MAXIME HAUCHARD, JOVEN NORMANDO *que aparece en un vídeo del Estado Islámico, ha sacado a la luz el inquietante fenómeno de los convertidos, cada vez más numerosos entre los franceses que se han unido a la yihad.*

DESCUBRÍ LEYENDO *LIBÉRATION* QUE una decena de jóvenes de la localidad de Lunel (veintiséis mil habitantes) se habían marchado a Siria para incorporarse a la yihad. Como había leído hacía tiempo la interesante novela de Armand Lunel *Nicolo-Peccavi ou l’Affaire Dreyfus à Carpentras*⁴² y sé, por otro de sus libros, que los judíos, perseguidos o proscritos prácticamente en toda Europa, pudieron sobrevivir física y espiritualmente en una de esas «sorprendentes tierras permisivas» que eran el Languedoc, la Provenza y los Estados franceses del papa, quise saber un poco más sobre esa ciudad cuyo mismo nombre llevaba. Mis investigaciones no fueron vanas: Lunel era en la Edad Media un centro filosófico judío, una «pequeña Jerusalén». Uno de los «sabios de Lunel», Samuel ibn Tibbon, incluso había traducido del árabe al hebreo la *Guía de perplejos*, de Maimónides. Casi nada queda hoy de aquella comunidad judía otrora floreciente. Uno de los muros exteriores del hotel particular de Bernis ha sido identificado con visos de verosimilitud como el de la sinagoga de Lunel; el Ayuntamiento ha colocado una placa conmemorativa. Desde 2010, por el contrario, hay una mezquita en Lunel. Ahí es donde —según nos enteramos en *Libération*— Raphaël, «hijo único de padre informático que viene de una familia judía y de madre psicóloga (*sic*)», se radicalizó antes de ir a integrarse al Daesh, en Siria, donde encontró la muerte. Lahoucine Goumri, presidente de la Unión de Musulmanes de Lunel,

rechazó asumir la responsabilidad de esa radicalización, aunque también hizo la siguiente declaración: «¿Por qué condenar a esos jóvenes que se marchan a Siria en nombre de una injusticia y no a esos franceses que se fueron y mataron a niños palestinos con el Tzáhal el verano pasado?».

A falta de haber podido enterrar a Raphaël, sus padres plantaron un magnolio en el jardín de la casa. Y en esa misma localidad de Lunel es donde, hace unos veinte años, Renaud Camus experimentó la extraña sensación de haber cambiado de mundo «sin haber salido del antiguo, sin haber abandonado las calles y las plazas de nuestro país, sus estatuas, sus iglesias, sus referentes familiares». Ahí es donde, según dijo en una conferencia dictada precisamente en Lunel el 26 de noviembre de 2010, se le ocurrió la teoría de la «Gran Sustitución». Que las cosas queden claras: no hago mía la expresión, porque el efecto que indefectiblemente causa es convertir a todas las personas de origen turco o árabe en invasores. Necesitamos conceptos para pensar la realidad humana, pero no debemos dejar que los conceptos reduzcan a los seres humanos a especímenes. Sigue siendo cierto que, si el número de convertidos al islam en su versión más agresivamente literal no deja de aumentar en Francia y en toda Europa, es porque ese islam es asimismo innumerable y porque las películas de propaganda del nuevo califato están calcadas del modelo de *The Expendables*⁴² o del videojuego *Call of Duty*. La industria del entretenimiento hace el vacío y, con sus intrigas simplistas, sus efectos especiales, sus imágenes ultraviolentas, prepara el terreno para el fanatismo asesino.

⁴² Armand Lunel, *Nicolo-Peccavi ou l’Affaire Dreyfus à Carpentras*, Gallimard, 1926.

⁴³ Estrenada en español con los títulos de *Los indestructibles* y *Los mercenarios*, según las regiones hispanohablantes. [N. de los TT.]

El precio de la nada

EN UN ARTÍCULO DE *LE POINT* titulado «*Les leçons économiques du cas Nabilla*» («*Las lecciones económicas del caso Nabilla*»), Pierre-Antoine Delhommais describió el 27 de noviembre «una increíble success-story, creadora de riquezas y de trabajo (productores de televisión, paparazzi, estilistas de moda, periodistas...)».

«**P**REFIERO SER HOMBRE DE PARADOJAS que hombre de prejuicios», escribía Jean-Jacques Rousseau. Yo, heredero de las Luces, tengo un prejuicio favorable a las paradojas. Pero el que desarrolla Pierre-Antoine Delhommais a propósito de la última reina de la telerrealidad me deja literalmente estupefacto. Nabilla —dice— ha conseguido, con veintidós años, crear su propia marca y hacerla prosperar no solo gracias a la plástica sino también a una personalidad fuera de lo común. Su empresa es «un auténtico motorcito de crecimiento». Malditos sean aquellos a quienes les parezca bien ironizar sobre su contribución a la cultura de las almas: no inclinarse ante quien ha patentado su famosa expresión *Allô non mais allô quoi!*⁴⁴ es racismo social, incluso racismo sin más. Ha nacido una nueva *colegui*: Nabilla.

El artículo de Delhommais lo deja a uno boquiabierto, pero no es aberrante. Con su himno a la nada, empuja hasta el no va más la lógica contable que rige en nuestra sociedad. ¿Por qué el Centro Pompidou recibe con gran pompa los juguetes fabricados por Jeff Koons? Porque alcanzan precios «estratosféricos», como dice, embaucado, el diario *Le Monde*. No es a la novedad explosiva del *Ballon Dog* o del *Michael Jackson and Bubble* adonde se dirige nuestro «¡Bravo, artista!», sino a los miles de millones que

Jeff Koons se ha embolsado. No vivimos, como suele decirse, sometidos al yugo del neoliberalismo —los presupuestos para gastos sociales están en constante aumento— sino a la férula del economismo. Hoy solo accede al ser lo que es cuantificable. La izquierda y la derecha, como Thomas Gradgrind, el temible personaje de *Tiempos difíciles* de Dickens, pesan y miden «cualquier parcela de realidad humana y nos dicen exactamente a cuánto asciende. Es solo cosa de cifras, un simple cálculo aritmético». Fleur Pellerin, asimismo, preconiza, a modo de política cultural, una política comercial más agresiva. Poco importa la calidad; para que se introduzca entre los productos culturales dominantes la mayor cantidad posible de productos *Made in France* hay que valorizar los «sistemas de recomendación de contenidos»: le gusta tal libro o tal DVD, así es que también le gustará este otro. En vano Jean-Michel Frodon explica que la difusión de la cultura no consiste en calcar los métodos de Amazon, dándole a la gente lo que le gusta, sino en permitirle descubrir aquello que ignora; el premio Nobel de quien Fleur Pellerin se dice muy próxima no es Patrick Modiano, es Jean Tirole, el fundador de la Toulouse School of Economics. A aquellos que lo hubieran olvidado les recuerda la siguiente evidencia: «Un ministro no es una persona a quien se le paga para que lea libros en su casa».

[44](#) La expresión es ciertamente intraducible e incluso inexplicable fuera del contexto de telerrealidad en que se produjo. Pero causó furor y dio pie incluso a una marca registrada. [N. de los TT.]

El corazón y la razón

EN UN GRAN DISCURSO PRONUNCIADO *el 24 de noviembre en Estrasburgo ante el Parlamento Europeo, el papa Francisco criticó la política migratoria de Europa.*

EL PAPA FRANCISCO, CON toda la razón del mundo, recordó en su gran discurso ante el Parlamento Europeo que «una Europa que no es capaz de abrirse a la dimensión trascendente de la vida es una Europa que corre el riesgo de perder lentamente la propia alma y también aquel “espíritu humanista” que, sin embargo, ama y defiende». En otros tiempos, el cristianismo y el humanismo luchaban entre sí. Hoy un nuevo culto sustituye a la religión y a la cultura: el culto del equivalente general. Dios se eclipsó al alborar de los Tiempos Modernos; en ese crepúsculo, el gran artista es quien cede el sitio al «artista más caro del mundo».

No es justo, por el contrario, reprocharle a Europa haber permitido que el Mediterráneo se convierta en un «gran cementerio». Los guardacostas italianos, patrullando día y noche, han salvado a más de cien mil migrantes. Y si bien es cierto que «en las barcazas que llegan cotidianamente a las costas europeas hay hombres y mujeres que necesitan acogida y ayuda», ningún mensaje moral, ni siquiera el de la Iglesia, puede resumirse en el amor al prójimo. Es a todas luces en ese amor, en esa bondad, como escribe Lévinas, donde se produce «el despertar a la humanidad bíblica: responder del prójimo, prioridad del prójimo, disimetría entre yo y el otro, él siempre antes que yo, humanidad como animalidad desrazonable o racionalidad según una nueva razón». Nueva razón quizá, pero no ausencia de razón y amor sin más.

Porque, recuerda asimismo Lévinas, en el mundo siempre hay un tercero. El tercero es otro diferente al prójimo y también otro prójimo. «¿Qué le ha hecho uno a otro? ¿Cuál de los dos pasa antes que el otro?» Para responder a esas preguntas, el amor no basta. Benedicto XVI hablaba de «Gran Logos»; y Lévinas, de «sabiduría del amor». El papa Francisco no concibe que «el deber tenga encrucijadas», según expresión de Víctor Hugo, o que la responsabilidad pueda ser un «laberinto». Esgrimiendo la caridad cristiana como único viático, se niega a pensar en las consecuencias de la inmigración de poblaciones a los pueblos europeos. Ese simplismo humanitario lo convierte en el preferido de todos cuantos alinean el presente difícil sobre el pasado balizado de los años negros y se quedan perezosamente encantados con su propia superioridad moral.

¿Reconocer Palestina?

LA ASAMBLEA NACIONAL FRANCESA adoptó el martes 2 de diciembre, por 339 votos a favor y 151 en contra, una proposición de resolución del grupo socialista instando al Gobierno francés a reconocer al Estado de Palestina.

SIENDO COMO SOY DESDE SIEMPRE y más que nunca partidario de la solución de dos Estados, aterrorizado asimismo por la actual ausencia de perspectiva, comparto la preocupación de los parlamentarios franceses, siento la misma impaciencia que ellos, pero me desconsuela ver cómo se desentienden de la aplicación sistemática por parte de Hamás de su manifiesto antijudío y le imputan únicamente a Israel la responsabilidad del actual bloqueo. Continuar con la colonización en Cisjordania es ciertamente catastrófico, pero ¿qué decir de las agresiones salvajes en las paradas de autobús o en las sinagogas, y del irredentismo de los palestinos mantenidos en su sueño del derecho a regresar al interior de las fronteras de Israel por los países hermanos que solo les conceden un estatuto de refugiados y los hacen padecer toda clase de discriminaciones? ¿No es desesperante ver a los líderes del movimiento BDS, Boicot, Desinversiones, Sanciones (tan popular en nuestros campus), marcarse como objetivo último la transformación de Israel en Estado de mayoría árabe?

Y además, si la política árabe ya no constituye, a diferencia de lo que era en tiempos del general De Gaulle, uno de los ejes de la diplomacia francesa, la política interior sí debe tener en cuenta a los musulmanes. El voto sobre la resolución que se refiere al reconocimiento de Palestina es «el mejor medio para recuperar a nuestro electorado de la periferia y de los barrios», ha dicho,

según la revista satírica *Le Canard enchaîné*, el exministro de Educación Nacional, Benoît Hamon. Actualizaba así la recomendación dirigida en 2001 por Pascal Boniface al Partido Socialista: «Me sorprende la cantidad de jóvenes magrebíes de segunda generación, de franceses musulmanes de todas las edades, que se dicen de izquierda pero que, aludiendo a la situación en Oriente Próximo, afirman que no quieren votar a Jospin en las elecciones presidenciales. Una actitud que se juzga desequilibrada en Oriente Próximo — y naturalmente, piensan, una vez más en perjuicio de los árabes— viene a confirmar que la comunidad árabe-musulmana no se tiene en cuenta o incluso se rechaza por parte de la familia socialista»⁴⁵.

Esa «comunidad» había votado en masa por François Hollande en 2012. El episodio del «matrimonio para todos» parecía haberla enfriado. Nada mejor para caldearla de nuevo que un reconocimiento oficial de Palestina. Pero Palestina no es, en los barrios conflictivos, un lugar, ni siquiera un pueblo, es el símbolo de la dominación judía sobre el mundo y de la humillación infligida a los musulmanes. Cuando insultan a los judíos en Francia, cuando los incordian, cuando los extorsionan, cuando los matan, es para vengar el sufrimiento de los palestinos. La politóloga Nonna Mayer se resiste, sin embargo, a hablar de un nuevo antisemitismo. «En la extrema derecha — escribe impávida— es donde el nivel de antisemitismo se mantiene más alto.» Mientras el odio antijudío se pone una *kufiyya* alrededor del cuello y enarbola la bandera palestina, los investigadores en el arte de borrar, que abundan en los departamentos de Ciencias Sociales de nuestras universidades, solo permiten que subsista en la fotografía del antisemitismo la imagen de Maurras, de Barrès y de sus epígonos.

Pero no puedo quedarme en esas consideraciones. Setecientos intelectuales, diplomáticos, oficiales en la reserva y responsables políticos israelíes han solicitado al Parlamento francés que vote a favor del reconocimiento de Palestina. No les importan los móviles de unos y otros porque están metidos en una carrera contra reloj. Se preguntan incluso, angustiados, si el «ahora» envejecido de la Paz no está ahora, después de cuarenta largos años de mítines, de desfiles y de peticiones, entregando el alma y si no debe sustituirse por otra expresión más trágica, más irremediable de la lengua: *demasiado tarde*. Demasiado tarde, teniendo en cuenta que

cuatrocientos mil judíos viven al otro lado de la Línea Verde, para curar lo que Yeshayahu Leibowitz llamaba ya en 1968 «el cáncer de la ocupación». Demasiado tarde también, quizá, para que los refugiados palestinos, que, con la complicidad de las Naciones Unidas, han pasado a ser millones, se resignen a un Estado junto al de Israel.

A finales del siglo pasado me decía ya que el antisemitismo estaba moribundo y que Israel seguía siendo un recurso, porque el sionismo, por el contrario, estaba muy vivo. Hoy me digo que el antisemitismo lo tenemos delante de nuestras narices y que la autodisolución del sionismo está en marcha. Y solo deseo una cosa: que el futuro me quite la razón en ambos supuestos.

[45](#) Pascal Boniface, *Est-il permis de critiquer Israël?*, Robert Laffont, 2003, p. 236.

ENERO-JUNIO 2015

El choque

FRANCIA SE HA VISTO GOLPEADA *por el terrorismo islamista. El 7 de enero, diez periodistas y colaboradores de Charlie Hebdo, entre los que figuraban Charb y Cabu, y dos policías fueron abatidos en un atentado en la propia sede de la revista. El 8 mataron a una policía municipal en Montrouge. Y el 9, viernes, asesinaron a cuatro judíos en una tienda kósher de Vincennes. Millones de franceses y una veintena de jefes de Estado participaron en una gran manifestación el 11 de enero.*

LOS FRANCESES QUEDARON ATURDIDOS Y, de izquierdas, de derechas o de centro, afectados en lo más íntimo de sí mismos por la matanza de *Charlie Hebdo*. Ya casi no se leía el semanario, pero nadie desconocía los nombres de Wolinski, Cabu, Bernard Maris o Charb. Unas figuras familiares que poblaban el mundo común con sus voces, sus esbozos, sus bromas y sus blasfemias. De manera que no solo son símbolos de la libertad de expresión segados al grito de «*Al-lahu Ákbar*», son conocidos nuestros de antiguo. Y estamos de luto.

Al igual que muchos de nosotros, los de *Charlie Hebdo* eran individualistas, hedonistas, cosmopolitas, y durante mucho tiempo retozaron en la alegre ingravidez de la poshistoria. Desde hacía poco, sin embargo, la sombra de lo trágico envolvía su vida y su trabajo. Charb sabía los riesgos que corría *Charlie Hebdo* al publicar un dibujo de Mahoma suspirando, con la cabeza entre las manos: «¡Qué duro es que te amen unos gilipollas!». Con la recidiva, desafiaba a «gilipollas» de calibre muy diferente al de aquellos a quienes se había enfrentado antes, y aceptaba el precio que tuviera que pagar: «No tengo hijos, ni coche, ni crédito pendiente. A lo mejor es un poco

pomposo lo que voy a decir, pero prefiero morir de pie que vivir de rodillas». ¿A qué se debe una frase pomposa en boca de un bromista? Al descubrimiento del enemigo. Como buen ciudadano de la Europa de posguerra, Charb era antirracista antes que cualquier otra cosa, se guardaba del etnocentrismo como de la peste parda, y sus dibujos estaban al servicio de la lucha contra los prejuicios que convierten al extranjero en un enemigo. Y, además, no le quedó más remedio que constatar que la xenofilia no desarmaba el odio. Se dio cuenta, muy a su pesar, de que podía uno tener enemigos incluso cuando hubiera decidido no tenerlos. Porque, según subrayaba Julien Freund, «el enemigo es quien te designa a ti. Y si quiere que seas su enemigo, ya puedes darle las mejores muestras de amistad. A partir del momento en que quiere que seas su enemigo, lo eres. Y te impedirá incluso que cultives tu jardín»¹.

La «calle árabe» había prometido no dejar sin respuesta las ofensas hechas al Profeta: «¡Europa, tu 11 de septiembre está llegando!». La palabra se ha cumplido, con la única diferencia de que esta vez los objetivos han sido cuidadosamente seleccionados: los locos de Alá mataron a los periodistas de *Charlie Hebdo* porque habían publicado caricaturas de Mahoma, a policías porque estaban al servicio de un Estado comprometido en varios teatros de operaciones en una guerra contra el islam y a judíos para castigarlos por ser judíos. Ante semejante carnicería, el horror ha sido unánime. Todo el mundo ha dicho «Yo soy Charlie». Pero ese «yo» quedó inmediatamente escindido en dos campos: el partido del sobresalto y el partido del «Otro». A la voluntad islamista de subvertir la sociedad francesa utilizando todos los medios, el partido del sobresalto reaccionó con la defensa intransigente de los principios con los que esa sociedad se identifica. En nombre de la lucha contra la islamofobia, el partido del Otro se lanzó contra las causas del acontecimiento en cuanto el «*Al-lahu Akbar*» de los hermanos Kouachi resonó en nuestros oídos. Edwy Plenel, uno de los portavoces más elocuentes y más escuchados de ese partido, citó a Zola: «A fuerza de enseñarle al pueblo un espantajo, terminamos creando el monstruo real». Y concluyó: «Ese monstruo mató a doce personas el 7 de enero de 2015». Traducción: Éric Zemmour, con su libro *Le Suicide français*, Michel Houellebecq, con *Soumission*², la novela en la que contempla una islamización lenta de la sociedad francesa, y yo mismo, con mi *Identité malheureuse*³, hemos «empujado a jóvenes árabes a cometer

la falta», como dice otro miembro del partido, el escritor Laurent Chalumeau. Nosotros somos los incendiarios. Nosotros somos los doctores Frankenstein del terror que azota nuestro país. Y detrás de nosotros está la clase dominante. A partir de todo crimen cometido por un «dominado», el partido del Otro se remonta automáticamente al *crimen original* que constituyó la colonización y que perpetúa el trato que se les reserva a los inmigrados por parte de la Europa poscolonial. Así, Virginie Despentes llora las muertes de *Charlie* y, en el mismo impulso de compasión, absuelve a los asesinos concediéndoles estas palabras desesperadas: «Voy a irrumpir en vuestras putas realidades, que odio porque no solo me excluyen, sino que además me meten en el trullo y condenan a todos los míos al deshonor de una precariedad de plomo».

El razonamiento es idéntico para la nueva cuestión judía. Como escribía en 2003 Edgar Morin, los israelíes «humillan», «desprecian», «persiguen», «guetoízan» a los palestinos, «el pueblo elegido actúa como raza superior» y las instituciones judías, en lugar de denunciar el envilecimiento, hacen gala de una solidaridad incondicional con Israel. Resultado: el antisemitismo se extiende por el mundo árabe-musulmán. El terrorismo es ciertamente condenable, pero es culpa de Francia, es culpa de los judíos que Francia y los judíos sean objeto de un odio criminal.

En el mismo momento en que el intelectual musulmán Abdennour Bidar osa afirmar que los monstruos islámicos nacen en «la prisión moral y social de una religión dogmática, inamovible y a veces totalitaria», el partido del Otro echa el cerrojo a la puerta del penal levantando una lista nominativa de los ofensores del islam.

¹ Citado en Pierre-André Taguieff, *Julien Freund. Au cœur du politique*, La Table ronde, 2008, p. 100.

² *Sumisión*, traducción de Joan Riambau Möller, Anagrama, 2015. [N. de los TT.]

³ *La identidad desdichada*, traducción de Elena-Michelle Cano e Íñigo Sánchez Paños, Alianza Editorial, 2014. [N. de los TT.]

Fractura francesa

EL 11 DE ENERO, CUATRO MILLONES Y MEDIO *de franceses aclamaron a los CRS y cantaron La Marsellesa. Pero es difícil no darse cuenta de que los barrios periféricos no salieron a la calle.*

EL 11 DE ENERO DE 2015, FRANCIA SALIÓ de la posguerra y de los tiempos de irresponsabilidad de los que brillantemente daba testimonio el espíritu del 68. A falta de enemigo real, se contestaba el sistema, se denunciaba la represión, se celebraba la transgresión, la subversión, incluso la locura, y se servía uno mismo en el «almacén de ropa usada» en que se había convertido la historia, para experimentar, sin coste alguno, el escalofrío de la Revolución o de la Resistencia. El paréntesis encantado se cierra. Ya no se grita «CRS = SS», se aplaude a las fuerzas del orden y se canta *La Marsellesa*. Incluso los «espíritus ilustrados» se reconcilian con los «uniformes que velan su sueño» (según expresión de Kipling). Porque Francia descubre de pronto, en la mezcolanza de todas las sensibilidades, que su modo de ser está siendo atacado y puesto en peligro. Al decir «Yo soy Charlie», los manifestantes del 11 de enero defendían el derecho volteriano a la sátira, y también esa forma peculiar y tan preciosa de humor que reside, como dijo Kundera, en «el placer extraño que emana de la certeza de que no hay certeza»⁴. Philippe Lançon, gravemente herido por los kaláshnikov de los hermanos Kouachi, reunió fuerzas para escribir en el hospital un artículo sobre los últimos momentos de *Charlie*, y para recordar «la extraordinaria tradición de la bronca, que va inflándose, inflándose, y que de pronto desinfla una broma de Charb, de Luz o de Wolinski». A sabiendas o no, ese desinflado se inspira en Montaigne: «Es

poner las conjeturas a muy alto precio cuando se asa a un hombre vivo».

El 11 de enero el pueblo se echó a la calle para mostrar su apego a la ironía y al escepticismo. El pueblo, pero no los habitantes de los barrios «conflictivos». Estos, en su gran mayoría, no se desplazaron. Permanecieron al margen de la cosa común. Pasaron de ese raro momento de *amistad francesa*. Las grandes marchas de París y de otras ciudades de Francia fueron mucho menos abigarradas que las celebraciones que vinieron después de la victoria de la selección nacional *black-blanc-beur* en 1998 o de la elección de François Hollande como presidente de la República en 2012. Y los días siguientes, los «jóvenes de los barrios» justificaron su ausencia afirmando ante sus profesores atónitos que «los vengadores del Profeta» eran héroes, muertos con las armas en la mano, o también —tesis cada vez más extendida en la red— que todo este asunto era un complot de Estados Unidos y de Israel para ensuciar el islam...

La modernidad es esa época de la historia en que el ser se convierte en transformable y maleable. En las sociedades democráticas, solo los hechos seguían obstinadamente como eran. La voluntad se apoderaba cada vez más ávidamente del mundo, pero no podía borrar o modificar lo acontecido. Nuestra última revolución tecnológica, internet, ha desmontado el obstáculo. Los acontecimientos ya no son sólidos sino flexibles. Podemos remodelarlos al antojo de las ideologías dándole a esta operación la apariencia desmistificadora de la contrainvestigación. Los antiguos charlatanes reinaban por abuso de confianza. Lo que en nuestros días desvía el juicio es el *abuso de desconfianza*. Y los maestros, equipados para conseguir que la ignorancia recule, están cada vez más desprovistos frente a un pseudosaber imbuido de sus propios hallazgos y orgulloso de no dejarse embaucar.

⁴ Milan Kundera, *Les Testaments trahis*, op. cit., p. 47. (*Los testamentos traicionados*, traducción de Beatriz de Moura, Tusquets, 2003). [N. de los TT.]

Después de Charlie

DESPUÉS DE LOS ATENTADOS *de Charlie y del Hyper Casher*, el presidente de la República y el primer ministro han llamado a sus conciudadanos a sentirse «orgullosos de ser franceses». El 20 de enero, Manuel Valls cambió de registro y denunció «el apartheid territorial, social, étnico» que, según él, hace estragos en los barrios considerados «sensibles». Término este aprobado, según un sondeo, por el 54% de los franceses.

COMO DICE PIERRE MANENT, «lo políticamente correcto es la lengua de la gente que se echa a temblar ante la idea de lo que podría ocurrir si dejaran de mentirse». Francia, bajo el choque de las matanzas de *Charlie Hebdo* y del almacén Hyper Casher de Vincennes, parecía haber salido de la piadosa mentira en que la había mantenido el miedo de hacerle el juego al Frente Nacional y de señalar con el dedo a quienes, por su origen étnico, se ven tratados con más dureza por el paro, la pobreza, las condiciones de hábitat degradadas, y que encima deben padecer los ataques xenófobos.

Cuando los profesores intratables se ven constantemente desmentidos por una institución preocupada sobre todo por no levantar polvo, el Gobierno ha decidido coger a partir de ahora por los cuernos el rinoceronte de la incivilidad. La severidad es lo que priva, y se invita a los enseñantes a no dejar pasar ni una. La laicidad, que hasta ayer convenía flexibilizar, vuelve hoy a mostrar su lado más estricto.

Podríamos felicitarnos por el tardío despertar si el primer ministro no hubiera elegido la palabra *apartheid* para calificar la situación de algunos territorios. Sin querer en absoluto comparar pelo a pelo la Francia de ahora

con la Sudáfrica de antes de Mandela, Manuel Valls entonó, a su vez, la cantinela rousseauiana del asesino inocente y de la culpa del sistema. Después de haber encarnado el partido del sobresalto, validaba, en la estela de la palabra *apartheid*, el argumentario del partido del Otro: la criminalidad, los tráficos, la radicalización islamista, todo eso se explica por la segregación y por la ausencia de una verdadera política de la ciudad. Quien grita: «¡Viva el kalash!», lo que quiere decir de hecho es: «¡Abajo la exclusión! ¡Viva la igualdad real!». Sin embargo, los habitantes de los «barrios sensibles» no solo disfrutaban de todos los atributos de la ciudadanía republicana y de la ciudadanía social, sino que vienen siendo objeto de una solicitud ininterrumpida desde comienzos de los años ochenta. Con la creación de las ZEP (Zonas de Educación Prioritaria) y de las ZUS (Zonas Urbanas Sensibles), cabe incluso hablar a este respecto de «discriminación positiva». Si existen hoy lugares en estado de abandono, se encuentran en la Francia rural o en la Francia profunda. Se han gastado cuarenta mil millones de euros en la renovación de los barrios periféricos y el Gobierno promete seguir en esa misma línea con la tenacidad y los medios que los acontecimientos imponen. Porque prefirió oír a los sociólogos.

La antropología nos ha enseñado que toda experiencia humana se estructura en función de una cultura, es decir, en función de una comprensión colectiva y particular del mundo. La sociología contemporánea, salvo muy raras excepciones, no quiere saber nada de esa aludida realidad ni de las confrontaciones que de ella pueden desprenderse. Esta disciplina, la sociología, solo le admite a la existencia dominantes y dominados, y deduce todos los antagonismos sociales de la diferencia de ingresos, de poder o de saber que se abre entre unos y otros. Solo enfoca la dimensión cultural de los fenómenos como un efecto secundario de las desigualdades. Al final del día 11 de enero de 2015 yo creía que se había terminado la mentira piadosa y el «Ocultad el presente, que no quiero verlo». Esperanza frustrada: los buenos sentimientos son invencibles. Bourdieu sigue amordazando a Lévi-Strauss. La miseria del mundo impide profundizar en la reflexión sobre la conflictividad. Y las primeras víctimas de ese sentimentalismo de pretensiones científicas son los mismos a quienes victimiza al proclamar que su destino está consolidado por una sociedad injusta y hostil. Lo que necesitan imperativamente los hijos

de inmigrantes es hacerse cargo de sí mismos en lugar de instalarse en el resentimiento ya desde su más tierna infancia. Hay que dejar de proporcionarles complacientemente chivos expiatorios. Hay que ayudar al islam a aprovechar este momento histórico para que vuelva a cuestionarse a sí mismo. La cultura de origen puede ser un recurso. Pero ¿por qué tendría que seguir siendo una cárcel?

El atolladero moral de Auschwitz

SETENTA AÑOS DESPUÉS DE QUE *el ejército soviético «liberara» el campo de Auschwitz, el martes 27 de enero, la ceremonia conmemorativa reunió a supervivientes y a numerosos jefes de Estado.*

EN *L'ÉCRITURE DU DESASTRE*, MAURICE BLANCHOT cita la siguiente frase de un miembro de los Sonderkommandos de Auschwitz cuyas notas escritas se hallaron enterradas cerca de un crematorio: «La verdad fue siempre más atroz, más trágica de lo que pueda llegar a decirse». Por eso —escribe Blanchot—, «¿cómo [...] aceptar no saber? Leemos los libros sobre Auschwitz. El deseo de todos allí mismo, el último deseo: sabed lo que ocurrió, no olvidéis, y al mismo tiempo nunca sabréis»⁵.

Yo sé muchas cosas sobre ese período maldito, he leído a Primo Levi, Jean Améry, Imre Kertész, Aharon Appelfeld y las obras de los historiadores. Vi la *Shoah* de Claude Lanzmann, he oído los relatos de mis padres y, a pesar de todos los conocimientos acumulados, me quedé sin palabras cuando vi la serie documental «*Jusqu'au dernier*». *La destruction des Juifs d'Europe* («*Hasta el último*». *La destrucción de los judíos de Europa*'), que se emitió por televisión con ocasión del septuagésimo aniversario del descubrimiento del campo de Auschwitz. ¿Era la primera vez que veía las fotos de niños judíos atemorizados, tomadas por soldados alemanes unos instantes antes de que los ejecutaran, o las imágenes de mujeres medio desnudas, sentadas en una acera y como atontadas por el estupor cuando el pogromo de Lvov? Quizá no. Pero el *déjà-vu* no amortiguaba el golpe. Nada me protegía contra aquel horror insoportable e incomprensible.

Cuanto más sabemos, más se oscurece el misterio de aquel crimen meticuloso y salvaje. La historia, la filosofía, la literatura nos ilustran y se dan de narices. A falta de poder reventar el enigma, Theodor Adorno enunció este nuevo imperativo categórico: «Pensar y actuar de tal manera que Auschwitz no se repita, que nada parecido vuelva a ocurrir», y la Europa poshitleriana ha hecho suya la exigencia bajo la formulación abreviada de «Nunca más». Y se ha decidido poner en marcha todos los medios para que los demonios de Europa no se despierten nunca más.

Lo que esa vigilancia adorniana no había previsto y sigue sin querer tener en cuenta es que en Europa pueda haber no solo demonios sino también enemigos, que esos enemigos detesten por igual a los judíos y que, para justificar su odio, invoquen la injusticia de la que siguen siendo víctimas. Algunos portavoces del «Nunca más» acuden incluso en su auxilio denunciando la estigmatización que los golpea, y así es como el deber de memoria que iba a ser en este siglo XXI la *hermana Ana* de *Barba Azul*, siempre vigilante, funciona como el *caballo de Troya* de la nueva violencia antijudía. En su diario publicado con el título de *L'Ultime Auberge*, Imre Kertész escribe: «Los días miserables del declive de Europa. Europa se rebaja ante el islam, le suplica que le conceda gracia. Un teatro que me asquea. Europa muere por su cobardía, por su incapacidad para defenderse y por el atolladero moral evidente del que no es capaz de salir desde Auschwitz»⁶. Temíamos el olvido, pero el uso que hemos hecho de la memoria, el imperativo categórico enunciado por Adorno es lo que se ha convertido en nuestro atolladero moral.

⁵ Maurice Blanchot, *L'Écriture du désastre*, Gallimard, 1980, p. 131. (*La escritura del desastre*, traducción de Cristina Peretti Peñaranda y Luis Ferrero Carracedo, ed. Trotta, 2015. [N. de los TT.]

⁶ Imre Kertész, *L'Ultime Auberge*, tr. de Natalia Zaremba-Huzsvai y Charles Zaremba, Actes Sud, 2015, p. 245.

El espíritu de penitencia

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA *ha pedido a los franceses que preserven el «espíritu del 11 de enero».* Pero, un mes después del golpe de Charlie, Francia se pregunta sobre los errores que está cometiendo con sus inmigrados.

EL 11 DE ENERO DE 2015 LA GENTE salió en masa a la calle para defender la República y, más allá de la República, la civilización francesa. Menos de un mes después, con el nombre de «espíritu del 11 de enero» y bajo la alta autoridad del jefe del Estado, a la movilización general ha venido a sustituirla la incitación a un *mea culpa* nacional. «¿Qué hemos hecho mal para que nos hayan hecho tanto daño?» Una vez más —empieza a convertirse en una desesperante costumbre—, Francia hace penitencia después de haber sido atacada. Y, a modo de cesura entre un antes y un después del 11 de enero, resurgen viejos conocidos: la exclusión, la segregación, la discriminación, la estigmatización —todos esos «-ción» con los que les han dado en plena cara a los jóvenes de los «barrios desfavorecidos» antes de caer, porque ya no podían más, en la violencia sectaria.

Al día siguiente de las algaradas urbanas de noviembre de 2005, los incendiarios pasaban factura en forma de escrito de quejas y la República pedía perdón jurando por los valores grabados en sus frontispicios que, a partir de ahora, iba a hacer todo cuanto fuera necesario para enmendar sus errores. Vuelta a empezar. Según una dialéctica ya demostrada, la denuncia del fanatismo se revuelve en desaprobación de uno mismo. La República deja de acusar: se acusa, confiesa sus pecados, se cubre la cabeza con ceniza y

promete emprender sin más tardar la vía de la redención. Pero ¿cuál es la falta que ha cometido para que una alumna de último curso del liceo Averroes, de Lille, defienda delante de un profesor de filosofía que «la raza judía es una raza maldecida por Alá»? Al «espíritu del 11 de enero» le gustaría poder incriminar al *apartheid* social, territorial, escolar y a una laicidad demasiado estricta. Pero resulta que el liceo Averroes es un centro escolar privado contratado, nuevecito y bien situado. En lo que yerra la sociología con sus causas inmutables y sus inevitables «efectos bumerán» es, por decirlo con palabras del filósofo Max Horkheimer, en «la no contemporaneidad de los contemporáneos». Creemos que la mundialización económica y tecnológica nos ha metido en la edad de la historia universal. Pero, en este tiempo de la salida de la religión que es el nuestro, se estudia y se admira el desafío de Don Juan a la estatua del Comendador mientras, en caso de ofensa a Dios misericordioso o a su profeta, la simpatía de la mayoría de los musulmanes se dirige espontáneamente hacia la fuerza que castiga al ofensor. Y en vano se les recuerda a los alumnos del liceo Averroes la exterminación de los judíos llevada a cabo por Hitler: cuando no ven en ello un castigo divino, no se sienten concernidos, no es su genealogía, no es su historia.

Dejo a los expertos la tarea de decidir si hay que elegir para los que van llegando la vía de la *integración* o la vía de la *asimilación*. Lo único que yo sé es que los habitantes de un mismo territorio no pueden vivir juntos si sus relojes no marcan la misma hora. La *sincronización* se impone. Y es incompatible con seguir buscando, al ritmo actual, la inmigración de poblamiento. Michel Eltchaninoff se desplazó, enviado por *Philosophie magazine*, a La Villeneuve, barrio de los alrededores de Grenoble que había sido concebido en principio como «un modelo de apertura al prójimo y a la mixidad» y se ha ido convirtiendo poco a poco en étnicamente homogéneo. ¿Por qué semejante fiasco? Porque, según un militante asociativo que se quedó allí, «La Villeneuve es una utopía del Norte poblada por gente del Sur. Nunca se les enseñó vida urbana a unas poblaciones emanadas de la ruralidad. Eso explica que tantas personas tiren la basura por la ventana. En esos países, los espacios públicos están asquerosos mientras que el espacio privado está impecable».

Nadie es por esencia o por fatalidad extraño a la urbanidad francesa. Para

que todos lleguen a ser contemporáneos, sin embargo, no debe seguir aumentando indefinidamente el número de quienes no lo son de partida. O de lo contrario, otra sincronización puede suceder que advenga, esa de la que el papa Francisco da ya ejemplo alineándose, sin dar la impresión de estar tocando la moral cristiana, con el cabezazo de Zinedine Zidane: «Si mi gran amigo habla mal de mi madre, le daré un puñetazo. No se puede insultar la fe de los demás».

Lo trágico de repetición

EL SÁBADO 14 DE FEBRERO, UN *hombre mató a un transeúnte e hirió a tres policías cuando intentaba atacar un centro cultural de Copenhague en el que tenía lugar un debate sobre el islamismo, la libertad de expresión y la blasfemia, en homenaje a Charlie Hebdo y en presencia del dibujante sueco Lars Vilks. A las pocas horas, el mismo terrorista mató a un guardia joven delante de la sinagoga de Copenhague, antes de que a él lo abatiera la policía danesa.*

SE DICE INDISTINTAMENTE «NOTICIAS» e «informativos», pero la actualidad estos últimos tiempos está menos en lo nuevo que en lo *trágico de repetición*. El acontecimiento que acaba de producirse en Copenhague es un calco de las matanzas de *Charlie Hebdo* y del Hyper Casher. Objetivos similares: los ofensores de Mahoma y los judíos. Mismo modo de actuación: el fusil de asalto. Un terrorista tanto más inquietante cuanto que no requiere ninguna competencia especial está asentándose en el Viejo Continente. El espectacular atentado del 11 de septiembre necesitaba de una preparación minuciosa y de un saber hacer fuera de lo común. Basta con estar poseído por el odio y con tener un kaláshnikov para imitar a los hermanos Kouachi. Según Peter Sloterdijk, «este crimen es prueba del hecho de que el *star system* puede desplazarse hacia la criminalidad pseudopolítica. Los autores de la masacre reclaman primero esa parte de la atención pública que solo una acción muy mediatizada puede ofrecer». Es probable que la carrera hacia el martirio y hacia el Óscar de la carnicería no se detenga en Copenhague.

Los dirigentes repiten y seguirán repitiendo mañana que ni hablar de ceder

ante el terror. No olvidemos, sin embargo, que los mismos que proclamaban «¡En pie, República!» el 11 de enero se apresuraron a sentarla en el banquillo para que respondiera del crimen de *apartheid*. Si hay secesión cultural y radicalización política —nos dicen el gobierno político de la nación y el (mediático) de las conciencias—, es por la «guetoización» que padecen los secesionistas. Esos gobiernos, anclados en la certeza de que el mal procede, en última instancia, de la desigualdad, se empeñan en no ver que el islamismo radical es una reacción no ante lo que Occidente tiene de opresivo sino ante lo que tiene de emancipador. La mixidad, por ejemplo, calificada alternativamente de «libertad brutal» y de «mercado de esclavos» por Sayyid Qutb, el gran ideólogo de los Hermanos Musulmanes. Y mientras la izquierda se lanza por la vía de la expiación por los crímenes coloniales de ayer y las discriminaciones de hoy, la derecha y el centro eligen la vía más realista del acomodamiento con una población cuyo peso electoral hay que ir teniendo en cuenta. Michèle Tribalat recordaba recientemente que, para echar a los comunistas del Ayuntamiento de Bobigny, el candidato del UDI (Unión de Demócratas e Independientes) había incluido en sus listas a un miembro de la Unión de Demócratas Musulmanes de Francia, y que este era ahora el encargado de montar un museo de la Historia de la Colonización.

«¡Nada de amalgamas!», se oye decir por todas partes. Participo de esa inquietud, me guardo de confundir islam e islamismo, pero constato que, para impedir el deslizamiento de uno a otro, la política de los países europeos tiende cada vez más y a precio de autocensura a tratar bien la *susceptibilidad* de los musulmanes y a satisfacer sus peticiones. La policía, preocupada por evitar crispaciones, ha dejado de hacer que se cumpla la prohibición del velo integral en los espacios públicos. Y se elevan voces invitando a la República a relajar sus exigencias en nombre de la libertad religiosa, es decir, de los derechos del hombre. Nuestras costumbres poco a poco sacrificadas ante nuestra idea del derecho: tal es el programa.

La política europea de inmigración se basa en la idea de que los individuos son intercambiables. Ve al hombre, venga de donde venga y sea quien sea, a imagen del *soldado desconocido*, aquel «cuya virtud —como dijo Ernst Jünger— reside en el hecho de que puede sustituirse y que detrás de cada muerto el relevo está ya dispuesto⁷». La hecatombe de 1914-1918 nos curó

del nacionalismo y de ir a la guerra cantando, pero no hemos roto con la economía de la sustitución. Hasta la hemos universalizado. La comisión Attali para la liberación del crecimiento francés recomendaba en 2008 «ampliar y favorecer la venida de trabajadores extranjeros» para poner remedio a la escasez de mano de obra. Uno puede hacer las veces de otro y otro de uno: a ojos de quienes cuentan, el mundo es un inmenso depósito de trabajadores desconocidos. Si no la abandonamos, esa antropología desesperante acabará con nuestra civilización.

⁷ Ernst Jünger, *Le Travailleur*, tr. de Julien Hervier, Christian Bourgois, 1989, pp. 194-195. (*El trabajador*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Tusquets, 1990). [*N. de los TT.*]

El nombre que enfada

EL 23 DE FEBRERO, AL EVOCAR *durante una cena del CRIF (Consejo Representativo de las Instituciones Judías de Francia)* la visita que realizó al cementerio de Sarre-Union donde habían profanado tumbas judías, François Hollande se refirió a los autores llamándolos «jóvenes de enseñanza secundaria, franceses de pura cepa, como dicen».

AURÉLIE FILIPPETTI, EXMINISTRA DE Cultura con François Hollande, reaccionó a las palabras del presidente de la República enviando a las redes sociales un indignado mensaje: «Más que una torpeza, un error. Camus: “Nombrar mal las cosas es sumar a la desgracia del mundo”». Pero ¿con qué vocablo designar a todos los que no pueden presumir de un patronímico de consonancia extranjera? Lo que ocurre precisamente es que no hay que designarlos. Designar es distinguir, y la distinción conduce a la selección, de siniestra memoria. Es ciertamente lícito e incluso recomendable establecer la diferencia entre una vaca de las Landas y un hipopótamo de África, porque ningún hipopótamo se sentirá molesto por no ser una vaca landesa. Pero en el mundo de los hombres las cosas no son en modo alguno así. Al decir «francés de pura cepa», donde convenga o donde no, se atenta contra la igualdad de los ciudadanos. De modo que no hay que nombrar las cosas, porque *nombrar las cosas es sumar a la desgracia del mundo*. La indiferenciación reina bajo la égida del antirracismo y la vida se alinea según el modelo de la fosa común.

Ese fanatismo por lo Mismo lleva al director de *Charlie Hebdo* a escribir lo siguiente: «Claro que existe un régimen de segregación en Francia, y golpea a los que se ha agrupado bajo la apelación reductora —y discriminadora— de

“musulmanes de Francia” o, peor aún, “franceses de origen musulmán”. Se ha asignado a más de cuatro millones y medio de individuos a la confesión que se les supone». Así es que la religión de la humanidad confía al lenguaje este extravagante mandato: no ya que no vuelva a aparecer la pluralidad humana, sino hacerla definitivamente invisible.

Y la portada del semanario satírico en el que se publicó el mencionado artículo representa al perrito de *Charlie* perseguido por una jauría de molosos furibundos: un obispo, un islamista, un representante de la «Manifestación para todos», capitaneados por Nicolas Sarkozy y Marine Le Pen. «Vuelta a empezar», dice el texto. Así es, el paréntesis se cierra. El espíritu del 11 de enero se aleja. Todo vuelve al orden de la vieja división interna: la movilización nacional contra la nueva amenaza cede el paso al inamovible enfrentamiento con el cabrón de siempre. El facha: ese es el enemigo. Los que proclamaban: «Yo soy *Charlie*» pensando que acababa de ocurrir algo se sienten timados. La guerra de Troya no ha tenido lugar, les dicen ahora sus primeras víctimas.

«El oso y el amante de los jardines»

EL 4 DE MARZO, EL CONSEJO DE EUROPA *condenó a Francia porque su legislación «no prevé una prohibición suficientemente clara, obligatoria y precisa de los castigos corporales a los niños»*; dicho de otro modo, *porque no prohíbe el azote.*

LA PSICOANALISTA FRANÇOISE DOLTO decía en una entrevista ya antigua que un cachete era mucho menos pernicioso que unas palabras escogidas para hacer daño. Pero el Consejo de Europa, al igual que las feministas que criminalizan la galantería, es decir, la civilización, para combatir mejor la barbarie de la violación, proclamando que «Hola, guapa» es una observación sexista, ha adoptado la teoría de la *pendiente resbaladiza*. El azote —dice— debe ser abolido en todos los países del Viejo Continente, porque con ese gesto aparentemente anodino es como empieza el calvario de los niños maltratados. Europa era, hasta no hace mucho, el amante de los jardines. Hoy se ha convertido en el oso que «agarra un adoquín, lo lanza con fuerza» y le abre la cabeza al viejo dormido para espantar la mosca que se le había posado en la cara.

La buena muerte

DE CONFORMIDAD CON LA *propuesta electoral n.º 21 del candidato Hollande, la Asamblea Nacional francesa adoptó el 17 de marzo la ley sobre el final de la vida, presentada por los diputados Jean Leonetti (UMP) y Alain Claeys (PS). El texto, que autoriza el recurso a «una sedación profunda y continuada» hasta el fallecimiento, inquieta a los adversarios de la eutanasia y decepciona a sus partidarios.*

POR MUCHO QUE HAGA EL *Homo festivus*, la muerte no será nunca leve. Nada —ni religión ni morfina— podrá aplacar el escándalo que provoca. «Dios también le temió a la muerte», le dice Nearco a Poliecto que se apresta para el martirio. «Cuando se trata de perecer —comenta Péguy—, el cuerpo entiende muy bien que se acabó la broma. Un instinto profundo le advierte, un secreto instinto orgánico, que va en serio, que se trata incluso de morir. [...] Entonces, el cuerpo se rebela. Se defiende. No es justo. No es orgánicamente justo. Y el cuerpo del santo no se rebela menos que el cuerpo del pecador⁸». Además, existe una diferencia abismal entre morir y estirar la pata, y también entre despedirse uno de los suyos y fallecer solo, entubado, en el triste anonimato de una habitación de hospital. La civilización, es decir, el ordenamiento de la existencia humana, debe poder integrar el paso de la vida a la muerte. Inicialmente, por otra parte, el proyecto moderno de dominio de la naturaleza para la mejora del destino humano tenía esa ambición. «Entiendo —decía Francis Bacon, primer redactor de ese gran proyecto— que es tarea del médico no solo que el enfermo recupere la salud, sino también atenuar sus sufrimientos y sus dolores. Y eso no solamente cuando ese alivio es propicio

para la curación, sino cuando puede ayudar a fallecer apacible y fácilmente»⁹. Bacon vivía, para su desgracia, en tiempos de los Diafoirus, y la medicina, desde entonces y bajo su impulso, ha hecho milagros. Mejor que ninguna otra tecnociencia, ha transportado al presente, por parafrasear a Balzac, «lo que nos aguardaba más allá del réquiem», ha repatriado a la tierra la esperanza de los hombres: la salud ha desterrado a la salvación; y la longevidad del cuerpo, a la inmortalidad del alma.

Pero está la otra cara de la moneda, una Némesis del progreso. En un cuerpo convertido en aparato, todo puede repararse, todo puede sustituirse, menos el cerebro. Como aún no es posible trasplantar el encéfalo, «la medicina moderna engendra discapacitados», según escribe Anne-Laure Boch, neurocirujana del hospital parisino de la Pitié-Salpêtrière¹⁰. La promesa de longevidad encierra ahora, para todos y cada uno, la amenaza de convertirse en un «nonagenario demente». Una vez superados los 50 años, todo fallo de memoria nos hace pensar en la enfermedad de Alzheimer. Ya no somos únicamente seres «para la muerte», como sostenía Heidegger, sino seres para la demencia senil y su terrible tríada: apraxia, afasia, agnosia. Un paciente apráxico es incapaz de llevarse un vaso de agua a los labios. A un paciente agnósico lo perturba el trozo de carne que tiene en el plato y como ya no sabe para qué sirve un tenedor puede perfectamente utilizarlo para peinarse. Su sintaxis, finalmente, puede llegar a ser incomprensible. Así, muchos son los ancianos que mueren atados porque pesa permanentemente sobre ellos la tentación de arrancarse la sonda gástrica que los alimenta. ¿Es eso lo que deseamos para nosotros y para nuestros allegados?

En su libro *Je vous tiendrai la main. Euthanasie, travaux pratiques*, Paulina Dalmayer reproduce esta desgarradora carta que recibió un médico belga: «Vivo sin esperanza, sin pasado, sin memoria, sin futuro. Padezco alzhéimer. Voy perdiendo poco a poco el uso de la palabra [...]. Me muero un poco cada día [...]. No pertenezco a un dios. Soy libre. Pienso en el suicidio asistido. Lo he solicitado porque estoy cansada. He hecho mis deberes con la sociedad. Todo el mundo, rico o pobre, puede enfermar de alzhéimer»¹¹. Y en una postal que le manda un poco después, esa mujer al cabo de sus fuerzas le escribe al médico que, si no acepta, intentará estrellarse con el coche contra un muro. No sé lo que ha sido de ella, pero pienso, al leer lo que escribió, en

el editor Charles Ronsac, que, en un programa de televisión, se felicitaba por haber tenido en su casa a su mujer, afectada de esa patología neurodegenerativa, y que decía —sin captar el alcance de la revelación— que tenía que estar continuamente vigilándola porque aprovechaba la más leve falta de atención para encaramarse al balcón e intentar lanzarse al vacío. Y pienso, *a contrario*, en el escritor belga Hugo Claus, lúcido por encima del atontamiento hacia el que tendía, y que pudo interrumpir el proceso destructor del alzhéimer descorchando una botella de champán con su mujer justo antes de que le pusieran una inyección letal, en una clínica autorizada. Me gustaría poder acogerme, en su caso, a esa posibilidad y que los médicos que hoy me la niegan envolviéndose en el juramento hipocrático o en el quinto mandamiento olviden que la moral no es la preocupación por la moral, es la preocupación por el prójimo. Cuando no puede hacerse nada mejor por el prójimo sino ayudarlo a morir, hay que ayudarlo a morir. «Es inconcebible — escribe George Steiner— que pueda mantenerse en vida, aunque no quieran, a quienes solo les queda como única esperanza dejar la vida. Me parece de un sadismo espantoso»¹². «Sadismo» es una palabra fuerte, pero no es realmente dar prueba de solicitud prolongarle la vida en contra de su voluntad al ser a quien se le anuncia su ineluctable declive o concederle, como permite hoy la ley, una sedación profunda y continuada dos semanas antes del gran sueño. «Hay un límite más allá del cual no hay que seguir», escribe Kertész en *L'Ultime Auberge*¹³. ¿Por qué tantos hombres de ciencia, aliados para tal ocasión con los hombres de fe, quieren por encima de todo impedir que los condenados tracen ellos mismos ese límite?

Aspirar a morir dignamente no significa en modo alguno que los tullidos o los incapacitados sean indignos de vivir. Pero si la dignidad igual de todos los individuos no se discute, queda lo que se debe uno a sí mismo y a sus más allegados. Mis padres resumían su moral con este imperativo: «¡Sé un *Mensch!*!». No soy lo bastante fatuo como para desear que mi muerte sea de lo más vistoso, pero querría poder ser un *Mensch* hasta el final y me gustaría que la medicina me ayudara.

⁸ Charles Péguy, *Dialogue de l'histoire et de l'âme charnelle*, en *Œuvres en prose*

complètes, t. III, *op. cit.*, pp. 725-726. (*Verónica: diálogo de la historia y del alma carnal*, traducción de Sebastián Montiel Gómez, Nuevo Inicio, 2008. [N. de los TT.]

[9](#) Francis Bacon, *Du progrès et de la promotion des savoirs*, tr. de Michèle Le Dœuff, Tel, Gallimard, 1991, p. 150. (*El avance del saber*, traducción de M.^a Luisa Balseiro Fernández-Campoamor, Alianza Editorial, 1988. [N. de los TT.]

[10](#) Anne-Laure Boch, «Quand la médecine engendre des handicapés», *Le Débat*, n.º 174, marzo-abril de 2013, Gallimard, p. 146.

[11](#) Citado en Paulina Dalmayer, *Je vous tiendrai la main. Euthanasie, travaux pratiques*, Plein Jour, 2015, p. 95.

[12](#) George Steiner y Laure Adler, *Un long samedi. Entretiens*, Flammarion-France Culture, 2014, p. 166.

[13](#) Imre Kertész, *op. cit.*, p. 36.

Cuando el antirracismo pierde la cabeza

EL VIERNES 17 DE ABRIL, *Manuel Valls* desveló en Créteil su plan contra el antisemitismo y el racismo, plan que apunta a romper con la «impunidad numérica». A partir de ahora, los delitos de opinión no estarán sometidos a la ley de prensa de 1881, sino que serán competencia del ámbito penal, lo que significa que el régimen de sanciones para las expresiones racistas quedará ampliamente alineado con el que se refiere a los actos.

NO SOY UN PARTIDARIO INCONDICIONAL de la libertad de acción: al igual que la censura, su gran enemiga, esa libertad tienen su parte de sombra. Incluso tiene las manos manchadas de sangre. Una expresión desbocada fue lo que empujó a Roger Salengro al suicidio. Ser libre para decir lo que a uno se le pasa por la cabeza o tiene en el corazón no puede significar que se tenga derecho a difamar, a injuriar, a falsear, a inducir al crimen, a arrancar el velo que separa la vida pública de la vida privada. «Un hombre se reprime», dijo Camus, y si no se reprime solo, hacen falta leyes para obligarlo y castigarlo. No hay democracia sin libertad. No hay civilización sin una práctica iluminada de la censura, como lo demuestra *a contrario* la bárbara anarquía que causa estragos en la red.

Pero el plan de lucha contra el racismo y el antisemitismo que acaba de anunciar Manuel Valls presenta el grave inconveniente de suprimir las protecciones específicas de la ley de prensa —en lo concerniente a la prueba, la ausencia de comparecencia inmediata y los plazos de prescripción más cortos— en el mismo momento en que el antirracismo pierde la cabeza y se libera del sentido común. Hoy se es racista en Francia por un quítame allá

esas pajas. Charb estaba acusado de racismo porque se había burlado de quien hasta los no musulmanes de hoy llaman con devoción «el Profeta» y porque se negaba obstinadamente a aplicarle a la palabra «laicidad» un epíteto apaciguador.

Según el filósofo Jacques Rancière, a quien se entrevistó en *L'Obs*, nos equivocamos al centrarnos en el Frente Nacional. Desde hace unos veinte años —dice— «los argumentos de la xenofobia y del racismo vienen de determinados intelectuales de la izquierda llamada “republicana”». En *Le Monde*, Claude Askolovitch afirma remitiéndose a las pruebas que el perverso genio identitario de Nicolas Sarkozy, el que le dio un contenido étnico y nacionalista a su definición del ideal republicano, no fue su exconsejero maurrasiano Patrick Buisson, fue Régis Debray (y muy incidentalmente yo mismo). También están amenazados de exclusión de la comunidad humana quienes se preguntan en voz alta sobre los problemas que plantean en Europa el islam y la inmigración. En nombre del undécimo mandamiento: «No harás amalgamas», los arrastran por el fango y los llevan a los tribunales. Aplicada al Otro, toda generalización se convierte en racista: ningún concepto puede englobar a los individuos.

Aplicada al Mismo, por el contrario, la amalgama se hace lícita e incluso se le da la bienvenida: todos racistas, todos opresores. El furor monótono del rap ignora a los individuos, solo conoce a los «caras de tiza», es decir, los representantes de una especie nociva. Valgan unas cuantas muestras de esa poesía incandescente sacadas del libro de Christian Godin *La Démoralisation* y del número de *L'Obs* en que se expresaba Jacques Rancière. Salif: «Arde Poitiers y esta vez sin Carlos Martel. Francia salta en pedazos, ¿te has enterado del concepto?». Lunatic: «Vota y llevamos los cerdos a la morgue»¹⁴ (los cerdos, como todo el mundo sabe o debería saber, son los no musulmanes). Booba: «Doblada nos la han metido los colonos. Pues ahora va a ser al revés. Con Francia abierta de piernas, le doy por culo sin vaselina», etc.

Tras su canción *Nique la France*, se presentó una demanda contra Saïdou, otro rapero, ante la Sala de lo Penal n.º 17, por injuria pública de carácter racial. «Tu país apesta, es racista y asesino», declamaba: «Maestrillo de segunda / pura cepa de francés / Ya está bien con tu arrogancia / Cierra el pico

de una vez»; y «Lo que pienso / de su identidad nacional / de su Marianne, de su bandera, de su himno cutre / si prefieres un dibujo / que puede ser indecente / verás que me limpio el culo / con sus símbolos de mierda». Estribillo: «Jode a Francia, jódela y a su ayer colonialista / sus olores, sus relentes / su reacción paternalista / Jode a Francia, jódela y a su historia imperialista / a sus muros, sus murallas, delirios capitalistas». Lo pusieron en libertad; el tribunal entendió que la noción de racismo antiblancos «no abarca ninguna realidad legal, histórica, biológica o sociológica», que «lo blanco de la raza blanca no es de ninguna manera un componente jurídico de la cualidad de francés» y que «los franceses blancos llamados de pura cepa no constituyen un grupo de personas». De modo que puede agredirse impunemente a los «caras de tiza» y amenazarlos con el infierno: la justicia los ha marcado con el sello de la inexistencia.

En el mismo momento en que el Gobierno está montando un plan de lucha contra las palabras infames, el racismo antirracista se desarrolla plenamente y se propaga con todas las bendiciones de la ley.

[14](#) Citado en Christian Godin, *La Démoralisation*, Champ Vallon, 2015, pp. 173-174.

La revocación de la promesa

EL CONSEJO SUPERIOR DE EDUCACIÓN adoptó el 10 de abril una reforma de los colegios que afecta a los programas, las prácticas de enseñanza y la organización pedagógica. Najat Vallaud-Belkacem, ministra de Educación, dirigió una carta al conjunto de profesores de colegio defendiendo la reforma en cuestión, que empieza a suscitar una movilización de profesores, en particular de alemán, latín y griego, materias cuyos horarios se verán reducidos.

NO SIEMPRE LO PEOR ES CIERTO; el adagio que nos ha legado la sabiduría de las naciones acaba de enriquecerse con un nuevo sentido: no es cierto que lo que nos parece que es lo peor sea de verdad lo peor. La reforma de los colegios que propone Najat Vallaud-Belkacem, la nueva ministra de Educación Nacional, realiza la increíble proeza de agravar aún más el actual desastre de la escuela. Para combatir las desigualdades, ya se integraba a los alumnos más flojos en las clases más aventajadas y, en un segundo momento, se revisaban a la baja las exigencias para acomodarlas a sus capacidades. La reforma suprime las últimas excepciones selectivas a esa regla compasiva e implacable. Todas las salidas de emergencia, como, por ejemplo, las clases bilingües o la enseñanza optativa del latín, quedan ahora taponadas. La Educación Nacional francesa acaba de tomar las medidas necesarias para que nadie, a partir de ahora, pueda esquivar el sistema. La trampa de la nivelación se cierra y a eso lo llaman reforma.

Como quiera que los sociólogos, por añadidura, nos han enseñado que los hijos de la burguesía tenían acceso por derecho de nacimiento a esa cultura

que la escuela debe por misión transmitir a la mayor cantidad de gente posible, la institución ha elegido zanjar el problema a base de bisturí: ha procedido a la ablación pura y dura de esa cultura. Por decirlo de otra manera, la escuela se ha convertido en una permanente *noche del 4 de agosto* de lo que Malraux llamaba «la herencia de la nobleza del mundo». Y, una vez liquidada la herencia, esta es la lista de objetivos asignados a las clases de Francés de ciclo (alumnos entre 13 y 15 años): «Buscarse, construirse; vivir en sociedad, participar en la sociedad; observar el mundo, inventar mundos; actuar en el mundo». La literatura ha desaparecido y, con ella, la cultura general, destronada por una cultura común hecha con todo lo que el «joven» necesita para orientarse en su entorno. Y François Dubet, uno de los iniciadores del cambio, advierte: «No puede concebirse que determinados alumnos tengan más cultura común que otros»¹⁵. Se cuenta con el trabajo en equipo para normalizar a los que aún infringen la regla.

La víspera de la Liberación, Marc Bloch escribía: «Pedimos una enseñanza secundaria muy ampliamente abierta. Su función es formar a las élites, sin acepción de origen o de fortuna. A partir del momento en que deba dejar de ser (o de volver a ser) una enseñanza de clase, se impondrá una selección»¹⁶. Decir semejantes cosas hoy es pasar por un *ci-devant*. La República, con su elitismo severo, se asimila al Antiguo Régimen. De reforma en reforma, ha ido quedando progresivamente desalojada de la escuela cuyo nombre aún lleva.

La República, hija de la Revolución, pero enemiga de la quimera del Hombre nuevo, afirmaba, con Hegel, que «lo que es deseable es inversamente proporcional a la proximidad en la que se encuentra y que lo une a nosotros». De ahí deducía que «la juventud se representa como una oportunidad de dejar su casa y de vivir en una isla lejana»¹⁷. Y consideraba cuestión de honor ofrecerle esa oportunidad. A partir de ahora, ya no se trata de largar amarras. La escuela democrática, sin dejar de profesar con ardor el culto al Otro, proscribía bajo el nombre de aburrimiento ese gran extrañamiento que supone el contacto frecuente con las obras maestras del pasado. A los profesores que persisten en concebirse a sí mismos como «los representantes de los poetas y de los artistas, de los filósofos y de los sabios, de los hombres que han hecho y que mantienen a la humanidad»¹⁸, la nueva escuela les ordena sin contemplaciones que se bajen del pedestal y que opten por problemáticas

cercanas a los alumnos. Partiendo del principio de que únicamente lo familiar puede suscitar interés, esa escuela deja plantados a los muertos. Incluso ha dado con un maravilloso remedio para esa antigualla desigualitaria de la clase magistral: la interdisciplinariedad. En el telediario pusieron no hace mucho como ejemplo a un profesor de Francés y a un profesor de Español que invitaban juntos a sus alumnos a redactar un panfleto sobre las virtudes del desarrollo sostenible. Donde había obras, ahora hay panfletos; donde había transmisión de conocimientos, se montan proyectos lúdicos y comprometidos. En el aula donde se expandía la palabra del maestro, los alumnos se sensibilizan sobre los males del planeta, aglutinándose en grupitos alrededor de una pantalla. Y los padres, ganados cada vez más por la *inseguridad escolar*, se equivocan cuando se alarman: es cosa moderna y es por una buena causa.

Se equivocarían también si creyeran que el pasado está olvidado: está pegado a la actualidad o, más exactamente, a la ideología del día. Así, no solo le hacemos un sitio a la historia del islam de conformidad con la diversidad actual y futura. La enseñanza en los colegios y en los liceos también se propone luchar contra los fantasmas «islamófobos» mediante una presentación embellecida de la religión y de la civilización musulmanas: se recibe bien a los conquistadores musulmanes, las mezquitas son lugares de vida, los califas están al servicio de la ciencia, los poetas escriben poemas de amor... El objetivo ya no es instruir a los alumnos, sino adoctrinarlos para que estén mejor predispuestos. Al abordar la historia de los siglos XVIII y XIX desde el punto de vista «Un mundo dominado por Europa: imperios coloniales, intercambios comerciales, trata de negros», se espera que el nuevo público escolar encuentre su *self-esteem*, que el viejo pierda su arrogancia y que así queden zanjados los problemas de vivir juntos. La escuela de los saberes existió. Viene a sucederla, entre mala conciencia y conmiseración, la escuela de la terapia por la mentira. Y cada vez más, será en los centros privados no contratados donde hallarán refugio la exigencia y la exactitud, sistemáticamente escarnecidas por el celo misericordioso de la Educación Nacional.

Élisabeth de Fontenay me hizo descubrir un día estos magníficos versos de Ósip Mandelshtam:

*¿Acaso entregaré a la infame habladuría
(el frío huele a manzana otra vez)
el maravilloso juramento al cuarto estado
y las promesas, solemnes hasta llorar?*¹⁹

La izquierda, para mí, es antes que nada esa promesa de abrir a la mayor cantidad de gente posible el tesoro de las humanidades y la herencia de la nobleza del mundo. Ahora bien, ¿qué hace la izquierda actual? En el momento en que la derecha directiva abandona esa herencia en nombre de la utilidad y de la adaptación al mundo que viene, la sustituye por el catecismo antirracista y, a modo de igualdad, se fija la mediocridad para todos como objetivo final. Y, confundiendo lo espléndido con el oropel, propone incluso, por boca del primer ministro, «integrar en nuestras escuelas el arte de la improvisación de Jamel Debbouze». Y el presidente de la República no le va a la zaga. Llama brutalmente al orden a quienes, como Orfeo, se vuelven hacia el tesoro de las sombras queridas: «Francia no es una nostalgia; Francia es un futuro; Francia es una suerte», declaró un domingo en televisión. El francés que utiliza deja bastante que desear, pero el mensaje es claro y da lugar a una pregunta: ¿qué sentido tiene seguir diciendo que uno es de izquierdas? Enarbolar ese estandarte después de la revocación de la promesa ya no es comportarse como ciudadano, sino como hinch. A pesar de Qatar, sigo estando resuelta y absurdamente unido al Paris-Saint-Germain. Pero para que siga afiliado a la izquierda estampillada, esta debería ser para mí una especie de PSG. La idea que me hago de la política es otra.

¹⁵ François Dubet y Marie Duru-Bellat, *L'Hypocrisie scolaire. Pour un collège enfin démocratique*, Seuil, 2000, p. 176.

¹⁶ Marc Bloch, «Sur la réforme de l'enseignement», en *L'Histoire, la Guerre, la Résistance*, *op. cit.*, p. 788.

¹⁷ G. W. Hegel, *Textes pédagogiques*, tr. de Bernard Bourgeois, Vrin, 1978, p. 85. (*Escritos pedagógicos*, traducción de Arsenio Ginzo, Fondo de Cultura Económica de España, 1991. [N. de los TT.]

¹⁸ Charles Péguy, *De Jean Coste*, en *Œuvres en prose complètes*, t. I, *op. cit.*, p. 1057.

[19](#) Traducción de Olga Korobenko. [*N. de los TT.*]

El «polémico Todd»

EN *QUI EST CHARLIE?*, QUE se publicó el 6 de mayo en Seuil, Emmanuel Todd afirma que el 11 de enero millones de franceses se reunieron para «blasfemar [...] contra Mahoma, personaje central de la religión de un grupo débil y discriminado». En la portada del 30 de abril de *L'Obs*, el mencionado demógrafo afirma: «El 11 de enero fue una impostura».

ME GUSTARÍA NO HABLAR NUNCA sino de libros que me elevan o de los que me instruyen refutándome. Y a menudo he podido comprobar la pertinencia de la observación de Montaigne: «Igual que nuestro espíritu se fortalece gracias a la comunicación con los espíritus vigorosos y razonables, tampoco cabe decir cuánto pierde y cuánto se envilece con el comercio continuo y con la frecuentación que tenemos con los espíritus bajos y enfermizos». Pero, como trabajo siguiendo la recomendación de Péguy «en las miserias del presente», no tengo libertad para elegir los temas, que se me imponen forzando la puerta. Desde la página de portada de *L'Obs*, el «polémico Todd» ha irrumpido en mi vida y me veo constreñido a reaccionar por la violencia de lo que dice y por el muy sorprendente apoyo de un semanario cuyo titular era, al día siguiente de la gran manifestación del 11 de enero, «¡Sigamos en la lucha!».

Para Todd, aquella manifestación fue una impostura: «Millones de franceses se echaron a la calle para definir como necesidad prioritaria de su sociedad el derecho a escupir a la religión de los débiles»²⁰. Esos «millones de franceses» creían que al decir «Yo soy Charlie» estaban defendiendo la laicidad, la República y la libertad de expresión cuando las propias caricaturas de Charb y de los suyos tenían mucho que ver con «la incitación al

odio religioso, étnico o racial». Emmanuel Todd, que es (*sic*) «ingeniero de investigación en el INED (Instituto Nacional de Estudios Demográficos)», ha descubierto, por ende, que la movilización se ha multiplicado por dos, con la Francia de tradición atea y revolucionaria y con la Francia históricamente *antidreyfusarde*²¹, petainista y antirrepublicana: el Oeste, una parte del Macizo Central, la región de Ródano-Alpes, el Franco Condado. Los habitantes de esas zonas, durante mucho tiempo cobijadas bajo el manto de la Iglesia, se sienten hoy angustiados, desorientados —unos «católicos zombis», dice Todd—. Y encuentran en el islam el chivo expiatorio de su dificultad de ser. En resumen, Todd hace caso omiso de los motivos explícitos de los manifestantes: para él, «Yo soy Charlie» quiere decir: «Yo soy racista». Sabe mejor que nosotros quiénes somos y qué es lo que nos lleva a actuar, porque es sociólogo. Y, como escribe Manent en *La cité de l’homme*, para que la ciencia social sea posible, «es necesario que la razón quede apartada de las acciones humanas reales, y concentrada en la mirada del espectador sabio. Así ha quedado desgarrado el tejido de la implícita deliberación común que une todo hombre a los hombres a quienes quiere comprender»²².

Pero el sociólogo no es el único personado. Si toda una izquierda militante, periodística e intelectual, aplaude al «espectador sabio» es porque, ratificando así el diagnóstico ya antiguo de Orwell, es antifascista, no es antitotalitaria. Como Hitler era en otro tiempo el único objeto de su resentimiento, esta izquierda callaba los crímenes de Stalin, cuando no lo miraba con ojitos amorosos. Después de 1945, el antifascismo y el comunismo llegaron incluso a confundirse. Según lo recuerda François Furet en *Le Passé d’une illusion*, «los comunistas ya no quisieron más territorio político para su acción que ese espacio de dos dimensiones, o más bien dos polos: uno configurado por “los fascistas” y el otro por ellos mismos»²³. Por efecto del empuje de la disidencia, no obstante, una izquierda antitotalitaria salió a la palestra y *Le Nouvel Observateur* de Jean Daniel fue uno de sus bastiones. Esa izquierda gritó victoria en 1989, cuando cayó el muro de Berlín. En realidad, cayó con él: no sobrevivió al comunismo. Con la subida espectacular del Frente Nacional, la izquierda antifascista es la que, bajo el estandarte de la lucha contra el racismo, ha venido otra vez a ocupar su sitio. Desde su punto de vista, el principal peligro no era el islamismo, era la islamofobia; no era el

odio creciente contra Francia en Francia, era la «lepenización de los ánimos». El discurso quedó tocado después de los atentados contra *Charlie Hebdo* y contra el Hyper Casher de Vincennes. Y el antitotalitarismo inspiró las manifestaciones que luego vinieron. Ningún grito de odio, ningún lema insultante, ningún movimiento de masas, sino un «no» disciplinado a la violencia islamista y un «sí» incondicional a los lápices.

El antifascismo, sin embargo, nunca se dio por vencido. Ya al día siguiente de la oleada terrorista, se remontaba a las causas y denunciaba la exclusión. Con el libro de Todd y su estruendosa acogida, se ha dado un paso más: las víctimas de los hermanos Kouachi se han convertido en los verdaderos culpables y unos cuantos millones de manifestantes han quedado incorporados de golpe y porrazo a la lista negra de los racistas franceses.

Frente a las acusaciones de una izquierda que el desmentido de los hechos ha llevado a la demencia, mi única y triste esperanza está depositada en la constatación de que un escándalo barre a otro y que, como dijo Octavio Paz, a todos los aguarda «el Gran Bostezo, anónimo y universal, que es el Apocalipsis y el Juicio Final de la sociedad del espectáculo»²⁴.

²⁰ Emmanuel Todd, *Qui est Charlie? Sociologie d'une crise religieuse*, Seuil, 2015, p. 87.

²¹ En francés surgieron tres términos (con sus correspondientes anti-):

Dreyfusards: los que, entre 1896 y 1899, airearon públicamente las circunstancias que rodearon el proceso de 1894, con la intención de demostrar amaño y, de ahí, la inocencia de Dreyfus.

Dreyfusistes: los que entienden el caso Dreyfus como una referencia para dar forma a otra manera de hacer política.

Dreyfusiens: los que, en diciembre de 1898, defienden a Dreyfus con la intención de liquidar el asunto, que empieza a amenazar el régimen parlamentario.

En español solo se ha utilizado *dreyfusista* o se han mantenido, según los casos, los términos franceses. Por esto último es por lo que nos decidimos aquí, para que se perciban mejor las opciones de Alain Finkielkraut (véase el artículo de Louise Salmon «Gabriel Tarde et l'Affaire Dreyfus» [diciembre 2005], en *Champ pénal*, <http://champpenal.revues.org/447>). [N. de los TT.]

²² Pierre Manent, *La Cité de l'homme*, Fayard, 1994, p. 108.

[23](#) François Furet, *Le Passé d'une illusion*, en *Penser le XX^e siècle*, col. «Bouquins», Robert Laffont, 2007, p. 908.

[24](#) Citado en Mario Vargas Llosa, *La Civilisation du spectacle*, Gallimard, 2015, p. 51. (*La civilización del espectáculo*, Debolsillo, 2015). [N. de los TT.]

Después de la victoria, sigue la lucha

«NOSOTRAS, MUJERES PERIODISTAS POLÍTICAS y víctimas del sexismo...»: unas cuarenta periodistas firmaron un manifiesto contra el sexismo, que se publicó el 5 de mayo en primera plana del diario *Libération*.

SIMONE DE BEAUVOIR ESCRIBÍA en su *Segundo Sexo*: «La disputa durará mientras los hombres y las mujeres no se reconozcan como semejantes»²⁵. Ahora bien, ese reconocimiento ya se ha dado: las mujeres han dejado de estar confinadas en el hogar y de verse condenadas a oficios subalternos. Abogada, arquitecta, diplomática, médica, magistrada, ministra: las grandes profesiones y las más altas funciones les están abiertas. Se divorcian sin chocar contra ningún obstáculo, la procreación es hoy una elección, no un destino. En resumen, una verdadera revolución de las costumbres lo ha cambiado todo en unos decenios. Y, sin embargo, la disputa continúa. Por lo que se oye a algunas feministas, el orden patriarcal aún perdura, está incluso más vivo que nunca. Lo que tiene en común este feminismo con el antifascismo es que se trata de un combate que se libra después de la victoria.

He leído con toda atención la llamada a conseguir que cambie el comportamiento de los hombres públicos, divulgada en el diario *Libération*. No niego en modo alguno que hay hombres en posición de poder que expresan en ocasiones ideas impropias o se permiten gestos fuera de lugar. Pero, al leer los ejemplos que se dan en el manifiesto, tenemos la impresión de que todo lo que antes pertenecía al registro de la galantería y que hacía de Francia, en expresión de Hume, «el país de las mujeres» depende hoy en día, tanto en Francia como en América, del sexismo. Si he comprendido bien, esas

periodistas querrían que los hombres a quienes entrevistan no las percibieran nunca como a mujeres, no se sintieran turbados por su gracia, no se permitieran la más mínima referencia a su elegancia, en una palabra, que la feminidad en ellas no fuera un obstáculo para la similitud.

Había antes hombres y mujeres; hoy, solo debería haber seres humanos. La gnosis igualitaria pretende la instauración de una sociedad sin concupiscencia e incluso sin ambigüedad. «¡Quietas las manos!», dicen todas. Pero lo que las horripila son las miradas, son las deferencias, son las alusiones, y eso es lo que quieren abolir. De ahí esta frase terrorífica: «Mientras la política esté muy mayoritariamente en manos de hombres heterosexuales más bien sexagenarios, nada cambiará». Hay mujeres que aspiran hoy a que haya cada vez más homosexuales en la política, porque están convencidas de que a estos podrán cuestionarlos sin que «les echen el ojo» o intenten gustarles. Con los homosexuales —piensan estas mujeres— la seducción dejará de estar presente en la conversación y de perturbarla. Hay mujeres que también protestan contra la edad de aquellos a quienes tienen encargo de seguir y de entrevistar. «Sexagenarios», dicen.

En los años noventa del siglo XX, las universitarias americanas les declararon la guerra a los DWEMS (*Dead White European Males*). Solo era el principio. La lucha sigue y apunta ahora a los *Old European Males*. Después de los muertos, les toca el turno a los que tienen ya un pie en la sepultura. Viejo quiere decir libidinoso, viejo quiere decir también vestigio de la antigua sociedad corrompida, opresiva, desigualitaria. Nuestro mundo, imbuido de sus innovaciones tecnológicas como de sus progresos «sociales», combate todas las discriminaciones y, al propio tiempo, hace que la *gerontofobia* sea no solo legítima sino también obligatoria. Mientras unas periodistas se rebelan contra la presencia de sexagenarios en la vida pública, Emmanuel Todd, para descalificarme, escribe que fui elegido en la Academia Francesa «por un cuerpo electoral con una media de setenta y ocho años de edad». De modo que la modernidad antirracista excluye de la humanidad a algunos hombres única y exclusivamente por razón de su edad. «¡Abajo los viejos!»: tal es a fin de cuentas el grito del corazón de nuestra civilización.

[25](#) Simone de Beauvoir, *Le Deuxième Sexe*, t. II, col. «Folio essais», Gallimard, 2003, p. 637. (*El segundo sexo*, traducción de Alicia Martorell Linares, Cátedra, 2005. [*N. de los TT.*])

PARA CONCLUIR

El dreyfusismo intempestivo de Charles Péguy

LO QUE HA RETENIDO del caso Dreyfus la posteridad es, como escribe Jean-Denis Bredin, el gran descubrimiento de la división de Francia en dos mentalidades antagonistas: «Por una parte, los que, según expresión de Jaurès, hacen del individuo humano la medida de todas las cosas, de la Patria, de la Familia, de la Propiedad, de la Humanidad, de Dios, y, por otra, los que plantean y sirven valores superiores al individuo: Dios, la Patria, el Estado, el Ejército, el Partido; los que luchan por la justicia, ideal indefinible de libertad, de verdad y de generosidad, y los que luchan por los prejuicios en sentido etimológico: orden establecido, organizaciones consagradas, cosas juzgadas; los que miran hacia el antiguo cementerio y quienes sueñan con saltar los muros; aquellos a quienes guarda la memoria y aquellos a quienes arrebatada la simpatía»¹.

Con la continua subida del Frente Nacional, esa división parece estar más que nunca a la orden del día. Después de cada elección, después incluso de cada sondeo de opinión, los editorialistas dan la alerta y nos empujan a volver a tomar la antorcha del dreyfusismo defendiendo, antes de que sea demasiado tarde, los valores universales contra la exaltación de las raíces y la tentación mortífera del repliegue patrimonial. Yo me resisto con obstinación a esa exigencia, no solo porque no está ya de actualidad, sino porque simplifica ultrajantemente el combate del que se dice heredera: el caso Dreyfus no son únicamente las figuras importantes de Jaurès, de Clemenceau, de Zola, es, en primer lugar, Péguy y su compromiso irreductible con la antinomia hecha canónica de las Luces y las Antiluces.

En el momento en que el *caso* estalla, Péguy es socialista. Si bien los socialistas no se sienten concernidos por la batalla que empieza a perfilarse.

Aun cuando no llegan a proclamar, siguiendo a Marx, que el dinero es el verdadero dios de Israel y que, con el capitalismo, el mundo se ha hecho judío, se resisten a defender a un oficial burgués. Porque sería distraer su energía de la única guerra que cuenta, puesto que es la que pone en juego la humanidad misma del hombre: la lucha de clases. Los más sistemáticos son, como cabía esperar, los socialistas alemanes. La filosofía de la historia, es decir, el arte hegeliano de convertir las verdades de hecho en verdades de razón, les ha mostrado el camino. En una serie de artículos publicados en *Die Fackel*, el periódico de Karl Kraus, el gran Karl Liebknecht emprende la tarea de demostrar por el método de A más B que Dreyfus no puede ser inocente: «¿Es verosímil, es admisible que un oficial francés cuya familia y cuyos padres son muy influyentes pueda verse condenado por un crimen de alta traición que no ha cometido y permanecer entre rejas desde hace ya cinco años?». Dicho de otro modo, como la clase dirigente no tiene más que un enemigo —el proletariado—, contra ese enemigo reserva toda su violencia y sus jugadas sucias; para castigar a sus representantes es para lo que trasgrede sin vergüenza alguna las reglas del Estado de derecho. Entre explotadores, por el contrario, la justicia no tiene ningún motivo para ser injusta ni para fabricar pruebas. *Nihil est sine ratione*. La persecución de un burgués por la burguesía es inconcebible, de modo que no ha tenido lugar. A falta de un pasaporte ontológico debidamente extendido por el principio de razón, la policía socialista de fronteras relega el caso Dreyfus a los limbos del sobreseimiento. Y Liebknecht puede seguir preparando la revolución con toda la tranquilidad del mundo.

En diciembre de 1899 tiene lugar en París el primer congreso general de los socialistas. Se busca la unidad, pero el clima es tenso, incluso saltan chispas. Millerand acaba de aceptar el Ministerio de Comercio en el Gobierno formado por Waldeck-Rousseau. Se codea con el general Galliffet («el carnicero de la Comuna»). Cuando Jules Guesde sube a la tribuna, todos los ministeriales se miran la punta de los zapatos. Aquel guardián de la pureza doctrinal, fiel a su reputación, opone al gran traidor Millerand los Grandes Maestros del socialismo europeo: Schoenlank, Bebel, Liebknecht. Se oye entonces una voz, un grito algo quedo, una afirmación más que una provocación. «¡Abajo Liebknecht!». «Aquella exclamación, pronunciada sin

entusiasmo —escribe Péguy—, se oyó al instante y con claridad en toda la sala. Inmediatamente, estalló un formidable clamor de reprobación y de horror, polarizado poco a poco hacia la izquierda, donde se disciplinaba rítmicamente: “¡Fuera!”, “¡Fuera!”»². Se comprueba que es el ciudadano Joindy quien ha causado el escándalo, y Péguy le presta todo su apoyo. Admira esa voz solitaria. Hace incluso algo más que rendirle homenaje. Rompe en ese momento con la filosofía de la historia. Esta, sea cual sea el guion, cree que domina el pasado, el presente y el porvenir. El caso Dreyfus pone de manifiesto lo que tenía de erróneo y de inhumano a la vez semejante arrogancia, que exige una verdadera revolución intelectual. Se trata, desde ese momento, de oponer a los pensamientos *de certeza* un pensamiento *receptivo*, a la soberbia de la filosofía, la modestia de la atención, y al control del mundo humano, el reconocimiento de su carácter incontrolable. El ser desborda necesariamente a la idea, porque «todo es inmenso, exceptuado el saber»³. Necesitamos, como es natural, comprender para actuar; pero comprender la realidad presente no es envararla en el concepto, es abordarla sin quitamiedos; no es someterla a las normas, es responder a las preguntas que plantea y a los avisos que manda. «No depende de nosotros que el acontecimiento se ponga en marcha, pero sí depende de nosotros hacerle frente»⁴: esa fue para Péguy la principal enseñanza del *caso*. Puesto que *todo sucede*, se despidió de la posibilidad de conocer el Todo y tomó la decisión *filosófica* de renunciar al discurso especulativo para convertirse en *periodista*. «Periodista cada quince días, si cabe, no renegaré del oficio que tengo; periodista una vez al mes o al semestre, pero periodista a la postre, mi miseria es la miseria común: es preciso que siga los acontecimientos, excelente ejercicio para acabar de convencerse uno de que verdaderamente los acontecimientos no nos siguen»⁵.

Cada vez más periodistas, por desgracia, viven hoy en la certeza de que los acontecimientos los siguen a ellos. Nada los apea. Su saber nunca tiene fallos. Si se desplazan al lugar de los hechos es para descubrir, tras las apariencias, la confirmación de sus presuposiciones. Siempre encuentran lo que buscan. De ahí los aires de entendidos que se dan y su inquebrantable sentimiento de superioridad. De ahí su condescendencia divertida con la candidez hermenéutica del común de los mortales. En toda circunstancia y en todo lugar

enarbolan la sonrisita de quienes están informados, de quienes se las saben todas y a ellos no se la pegan porque, ocurra lo que ocurra, conocen la intriga y ya han distribuido los papeles. No tienen necesariamente estudios de filosofía, pero ejercen su profesión como filósofos de la Historia, precisamente eso que, al hacerse periodista y sumergirse en la miseria común, Péguy decidió no seguir siendo. Así Edwy Plenel, el director de la web de informaciones *Mediapart*, que se proclama, sin embargo, seguidor de Péguy y que todos los días se aplaude por «decir simplemente la verdad simple, aburridamente la verdad aburrida, tristemente la verdad triste»⁶, no se ha dejado embaucar: ha sabido ser más listo que la verdad del nuevo antisemitismo. Esa verdad rebelde, esa verdad escandalosa, él la ha neutralizado, la ha domesticado, la ha limpiado de todo cuanto en ella contradecía su sistema y ha denunciado en la prohibición de *Le Mur*, el último espectáculo de Dieudonné, una maniobra tosca para distraer a los ciudadanos de lo esencial, es decir, las huelgas obreras, la corrupción de la clase política y el racismo que rige en lo más alto del Estado. Comoquiera que el gesto de la *quenelle*, popularizado por Dieudonné, se ha convertido en signo de unión de toda una juventud «sensible», ha puesto en guardia —y otros muchos con él— contra el peligro de la estigmatización: no debía hacerse nada que pudiera desesperar a Sevrans u ofender a La Courneuve.

Esa crítica de la dominación nos conduce de nuevo a Guesde y Liebknecht: el mal solo tiene una dirección y la lucha de clases es *lo único verdadero de lo real*. Pero el dreyfusismo no ha muerto. Ni siquiera ha estado nunca tan vivo. Los nuevos partidarios de Guesde ya no lo combaten, lo incorporan a su combate. Incluso bajo el signo de Jaurès y de Zola es donde han ubicado su sonora movilización contra la propuesta del tema de la identidad nacional llevada a cabo por el Gobierno francés entre 2007 y 2012. La identidad nacional —protestaron— es el rechazo de la unidad del género humano, es Barrès haciendo tabla rasa del *Yo acuso* de Zola, en estos términos ya famosos: «Reconozco que su dreyfusismo es producto de su sinceridad. Pero a esa sinceridad le digo: hay una frontera entre usted y yo. ¿Qué frontera? Los Alpes»⁷. Y de nuevo Barrès, con la misma seguridad que no cabría exigirle a Dreyfus, «este hijo de Sem», escribe: «Los bellos rasgos de la raza indoeuropea. No es permeable a ninguna de las pasiones con que nos afectan

nuestra tierra, nuestros antepasados, nuestra bandera, la palabra “honor”. Hay afasias ópticas en las que, por mucho que veamos los signos gráficos, no conseguimos entenderlos. Aquí, la afasia es congénita, viene de la raza»⁸. Estas frases son tanto más insoportables cuanto que han hallado en el siglo XX su traducción sanguinaria. Aunque es cierto que, salvo si se censura *Notre jeunesse*, obra maestra del dreyfusismo, no podría dejarse a las fórmulas barresianas la última palabra sobre la identidad francesa.

Estamos ahora en 1910. Han transcurrido diez años desde la exclamación del ciudadano Joindy. Dreyfus se encuentra libre, su inocencia ha quedado reconocida, pero, como quiera que aún son las letras, según la fórmula de Thibaudet, «el cuartel general del tradicionalismo» y Francia está consagrada al culto a sus escritores, es la derecha *antidreyfusarde* quien continúa llevando la batuta. Y como Péguy acaba de publicar *Le Mystère de la charité de Jeanne d’Arc*⁹, esa misma derecha, más perentoria que nunca, se prepara para festejar el regreso del hijo pródigo. En el periódico *L’Écho de Paris*, Barrès reconoce «uno de los signos de una resurrección de la vida tradicional en las almas». En *Libre Parole*, Drumont se pregunta: «¿Cómo semejante hombre pudo ser *dreyfusard*? ¡Teníamos nosotros tanta razón!». En *L’Action française*, Lasserre felicita a Péguy por haberse mantenido fiel a sus orígenes y haber «resistido tenazmente el siroco judío». Como nunca hasta ese momento la opinión había sido tan favorable, Barrès hace campaña para que la Academia Francesa, antes de abrirle la puerta, le conceda a Péguy su Gran Premio. Péguy, creador de *Les Cahiers de la Quinzaine*, empieza a ver el final del túnel. Después de años de penalidades, los biempensantes de entonces están dispuestos a recibirlo entre ellos. Parece que ha llegado el tiempo del reconocimiento intelectual y de las recompensas materiales. Aquel que escribía, desanimado, «somos unos vencidos» no tarda en verse de pronto cubierto de elogios. El marginal de ayer se convierte en el hombre del día, el preferido de los dichosos del mundo. Y su palinodia parece aceptada. La negación de sus compromisos de juventud no ofrece dudas a nadie. Tan solo desentonan en el himno al poeta católico y patriota las críticas acerbas y las buenas palabras feroces —«Péguy le ha echado agua bendita al petróleo»— de Lavissee o de Lucien Herr, sus antiguos compañeros de armas. Pero de pronto, el 12 de julio: «Pueden publicar mañana mismo nuestras obras

completas: no solamente no hay una coma que debemos suprimir, sino que tampoco hay ninguna coma de la que debemos gloriarnos»¹⁰. Así pues, Péguy no es el arrepentido al que aguardaban con los brazos abiertos *L'Action française* y *La Libre Parole*. Se niega a darse golpes de pecho y a pedir perdón. Como respuesta a *Apologie pour notre passé*, de Daniel Halévy, que había publicado el propio Péguy, elogia su propia juventud *dreyfusiste* («Fuimos héroes»¹¹) y da cuenta de su fidelidad con una fidelidad más profunda: «Lo que defendemos no es solo nuestro honor. No es solo el honor de todo nuestro pueblo en el presente, es el honor histórico de nuestro pueblo, todo el honor histórico de toda nuestra raza, el honor de nuestros antepasados, el honor de nuestros hijos. [...] Cuanto más pasado tenemos a nuestras espaldas, más (justamente) debemos defenderlo así, conservarlo puro. “Entregaré mi sangre pura, igual que la recibí.” Esa era la regla y el honor y la fuerza corneliana, la vieja fuerza corneliana. Esa era la regla y el honor y la fuerza cristiana. [...] El honor de un pueblo es de una sola pieza»¹².

Péguy, como todos los *dreyfusards*, invoca los derechos del hombre. Lo hace incluso con énfasis: «Una sola injusticia, un solo crimen, una sola ilegalidad, sobre todo si queda oficialmente registrada, confirmada, una sola injuria a la humanidad, una sola injuria a la justicia y al derecho, sobre todo si queda universalmente, legalmente, nacionalmente, cómodamente aceptada, un solo crimen rompe y basta para romper todo el pacto social, todo el contrato social»¹³. Pero lo que singulariza al autor de *Notre jeunesse* son las palabras clave de honor y de raza y que vaya a buscar en el *Cid* la fórmula de su dreyfusismo. «Entregaré mi sangre pura, igual que la recibí»: donde Zola y Clemenceau toman ejemplo de Voltaire, defensor de Calas, Péguy blande el verso emblemático del teatro de Corneille. Esperábamos la reafirmación de los principios de las Luces y lo que aparece sin previo aviso es la moral de la aristocracia. A los doctrinarios racistas que tratan la pertenencia como algo que viene dado, como un destino, como algo irremediable del que ningún comportamiento escapa, Péguy les responde que *nobleza obliga* y que Rodrigo, para cumplir con esa obligación, necesita una fuerza de alma extraordinaria. Y a quienes juzgan que la concepción aristocrática del hombre y del mundo está superada les recuerda que la nación democrática hace de cada ciudadano un heredero, es decir, a semejanza de Rodrigo y de todo noble

que se respete, el «administrador contable y responsable de una posesión incesantemente amenazada»¹⁴. En las sociedades democráticas, el principio del honor no está caduco: se convierte, muy por el contrario, en asunto de todos.

En los primeros momentos del *caso*, cuando Joindy gritaba: «¡Abajo Liebknrecht!», Péguy no hablaba la lengua de la identidad sino la lengua de la justicia contra la razón de Estado y la lengua de la humanidad contra quienes excluían a Dreyfus de lo humano por judío o por burgués. En 1905 fue cuando, confrontado con el repentino despertar de la amenaza alemana, oyó resonar en su interior «una voz de memoria sepultada»¹⁵. Tomó conciencia entonces del valor y de la fragilidad de la herencia recibida. Y en 1910 volvió a analizar el caso Dreyfus a la luz de aquella revelación.

Péguy cayó ante el enemigo el 6 de septiembre de 1914. Treinta años después, una amenaza aún más inquietante planea sobre las naciones del Viejo Continente, y Bernanos, como es natural, se vuelve hacia *Notre jeunesse* para fustigar, en *Scandale de la vérité*, los acuerdos de Múnich. So pretexto de realismo —escribe—, Francia se ha deshonrado. Sin embargo, aunque es Bernanos quien habla, bien podría ser Péguy: «Creemos que existe un honor de la política, creemos con no menos frecuencia que existe una política del honor, y que esta política del honor es políticamente mejor que la otra»¹⁶. El honor en los oscuros tiempos del aumento de los peligros vuelve a ser la gran cuestión. Las democracias creían que se habían desembarazado de tal arcaísmo. Con sorpresa mayúscula, vuelven a toparse con él en el camino. Muy a su pesar, encuentran de nuevo la exigencia que supone. El honor, es decir, la *filiación*: en 1940, mientras Marc Bloch explica el desmoronamiento de Francia por culpa de la ruptura entre quienes se niegan a vibrar con la coronación de Reims y quienes leen sin emoción el relato de la fiesta de la Federación, el general De Gaulle bebe de ambas fuentes la fuerza para decir *no*: «Cuanto más pasado tenemos a nuestras espaldas, más (justamente) debemos defenderlo tal cual, conservarlo puro». Pero ¿qué queda hoy de *Notre jeunesse*, de *Scandale de la vérité*, de *L'Étrange défaite* y de la inspiración de De Gaulle?

Nos inclinamos, cierto es, ante los grandes nombres de Péguy, de Bernanos, de Marc Bloch y del general De Gaulle, les consagramos biografías, tesis,

coloquios, celebramos escrupulosamente el centenario de su nacimiento o de su muerte, pero sus voces se han hecho inaudibles, su mensaje ya no llega. Quienes ocupan el proscenio son aquellos a quienes la simpatía arrebatada y sueñan con saltar los muros. Con la apertura de las fronteras y el cambio de población que eso conlleva, ven que la desconfianza y la violencia se propagan por la sociedad francesa. Y con la fuerza de lo que les ha enseñado la historia, acusan a Barrès, denuncian la perpetuación de su ideología «nauseabunda». Si hay falta de entendimiento en la Francia de hoy, es —dicen— por culpa de los guardianes cada vez más agresivos del antiguo cementerio. De modo que, para poner fin a esa situación, proponen, con el consejero de Estado Thierry Tuot, autor de un informe sobre la integración que presentó al primer ministro en febrero de 2013, acabar con «la celebración angustiada del pasado ya vencido de una Francia temblorosa y encurtida en tradiciones imaginarias»¹⁷.

Ya lo vemos: Barrès deja de ser una referencia, es un espantajo; el dreyfusismo triunfa, pero Péguy ha perdido la batalla. Auschwitz ha existido, es verdad. Y después de Auschwitz ya no nos atrevemos, no sabemos establecer la diferencia entre el *empuje hitleriano* y el *empuje corneliano*. Marcamos con el mismo oprobio la pureza de sangre y la «sangre pura», a «la magnífica bestia rubia, [...] codiciosa de botín y de victoria»¹⁸ y al «ciudadano gentilhomme» resuelto a no fallar, a no transgredir, a no empañar con un comportamiento inicuo u oportunista el nombre de sus antepasados.

El racismo nazi arrastró en su apocalipsis el *honor de la raza*, es decir, la obligación con los muertos. Las naciones democráticas, para estar seguras de volver al camino recto del humanismo de las Luces, le han cedido, sin desenvainar siquiera, su *nobleza obliga*. No han comprendido que ese abandono era su verdadera victoria, su maleficio postrero.

¹ Jean-Denis Bredin, *L’Affaire*, Fayard-Julliard, 1993, p. 724.

² Charles Péguy, *L’Affaire Liebknecht*, en *Œuvres en prose complètes*, t. I, *op. cit.*, p. 318.

³ Charles Péguy, «Zangwill», *ibíd.*, p. 1447.

- [4](#) Charles Péguy, *Louis de Gonzague*, en *Œuvres en prose complètes*, t. II, *op. cit.*, p. 383.
- [5](#) Charles Péguy, «Notre patrie», *ibíd.*, p. 11.
- [6](#) Charles Péguy, *Lettre du provincial*, *Œuvres en prose complètes*, t. I, *op. cit.*, pp. 291-292.
- [7](#) Maurice Barrès, citado en Alain Pagès, *13 janvier 1898. J'accuse...!*, Perrin, 1998, p. 240.
- [8](#) Maurice Barrès, citado en Zeev Sternhell, *La Droite révolutionnaire. Les origines françaises du fascisme*, Fayard, 2000, p. 176.
- [9](#) *Le Mystère de la charité de Jeanne d'Arc*, con dos actos inéditos, edición crítica de Albert Béguin, Le Club du meilleur livre, 1956.
- [10](#) Charles Péguy, *Notre jeunesse*, en *Œuvres en prose complètes*, t. III, *op. cit.*, pp. 42-43.
- [11](#) *Ibíd.*, p. 120.
- [12](#) Péguy, *Notre jeunesse*, *op. cit.*, p. 151
- [13](#) *Ibíd.*
- [14](#) Charles Péguy, *Par ce demi-clair matin*, en *Œuvres en prose complètes*, t. II, *op. cit.*, p. 96.
- [15](#) Charles Péguy, *Notre patrie*, *ibíd.*, p. 61.
- [16](#) Georges Bernanos, *Nous autres Français*, en *Essais et écrits de combat*, col. «Bibliothèque de la Pléiade», t. I, Gallimard, p. 764.
- [17](#) Thierry Tuot, *Le Débat*, n.º 179, marzo-abril de 2014, p. 45.
- [18](#) Friedrich Nietzsche, *La Généalogie de la morale*, en *Œuvres philosophiques complètes*, t. VII, Gallimard, 1971, p. 238. (*La genealogía de la moral*, traducción de José Luis López de Lizaga, Tecnos, 2014). [*N. de los TT.*]

Grandeza y añagaza de la redención alemana

EL 2 DE SEPTIEMBRE DE 2015, la foto del cuerpo de Aylan Kurdi, niño sirio de 3 años, varado en una playa turca, levanta una conmoción planetaria y vuelve a ubicar el problema de la crisis migratoria en el corazón de la agenda europea. Alemania suaviza acto seguido sus normas de acogida: la canciller decide conceder asilo a todos los refugiados sirios que lleguen a suelo alemán, lo que provoca encendidas críticas por parte de sus homólogos europeos, que temen que se produzca un «efecto llamada». «El mundo considera que somos un país portador de esperanza y de oportunidad y eso no ha sido realmente siempre el caso», se felicita la canciller.

LA IMAGEN DEL CUERPO sin vida del pequeño Aylan, con la cara hundida en la arena y los puños cerrados, no es solo una imagen. No encaja en el orden de la representación. No se mira: nos mira y nos requiere. Una llamada muda emana de ella para que hagamos por los desdichados que huyen de Siria, assolada desde hace cuatro años por la guerra civil, lo que no supimos hacer por ese niño. Una llamada a la que los alemanes fueron los primeros en responder, porque vieron la ocasión de borrar, de una vez por todas, el signo de Caín que llevan grabado en la frente por el nazismo. La Alemania hitleriana había practicado hasta el apocalipsis el culto a la fuerza vital. La Alemania merkeliana hace cuestión de honor optar sin tergiversaciones por el partido de los más débiles. La Alemania hitleriana estaba movida por el odio al otro hombre. La Alemania merkeliana abre de par en par sus puertas al sufrimiento del otro hombre. La Alemania hitleriana había construido campos; la Alemania merkeliana instala centros de acogida: donde se había planificado el

exterminio, debe advenir la hospitalidad. Una voluntad de rescate que tiene algo de admirable. Pero ¿llega en el momento exacto?

Sin caer en desmentir a la canciller, el presidente de la República alemana, Joachim Gauck, acaba de reafirmar solemnemente las cuatro reglas constitutivas de la Alemania de hoy: igualdad entre hombres y mujeres, respeto a la identidad de los homosexuales, rechazo de todo antisemitismo, reconocimiento del Estado de Israel. ¿Por qué el recordatorio? Porque los refugiados sirios provienen de un mundo donde impera un clima muy distinto: persecución de los «sodomitas», relegación de las mujeres, odio hacia los judíos, demonización de Israel. La oposición no es ni definitiva ni insuperable. Si bien es cierto que, para poder superarla, hay que tomar buena nota del carácter inédito de la situación actual. La Alemania de la *Willkommen Kultur* tiene otras cosas en las que entretenerse. Está tan preocupada por purificarse de su pasado que hace tabla rasa de la novedad del presente. El despertar promete ser rudo.

El final del final de la Historia

EN LA NOCHE DEL 13 DE NOVIEMBRE, *una serie de tiroteos y de ataques suicidas en el Stade de France, en las terrazas de los cafés parisinos y en la sala de conciertos Bataclan causó 130 muertos y numerosos heridos. Los atentados fueron reivindicados por el Daesh.*

LA DESAPARICIÓN DE LAS GRANDES ideologías había hecho creer en el advenimiento de un mundo unificado y pacificado bajo la triple modalidad de la economía de mercado, internet y los derechos humanos. La ilusión se disipa brutalmente: estamos viviendo el final del final de la Historia. La Historia regresa a un país y a un continente que se creían definitivamente fuera de alcance. Y esa Historia no resulta nada agradable. No es la realización triunfal del espíritu que pintaba Hegel. No es el gran relato palpitante de la emancipación universal. No es el progreso de la humanidad hasta su culminación final. No es, entre guerra de España y 2.^a División Blindada, el gesto heroico soñado por Régis Debray y tantos otros. En resumen, no es Madame H¹⁹, es la Historia con hache mayúscula que, adjudicándonos la etiqueta de «mestizos», «impíos» o «idólatras», puede quitarnos de en medio donde sea y cuando sea, con independencia de la edad, el sexo, la profesión o la pertenencia. Los espectadores de la sala Bataclan y los clientes de los bares y cafeterías À la Bonne Bière, La Belle Équipe, Carillon o Le Petit Cambodge no llevaban uniforme. No militaban por ninguna causa, no cumplían con ningún mandato. Estaban tomando una copa, compartiendo una comida, escuchando un concierto: y los mataron. Por mucho que vivamos en democracia, el totalitarismo de la Historia es lo que ya nos ha tocado en suerte. Totalitarismo,

en efecto, porque, lejos de parir la libertad, la violencia que se desencadena es una calamidad sin escapatoria posible, un azote del que nadie puede sustraerse. La Historia, volatilizada como promesa, resurge como destino y nos despoja por mucho tiempo de nuestro derecho a la despreocupación. Para resumir la felicidad perfecta, los judíos de Europa central decían: «*Wit Gott in Frankreich*». Según Saul Bellow, esa expresión significa que «Dios sería perfectamente feliz en Francia, porque no se vería molestado por las oraciones, los ritos, las bendiciones y peticiones de interpretación de delicadas cuestiones dietéticas. Él, rodeado de descreídos, también podría relajarse cuando cayera la noche como miles de parisinos en sus cafés preferidos. Pocas cosas son tan agradables, tan civilizadas como una terraza tranquila a la hora del crepúsculo». París era «la ciudad santa de la laicidad»²⁰, pero las masacres del 13 de noviembre han causado la desgracia de Dios. A quienes creían que podían hacer caso omiso de las fronteras les han recordado también la realidad, la especificidad y el valor de su pertenencia.

Se ha dicho, y las notas biográficas aparecidas en varios periódicos así lo confirman, que la gran mayoría de las víctimas de los atentados del 13 de noviembre eran ciudadanos de *bobolandia*. La generación Bataclan, ultraconectada, creía estar viviendo a escala global. La nación era para ella una antigualla. Sus miembros, que navegaban por internet, comían en la mesa universal, tenían amigos, socios, clientes por todas partes, se embriagaban con la idea de que constituían la primera sociedad civil mundial. Quienes hoy los lloran están despertándose de esa ilusión. Los planetarios caen bruscamente de las nubes. Más aún que el *Je suis Charlie* del 11 de enero, el *Je suis en terrasse* ('Estoy en una terraza') de después del 13 de noviembre proclama que una civilización era la diana: la civilización urbana de los cafés, de la diversidad y de la mezcla de condiciones. Se sienten de pronto herederos de esa civilización particular: eso los reconcilia con la bandera tricolor y el himno nacional. *La Marsellesa*, cuya letra sangrante ayer mismo fustigaban, les parece ahora perfectamente apropiada a nuestra situación. Porque no se trata de salir cantando a conquistar el universo, no se trata de poderío, ni siquiera de grandeza, se trata de defenderse del soldado feroz que viene hasta nuestros brazos a masacrar a nuestros hijos y a nuestras mujeres. «Podemos

amar Francia por la gloria que parece garantizarle una existencia prolongada en el tiempo y en el espacio, o podemos amarla como algo que, como terrestre que es, puede ser destruido y cuyo precio es aún más sensible», escribía Simone Weil en *L'Enracinement*²¹. Ese segundo patriotismo, esa solicitud y esa inquietud es lo que está a la orden del día.

El gran sueño fuera de la realidad de la posmodernidad se estrella contra la realidad del islamismo. Un enemigo que nunca convirtió en misterio el odio que nos profesa. Juega con las cartas descubiertas y, a pesar de ello, hemos estado mucho tiempo sin querer identificarlo. ¿Cobardía? No, memoria. Hitler había hecho del judío —es decir, en expresión de Jankélévitch, del Otro indiscernible, del Otro imperceptiblemente otro— el enemigo e incluso el enemigo absoluto. Para evitar la recidiva, el partido intelectual compuesto hoy por universitarios, periodistas y personalidades del *show-biz*, recurre, cuando aparece el enemigo, al respeto al Otro. En la Europa poshitleriana, el antirracismo hace las veces de visión del mundo y expiamos el hecho de haber tomado al Otro por el enemigo al tomar al enemigo por el Otro. El contrasentido sobrevivió al 11 de enero. Cabe esperar que el 13 de noviembre dé buena cuenta de él. La lucidez, no obstante, pide más. Porque no basta con reconocer la existencia del enemigo. Lo que importa muy por encima de todo es circunscribirlo.

Con la multiplicación de atentados, lo que el Estado islámico quiere provocar son linchamientos, ataques a las mezquitas, agresiones contra las mujeres que llevan velo, y desencadenar así una guerra civil. De modo que sería caer en la trampa mortal que nos tienden incriminar al conjunto de los musulmanes de Francia. Abundan entre ellos los que se sienten rehenes de los bárbaros. El islamismo no es todo el islam, ni mucho menos. Pero tampoco es un fenómeno marginal ni una creación de Occidente. Nosotros, con nuestras políticas neocoloniales, nuestras guerras imperialistas y nuestras prácticas discriminatorias, no somos quienes hemos parido al monstruo. No estamos pagando por nuestros crímenes. La obligación de la yihad, como recuerda Bernard Lewis, se basa en la universalidad de la revelación musulmana: «La obligación no tiene límites ni en el tiempo ni en el espacio. Debe durar hasta que el mundo entero se haya unido a la fe musulmana o se haya sometido a la autoridad del Estado islámico. Hasta ese momento, el mundo está dividido en

dos: la casa del islam y la casa de la guerra. Entre una y otra existe un estado de guerra moralmente necesaria, jurídica y religiosamente obligatoria, hasta el triunfo final e inevitable del islam sobre la infidelidad»²². En resumen, la yihad no es la devolución de ningún golpe, es un proyecto de conquista. Occidente debe desechar la creencia megalomaniaca de que, para lo bueno y para lo malo, siempre es él quien lleva la batuta. Hay que acabar con el etnocentrismo de la mala conciencia. Los islamistas no son corolarios, son plenamente sujetos históricos. Hoy, el Estado islámico tiene una dirección. El califato ya no es un sueño, es un lugar. Conque se puede y se debe responder con la guerra al terror que propaga. El Daesh constituye una amenaza para el mundo entero. Pero no se solucionará en Al Raqa el problema que plantea la secesión cultural en el municipio belga de Molenbeek y en numerosos barrios franceses, ni el aumento del integrismo religioso hasta entre los conductores de autobuses de la red urbana parisina.

Luchar contra el islamismo es proporcionarse los medios para recuperar los territorios perdidos de la nación, reconstruyendo la escuela republicana entontecida, estropeada e incluso saqueada por medio siglo de reformas demagógicas, y dominando los flujos migratorios, porque cuantos más inmigrantes llegados del mundo árabe-musulmán hay, más se fragmenta la comunidad nacional y más se desarrolla la propaganda radical. Pero ¿estamos aún a tiempo?

¹⁹ Régis Debray, *Madame H.*, Gallimard, 2015.

²⁰ Saul Bellow, «Mon Paris» en *Tout compte fait, du passé indistinct à l'avenir incertain*, Plon, 1995. (*Todo cuenta: del pasado remoto al futuro incierto*, traducción de Benito Gómez Ibáñez, Círculo de Lectores, 2006). [N. de los TT.]

²¹ Simone Weil, *L'Enracinement, Œuvres complètes V*, Gallimard, 2013. (*Echar raíces*, traducción de J. C. González y R. Capella, Trotta, 1996). [N. de los TT.]

²² Bernard Lewis, *Islam*, Gallimard, 2005.

La noche de Colonia

LA NOCHE DEL 31 DE DICIEMBRE, en los alrededores de la estación de Colonia, grupos de hombres musulmanes —sobre todo, magrebíes— agredieron sexualmente a centenares de alemanas y les robaron lo que pudieron. En un primer momento, la policía y la justicia, así como una parte de la prensa, acallaron o minimizaron la información.

¿POR QUÉ, EN LA ERA de la transparencia y de la sobreinformación, la policía y la prensa alemanas, en un primer momento, intentaron ocultar los acontecimientos del 31 de diciembre en Colonia? ¿Por qué las autoridades suecas ocultaron las agresiones sexuales cometidas por emigrantes durante dos festivales de música, en Estocolmo, en 2014 y en 2015? Para no erosionar la imagen del Otro y para no hacerle el juego a la extrema derecha populista. En ambos casos, se pretendió impedir, negando la realidad, el regreso de los viejos demonios.

Se pretendió, pero como quiera que la democracia no ha perdido sus derechos, no se consiguió. Y pocos días después de aquella noche de pesadilla, Alemania se despierta con resaca de su gran borrachera redentora. Descubre que los migrantes no son solo miseria: por muy desprovistos de todo que estén, no son cascarones vacíos o viajeros sin equipaje. No llevan nada encima, salvo su mundo. Buena parte de los recién llegados no tienen la más mínima intención de plegarse a los usos y a los principios en vigor en la sociedad. En Colonia sucedió lo mismo que en la plaza Tahrir durante las manifestaciones que desembocaron en el derrocamiento de Hosni Mubarak. Hubo en aquel momento mujeres acosadas y agredidas por hombres que

querían a la vez expulsarlas del espacio público y satisfacer su concupiscencia. Se habló entonces de la «primavera árabe», pero el invierno estaba ya en el fruto.

Ruth Woodsmall, misionera americana que vivió en Turquía, escribía en 1936: «Cuando un oriental va a un país de Occidente, o cuando un occidental va a un país oriental, son extremadamente conscientes de que están franqueando una barrera social más tangible que una frontera geográfica o que una diferencia de lengua, de nacionalidad o de raza: las organizaciones sociales de Occidente y de Oriente se basan en principios radicalmente opuestos. La diferencia primordial concierne al lugar reservado a las mujeres»²³. En las sociedades árabe-musulmanas, la religión esclaviza a una mitad del género humano y mutila a la otra. Los hombres relegan a las mujeres y la frustración los pone furiosos.

Hemos estado mucho tiempo pensando que la historia del mundo es la occidentalización del mundo. Occidentalización que veíamos bien como el triunfo universal de la democracia representativa y de la economía de mercado, bien como la expansión mundial de la lucha de clases. Hay que ser menos tajantes. Por mucho que la información sea ya planetaria, la humanidad no se deja englobar en un calendario y un destino únicos. Lo que vivimos a modo de historia universal es el choque de las temporalidades. Recién terminada la Segunda Guerra Mundial, Czeslaw Milosz escribió: «El siglo XX, en un ataque de pánico ante las tonterías de los nacionalistas y de los racistas, se esfuerza por colmar los abismos del tiempo con estadísticas de producción y unos cuantos nombres de sistemas político-económicos; renuncia a estudiar más a fondo la misteriosa trama del devenir en la que ningún hilo debería quedar omitido»²⁴. Nosotros, herederos de ese siglo terrible, sabemos que toda generalización es criminal. De modo que tenemos que evitarla con una vigilancia sin fallas. Pero también nos incumbe anudar de nuevo todos los hilos para comprender lo que está ocurriendo.

²³ Citado en Ian Buruma y Avishai Margalit, *L'Occidentalisme. Une brève histoire de la guerre contre l'Occident*, Climats, 2006. (*Occidentalismo: breve historia del sentimiento antioccidental*, traducción de Miguel Martínez-Lage. Península, 2005). [N. de los TT.]

[24](#) Czeslaw Milosz, *Une autre Europe*, Gallimard, 1964. (*Otra Europa*, traducción de Alberto Cousté, Tusquets, 1981). [N. de los TT.]

Epílogo

DANIEL LINDENBERG INAUGURÓ EL NUEVO siglo con la publicación, en 2002 —colección «La République des idées», dirigida por Pierre Rosanvallon—, de su libro *Le rappel à l'ordre*²⁵. A partir de esa fecha, mi nombre figura en todas las listas negras de «neorreaccionarios». Yo me creía que estaba blindado y —dado que lo excesivo es, como todo el mundo sabe, insignificante— fuera de alcance. Las acusaciones menudean, luego cabalgamos, me decía al tiempo que me felicitaba por mi fortaleza de ánimo. Se acabó. Ya no cabalgamos. Me siento aterrado y muy afectado por los ataques feroces de los que he sido objeto después de la primera edición en Francia de *Lo único exacto*, en septiembre de 2015. Resulta que estoy dotado de «intenciones pútridas» y de un pensamiento «nauseabundo». Por mi «histeria de cruzado prejubilado», también se me acusa de explotar sin vergüenza un «filón publicitario», de ser un aliado objetivo del Frente Nacional y de no tener más existencia intelectual que la que generosamente me conceden los medios. Y queda abolida, por añadidura, toda diferencia entre Éric Zemmour, Michel Onfray, Régis Debray, Nadine Morano y yo, por parte precisamente de los mismos que no pierden ocasión de denunciar la odiosa práctica de la amalgama. Ya no hay debate intelectual en Francia. El debate es la confrontación de puntos de vista, el intercambio a veces fuerte de argumentos. Lo que hace las veces de debate desde ahora es la invectiva, el anatema, la caza del hombre.

¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Cómo explicar esa llamarada de odio? Por el amor. Cuando se ha optado por la causa de los oprimidos, de los desfavorecidos, de los condenados de la tierra, cuando se ha tomado partido por los más débiles, cuando se defienden los valores de igualdad y de

fraternidad, no se encuentran interlocutores ni siquiera antagonistas, sino siempre y por todas partes canallas. La única contradicción a la que cabe enfrentarse es la rompiente del mal; la única adversidad es el escándalo de la iniquidad; el único cara a cara son los vientos y las mareas de las bajas pasiones.

En su libro culto *Aden Arabie*, Paul Nizan ya decía: «Solo existen hoy dos especies humanas cuyo único nexos es el odio: la que aplasta y la que no consiente que la aplasten»²⁶. Y en *Les chiens de garde*, libro recientemente reeditado en ediciones Agone, Nizan solo veía en acción dos partidos: el partido del hombre y el partido de la burguesía. Pero Nizan era comunista. Hablaba desde la perspectiva de la Revolución. El odio hoy en día, sin embargo, no se limita a la radicalidad. Ya no es el signo distintivo de los extremistas. Ha dejado de ser prerrogativa de Alain Badiou, de Emmanuel Todd o de Edwy Plenel. Va más allá de la universidad, siempre dispuesta al calentamiento y a la irresponsabilidad política; moviliza —desde Anne Roumanoff hasta Stéphane Guillon— a todos los profesionales de la risa y, ganando al progresismo del *mainstream*, se expande por las páginas de *L'Obs*, de *Le Monde* y de *Libération*.

¿Por qué? ¿Qué mosca le ha picado a la prensa democrática y empuja, por ejemplo, al antiguo diario de referencia a darle brutalmente la espalda al deber de imparcialidad? La mosca de la pseudomemoria. Los actuales destructores de la conversación cívica no militan por el derrocamiento del capitalismo, combaten resueltamente el nuevo avatar de la Bestia inmunda. En la visión binaria de la nueva izquierda divina, el excluido sustituye al explotado, el musulmán es, después del judío, la nueva imagen del Otro.

Pero hay un problema. Con el pretexto de la solidaridad con el pueblo palestino, reina entre los titulares de la alteridad, en los barrios llamados «sensibles», un antisemitismo cada vez más explícito y cada vez más virulento. Y muchos de los que apoyamos en nombre de los principios republicanos, manifiestan sin rodeos su aversión por la laicidad, la libertad de pensamiento, la igualdad entre hombres y mujeres. Como la realidad se les escapa, como los hechos los traicionan, los antifascistas se ponen furiosos. Y en lugar de intentar pensar en la especificidad de la situación presente, redoblan en odio contra los portadores de malas noticias ideológicas. Por

decirlo en pocas palabras: *L'Obs* y sus compañeros de armas se dedican ahora a fusilar a los observadores.

Como lo real no manifiesta ningún indicio de querer volver al redil, el juego del pimpampum va a continuar.

[25](#) Daniel Lindenberg, *Le rappel à l'ordre. Enquête sur les nouveaux réactionnaires*, Seuil, octubre de 2002, enero de 2016, con un epílogo inédito.

[26](#) Paul Nizan, *Aden Arabie*, François Maspero, 1965. (*Aden Arabia*, traducción de Enrique Sordo, Plaza & Janés, 1990). [*N. de los TT.*]

Agradecimientos

Benjamin Oliviennes mecanografió los textos y sus observaciones, discretamente formuladas, me han sido preciosas. Élisabeth Lévy, después de formularme algunas preguntas en RCJ y de recibirme luego en *Causeur*, tuvo la amabilidad de redactar las entradillas de presentación. Quisiera testimoniarles aquí a ambos mi amistad y mi reconocimiento.

Título original: *La seule exactitude*

Edición en formato digital: 2017

© Éditions Stock, 2015

www.editions-stock.fr

© de la traducción: Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9104-580-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es